SAN FRANCISCO PU[illegible]BRARY
3 1223 03909 8406

GIFT OF J. C. CEBRIAN

915.3 P963c

Puey Monçon
Las coplas del peregrino
de Puey Monçon

129350

Oct23'40

BOOK NO.	ACCESSION
915.3 P963c	129350

SAN FRANCISCO PUBLIC LIBRARY
VITA SINE LITERIS MORS EST

Form 16—20M—7-17-18 91

INTERNATIONAL CENTER
SAN FRANCISCO PUBLIC LIBRARY
3 1223 03909

LAS COPLAS

DEL

PEREGRINO DE PUEY MONÇÓN

VIAJE Á LA MECA

EN EL SIGLO XVI

por

D. MARIANO DE PANO Y RUATA

CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

CON UNA INTRODUCCIÓN

de

D. EDUARDO DE SAAVEDRA

de la Real Academia de la Historia

ZARAGOZA

TIP. DE COMAS HERMANOS, PILAR, 1 Y 40

1897

SPANISH 915.3 P963c

El Peregrino de Puey Monçón, pseud.
Las coplas del Peregrino de Puey Monçón, viaje 1897.

129350

3 1223 03909 8406

A LA MEMORIA

DEL

EXCMO. Sr. D. PASCUAL DE GAYANGOS

RESTAURADOR DE LOS ESTUDIOS ARÁBIGOS

EN ESPAÑA

dedican esta colección

Sus discípulos y admiradores

INTRODUCCIÓN

En ninguna nación cristiana ofrecen tanto interés como en la nuestra las cosas concernientes á los musulmanes.

Impulsó, tiempo atrás, el estudio de las letras orientales el deseo de explotar el tesoro de la ciencia antigua, conservada y perfeccionada por los árabes de la Edad Media; en la época moderna, se ha difundido ese mismo estudio por los países más adelantados de Europa, bien como parte de la cultura general, bien como necesario instrumento de influencia política ó de relaciones colo-

niales; pero en España, donde los mahometanos tuvieron dominio más ó menos extenso desde 711 hasta 1492, y practicaron su culto, legal y públicamente hasta 1526 y en peligroso secreto hasta la cruel expulsión de 1610, las cuestiones relativas á la civilización del Oriente deben contarse como nacionales, y no se puede entender nuestra historia ni analizar nuestra lengua, sin penetrar á fondo en el modo de ser de los hijos de la Arabia y de los secuaces del Alcorán.

No es esto decir, como suponen algunos, así de la parte de acá como de la de allá de las fronteras, que la civilización española tenga sus raíces principales y más profundas en la arábiga, dando razón en cierto sentido á la tan célebre como grosera bufonada de que el Africa empieza en los Pirineos. Este país, que con tanta facilidad se romanizó, apenas conquistado por la gran república del Lacio, que cayó como las demás provincias del vasto imperio de Occidente bajo el yugo germánico, que se feudalizó á su ejemplo, que al par de Francia operó lenta y trabajosamente el rescate del territorio y la unifica-

ción política, y que, paso á paso, se fué amoldando siempre á la influencia y al movimiento de las naciones circunvecinas, tuvo en sus costumbres é instituciones el sello eminentemente europeo, como esencialmente europea es la raza que lo habita y lo es su íntima constitución.

Mas no impide este carácter general de su modo de ser que, en concepto de entidad social dotada de mayor energía, haya sabido apropiarse sin menoscabo aquellos elementos que de los vecinos del Mediodía se acomodaban á su mayor progreso y que, sin un exacto conocimiento de los libros arábigos, serán apreciados de la manera vaga, arbitraria y á veces hasta insustancial con que se ha solido hablar de estas cosas.

Por otra parte, aunque esa influencia y mutuo comercio no hubieran existido, siempre resultaría que, habiendo tenido los reinos cristianos de España una línea de contacto ó frontera militar y política más dilatada y menos fija y natural con los citados mahometanos que con los del resto de Europa, las contiendas, las alianzas, el trato y la

conexión de intereses debieron ser de mucha más importancia en nuestra historia, sobre todo en los primeros siglos de la dominación sarracena, con las gentes de este linaje, que con las de cualquier otro país.

De ahí la diferencia del rumbo que siguen los trabajos de los orientalistas en España y fuera de ella. Los sabios extranjeros dirigen su atención á toda clase de producciones de ciencias y letras, y en punto á historia ó geografía propenden por lo común á las obras de carácter general, al paso que los aficionados españoles se fijan especialmente en lo que toca más de cerca á la historia de la España musulmana. Así procedió Casiri en sus valiosas ilustraciones al Catálogo de la Biblioteca Escurialense, y esa marcha imprimió, con mejor crítica y mayor acierto, á la restauración de estos estudios el ilustre profesor cuya memoria orna y avalora este libro en su primera página. Sobre sus huellas marcharon Alix, Lafuente Alcántara, Moreno Nieto y Simonet, para hablar sólo de los que gozan ya de mejor vida, y ese mismo modelo debemos proponernos cuantos que-

ramos coadyuvar á tan meritorio intento.

Para ello son necesarios trabajos de muy distinto género. Lo fundamental es tener la mayor cantidad posible de textos árabes impresos, que pongan el secreto de las bibliotecas al alcance de todos aquellos que se hallen con capacidad para entender tales escritos. La mayor presteza en difundir esos indispensables materiales, se obtiene publicándolos sin entretenerse en traducciones que retrasarían inoportunamente el disfrute de su contenido; eso han hecho muchos orientalistas extranjeros, merced á lo cual podemos consultar aquí obras importantes de que careceríamos, como son las de Abenadari, Abenalabar, Abdeluáhid, Yacut, Abenhaucal, el Tabarí y otras muchas. Ese ejemplo ha seguido con brío y constancia imponderables el profesor de Madrid D. Francisco Codera, con la cooperación de su colega de Zaragoza y antiguo discípulo D. Julián Ribera, en los diez tomos de la *Bibliotheca arabico-hispana*, que tan útil ha sido ya para muchos, y que será lástima grande si no pueden continuar por falta de auxilios materiales. La Real

Academia de la Historia, cuyo instituto impone otras obligaciones, emprendió la publicación de crónicas árabes acompañadas de la traducción, motivo muy presumible del retraso en que la serie se encuentra; no debiendo olvidar en este género la pequeña historia de los primeros tiempos de la dominación árabe, impresa y traducida por el actual señor Marqués de González.

Es evidente que los textos árabes solos, no obstante su capital importancia y la urgente necesidad de verlos impresos, no sirven para el común de los lectores, y no pudiendo y aun no debiendo ser traducidos, á lo menos de primera intención, al castellano, hace falta otra clase de trabajos de instrucción general y de propaganda; bien sean traducciones separadas de los textos, como la célebre de Almacari con que Gagangos inauguró la restauración de los estudios arábigos y su fama de orientalista, bien monografías originales que den á conocer, ya digerida y depurada, la parte útil de los farragosos centones escritos de derecha á izquierda, como brillantemente hizo el mismo Dozy en sus

variados escritos sobre la historia de España.

A este último objeto aspira principalmente la colección que ahora emprendemos y en la cual, á imitación de lo que sucede en colecciones parecidas del extranjero, tendrá cabida cuanto quieran dar al público los cultivadores de la ciencia y del arte orientales. Estos tomos han de ser el vehículo por donde se transmita lo que esconden los caracteres alcoránicos á cuantos sin conocerlos tengan afán por penetrar su contenido; pero esta misma aspiración trae consigo un problema de la mayor dificultad, cual es el de escribir los nombres propios y demás palabras orientales que ocurran, de manera natural é inteligible, sin la complicación de sílabas de repulsivo aspecto; bien que para muchos las palabras de pronunciación enrevesada, llenas de guiones y alternadas de mayúsculas y minúsculas, con apóstrofos y acentos de inclinación diversa, dan aspecto doctoral á un libro; pero por nuestra parte renunciamos á simular profundidad á ese precio y hallamos preferible ser llanos, á fin de hacer populares la historia, las costum-

bres y las instituciones de la gente oriental. Es para tal objeto indispensable que nuestros escritos se puedan leer de corrido y sin tropiezo por quien carezca de toda noción de lectura arábiga.

Desde la época del Renacimiento de las letras ocupa á los orientalistas de toda Europa el modo más adecuado de escribir con caracteres de nuestro alfabeto, heredado de los latinos, los nombres de personas y cosas correspondientes á las lenguas que usan otros y singularmente el árabe, extendido por todas las naciones y países de religión mahometana. Nace la dificultad de que los sonidos y los accidentes de tales idiomas no coinciden todos con los usados en Occidente, y de ahí que unas veces se hayan inventado signos especiales, compuestos de nuestras letras con puntos, subrayas ó acentos añadidos en posiciones diversas, ó que se haya echado mano de dos ó más de nuestros signos ordinarios en equivalencia de uno solo de los otros.

Esto último es lo que está más en boga, como mejor acomodado á que las imprentas

no necesiten de fundiciones especiales para dar á luz obras relativas al Oriente, y sería tal vez lo menos malo si no resultase ocasionado á errores de pronunciación que pueden ser de gran bulto. Sirva de ejemplo la combinación *kh*, tan comunmente usada en Francia é Inglaterra para representar el خ árabe, equivalente á nuestra *j*. Si cualquier arabista ve escrito *makhouf*, no tendrá medio de saber si es مخوف, *espantado*, ó مقحوف *descalabrado*, al paso que nosotros sin sistema convencional ni artificioso, pondríamos respectivamente *majuf* y *makhuf*, con la debida distinción. Otro inconveniente de tal maridaje de consonantes, es que no teniendo valor propio la *h* en la mayor parte de las lenguas europeas, el público pronuncia la palabra oriental sin hacer caso de ella, y sin ella la escriben bien pronto, desapareciendo su efecto: tanto es así, que los mismos egipcios, que hablando árabe dicen *jedive* á su virrey, pronunciación exacta de la palabra turca خديو, se creen obligados á modificarla en *Kedive* cuando hablan en francés con nos-

otros, entendiendo así el *khedive* que suelen ver escrito. Por ese mismo camino hemos venido á llamar *Kan* por *jan* (خان) á cualquier soberano de Tartaria, y en Argelia se oye nombrar *El Ákbar* (el mayor) al periódico titulado *El Ajbar* (Las Noticias). De parecidos inconvenientes adolecen las combinaciones *ts* para el ث, *dz* para el ذ, *sh* para el ش, *ss* para el ص, *th* para el ط, etc., y siempre resulta que el lector no advertido deletrea equivocadamente los vocablos, porque las letras no representan lo que suenan ordinariamente en la lengua respectiva. En libros especiales, como los de la presente colección, se puede salvar la dificultad poniendo al principio una tabla de correspondencias; pero cuando los demás escritores quieran trasladar á sus obras los nombres así escritos, no han de acompañar el incómodo bagaje de tal tabla, sobre todo si se trata de simples artículos de Revista, y por eso, y aun cuando ellos estén al tanto de lo que ponen, el público á quien se dirigen no puede estarlo de lo que lee, á menos que no

formasen tales conocimientos parte de la instrucción primaria general.

Este último reparo se aplica igualmente al primer sistema, y ambos resultan, de todas maneras, inaplicables á un tiempo á todas las lenguas musulmanas sin distinción; pues así como la sílaba *ge* se pronuncia de diverso modo en España, en Francia y en Alemania, y *gue* suena diferente en español y en italiano, así dicen los persas *ramazán*, con *z* española, al mes de رمضان, que es *ramadán* con una *d* franca para los árabes, y éstos dan el título honorífico de *válida* والدة á la madre del sultán reinante, llamada *validé* por los turcos.

Pero aun reducidos á lo arábigo, los inventores de estos sistemas aspiran á más, pues se proponen establecer una correspondencia tan exacta, que al leer cualquier palabra transcrita, todo arabista sepa restituirla, sin vacilar, á su vestidura primitiva. Preciso es, sin embargo, reconocer que, aun cuando toda consonante tuviera un signo ó un agregado de letras indudable que la representara, hay ciertos accidentes gramaticales que des-

afían la combinación más artificiosa. No hay manera de expresar el ى quiescente de *Muza* (موسى), el و ortográfico del de *Amrv* (عمرو), el ا doble de *ámir* (امر), gobernante, ó el ؤ socunado de *múmen* (مؤمن), protector.

Lo único asequible y necesario es, pues, procurar que las voces orientales se pronuncien en cada lengua del modo más parecido posible al original, y esto basta, porque los lectores legos en la materia nada sacan en limpio de sutiles invenciones, y cuando se trate de dirigirse á los orientalistas de profesión, lo más llano es poner por nota ó entre paréntesis la palabra en la escritura propia, si no es de las más corrientes y conocidas. Convenimos en que esto fuera difícil y embarazoso en otro tiempo, pero hoy tienen fundición árabe muchas imprentas y es sencillísimo lo que proponemos.

El sistema adoptado por la Sociedad Geográfica de Madrid se adapta á estos principios y es recomendable por su sencillez. Consiste en añadir una señalita á la letra de

nuestro alfabeto que más se parece á la correspondiente extranjera, de modo que quien conoce la conversión, pronuncia con exactitud, y quien no, lo hace de una manera bastante aproximada; y esta misma aproximación resulta cuando el escrito se imprime ó se reproduce en imprenta que no posee los tipos convencionales necesarios.

La Sociedad Geográfica ha escogido como señal una rayita debajo de la letra respectiva. Esto tiene el inconveniente de que esa señal se emplea en el manuscrito para subrayar las palabras y letras sobre las cuales se ha de llamar la atención. La misma rayita por encima sería más visible, pero también se halla en uso en obras antiguas para ciertas abreviaturas; el punto por encima ó por debajo, que para ciertos sonidos coloca la Real Academia de la Historia en la Colección de Crónicas árabes, resalta poco; por todo lo cual hallamos preferible poner un acento agudo á imitación de los alfabetos corrientes de ciertas lenguas eslavas; recurso empleado ya por Meninski en su *Thesaurus* y por Dozy en los *Abbadidas*.

La tabla de correspondencia para estas letras especiales sería, pues:

Letra	Signo	Valor
ث	Ť	Tz del vascuence
ج	Ćh	J francesa
ح	Ĥ	H aspirada
ذ	Ď	Dz suave
ز	Ź	Z francesa
ش	Ẋ	Ch francesa

y cuando no se pueda disponer de tipos fundidos especialmente, se adoptarán las letras arriba indicadas sin señal alguna, regla que constantemente se seguirá en la presente colección. Esas letras son las que dan un resultado más próximo á la pronunciación clásica de los caracteres árabes respectivos, están adoptadas por gran número de orientalistas españoles, y, aun en no pocos dialectos de la lengua original, suenan esos mismos caracteres exactamente como las letras latinas elegidas.

Tal elección dista mucho de ser arbitraria, ni podría serlo en escritos españoles. «Por boca del pueblo, no por obra de los doctos, han entrado las palabras árabes en la lengua española», dice Engelmann en la introducción á su *Glossaire:* y esta verdad innegable nos pone, respecto á lo que tratamos, en situación diferente de la que á los extranjeros corresponde. A diferencia de éstos, nosotros por el trato y comercio social entre moros y cristianos, al principio referidos, hemos recibido en nuestra lengua una corriente arábiga, de la misma naturaleza, si bien de muchísima menos entidad, que la fundamental y originaria latina, y por tanto, la adaptación de palabras árabes á nuestros escritos debe quedar sujeta á las leyes fonéticas y gramaticales que el uso secular ha impuesto, de igual modo que llanamente y sin esfuerzo nos apropiamos, cuando conviene, las palabras griegas y latinas. Correlativa con aquella corriente se produjo, como en compensación, otra que á través del castellano llevó al dialecto musulmán de la península vocablos de abolengo latino, cuya copia

allegó en su *Glosario* el erudito Simonet. Más tarde, cuando ya en su última decadencia se castellanizaron los mahometanos, escribieron con nuestro alfabeto las voces originales privativas de su ley y culto, y por fin trasladaron á la escritura árabe, mediante el conocido y célebre sistema de la aljamia, el castellano y el portugués. Tal cúmulo de datos no deja sombra de duda acerca de la correspondencia continuamente seguida en España, de unas y otras letras, resultado que consta en el profundo *Estudio sobre el valor de las letras arábigas en el alfabeto castellano*, hecho por nuestro amigo D. Leopoldo de Eguílaz, y que para la anterior tabla de transcripción ha servido principalmente de norma. Con eso se conseguirá que la lectura de nombres árabes no resulte oscura ni enredosa.

Con arreglo á estos principios se ha de emplear la *t* para expresar el ت, el ط, el ة, cuando deba sonar, y el ث, si no hay otro signo en la fundición; la *d* para el د, el ض y el ظ, y en igual ocasión para el ذ; y la *c* ó la *qu*, según lo pidan las vocales subsiguien-

tes, para el ق y el ك, ó la *k*, en casos en que pueda resultar confusión por seguir *h*. Análoga consideración nos impide duplicar la *l*, pues si se escriben las dos *eles* seguidas, suenan como *elle*, y si se intercala con guión ó con apóstrofo, se puede creer que se trata de una palabra compuesta. Queda el ع sin equivalencia, porque el acento circunflejo que usan algunos sobre la vocal no da medio de representar la letra quiescente, y el apóstrofo que otros emplean no sólo aparenta división, sino que produce confusión con el ء que suele figurarse de la misma manera. Podrá parecer inconsecuencia, sentado lo precedente, que el و inicial se traslade en *u* y no en *gu* como hicieron nuestros mayores; pero esto se justifica porque la escritura antigua, no diferenciaba la *u* de la *v*, y para marcarle el valor de vocal, era necesario ponerle por delante una *h* muda, como en las palabras latinas, ó una *g*, como hace el vulgo con el diptongo *ue* al principio de dicción. Y á propósito del و no dejaremos de censurar el empleo de

la *w* que le equivale en inglés, pero no en alemán; ni en el uso de nuestro vulgo que suele pronunciarla como *uv*. Tampoco se pueden seguir los usos antiguos en la variedad de transcripción del ج, pues cuando se ponía por él *g* y *j*, era porque entonces no tenían estas letras el sonido aspirado fuerte que ahora, y en cuanto á la *y*, adoptada por la Sociedad Geográfica de Madrid, conviene muy bien cuando va herida por vocal, pero cuando termina sílaba, se aparta por completo del sonido que se pretende reproducir. En cuanto al س y al ص, se habrán de reproducir como *s*, *z* ó *c*, según lo pida el uso tradicional de cada palabra.

Después del valor de las letras hay que prestar atención muy principal á las formas gramaticales, de igual manera que lo hacemos al tomar para nosotros los vocablos latinos. Ante todo, obsérvese que los nombres árabes de forma masculina acaban constantemente por una *o*, *i* ó *a* según los casos de la declinación, pero que esas vocales son muy ténues, casi mudas, y no se dejan oir más que

en la medida y entonación de los versos, como sucede con ciertas consonantes finales en francés. Por eso las palabras castellanas derivadas de masculinos árabes terminan en consonante, como *rahez*, *Almadén*, ó en vocal larga como *alheli*, salvo cuando la naturaleza de la consonante no nos lo permita, pero entonces se añade por lo común una *e* eufónica como en *alcrebise*, *Alhanje*, y alguna vez *o* como en *elmerjo*. Tanto es así, que cuando nuestros moros quieren expresar que la última sílaba debía llevar la *o* del masculino castellano añadían un ه ó un و puramente figurativos, como en *Bono*, *Ebro*, que escribían بونه, ابره, ó en *Miño*, *Faro*, que traducían por فارو, مينو y nosotros haríamos muy mal en revertir esas palabras al castellano poniendo *Bonoh*, *Ebroh*, *Farú*, *Minnú* como si las indicadas letras tuvieran valor fonético. Siguiendo estos principios tradicionales, se debe terminar con la consonante ó vocal larga finales, los nombres propios en que lo permita nuestra pronunciación bastante poco flexible; pero cuando esto no suceda como en بدر, فضل, se ha de añadir una *o* eufónica di-

ciendo *Bedro, Fadlo,* ó una vocal breve subsidiaria, y decir *Béder, Fádal,* á la manera que, para pronunciar الصبر dijeron los portugueses *azebre* y los españoles *acíbar.*

Tampoco suena el ة característico de los femeninos, según lo comprueban la infinidad de nombres, así comunes como propios, que de esa fuente poseemos, v. g., *jofaina, Medina,* y se confirma al ver que los árabes añadían ese ة á los nombres femeninos españoles para que sonasen tales. Cuando escribían قرمونة, no es creible que leyeran *Carmónat,* y por tal consideración reputo como sumamente viciosa la costumbre de los actuales orientalistas que marcan esa final con una *h,* origen de grandes confusiones, pues al ver escrito *Corah* no se puede saber si se trata de قرة, como es cierto, ó de algún قرح que jamás ha existido. Sólo en palabras que han de unirse á otra palabra tiene el ة valor de *t,* nunca de *h,* como sucede en قلعة رباح Calatrava, قلعة النسور Calatañazor.

Opérase la determinación de los nombres

por medio de la anteposición del artículo *al* como partícula inseparable, y tan íntima es su unión que las tres quintas partes de las voces tomadas del árabe han arrastrado consigo el mencionado artículo como parte integrante suya; razón por la cual, así como decimos *Alhacena*, *Almodóvar* y no *Al-hacena*, *Al-Modóvar*, no debemos escribir *Al-Macari*, *Al-Beitar*, sino *Almacari*, *Albeitar*. El castellano salvo casos muy raros no ha conservado la *l* junto á las letras solares que la absorben, como en *arráez*, *Azuqueca*, y por tanto, no deberemos imitar á los que, dando predominio á lo gráfico sobre lo fónico, escriben *Al-Raxid* por *Arraxid*, *Al-Náser* por *Annáser*, siendo de notar que no parece indispensable duplicar la letra correspondiente, porque muy pocas veces conservan esta repetición en las palabras que nos han transmitido los moros. Casos hay, sin embargo, en que se designa á una persona con una palabra con oficio de verdadero adjetivo, lo cual exige la separación del artículo en nuestro dialecto, pero entonces no se debe conservar la forma *el* originaria, sino traducirle po-

niendo *el* separado, sin guión y con minúscula, como en *el Edrisi* y mucho más cuando se trata de femeninos, como *la Romaiquia*.

La formación de nombres compuestos nos interesan por su frecuente uso en la designación de personas. Carecen los árabes, como los antiguos griegos, de verdaderos apellidos, y unido esto al culto de los orientales por la genealogía, resulta que el nombre propio completo y oficial es largo y compli-do. Sabido es que al nombre particular del individuo se le hace seguir el del padre y á éste el de otros ascendentes, inmediatos ó mediatos, intercalando entre cada dos las letras بن, aféresis de ابن. Trasládase esta voz comunmente hoy día por *ibn*, lo cual no es exacto cuando se halla entre dos nombres, pues entonces no vale en realidad sino *bn* (no contando, como de costumbre, con la vocal de la declinación), y si la primera combinación es difícil de pronunciar para nosotros en muchos casos, la segunda es de seguro rebelde para todos los labios occidentales. En España y en toda la Europa de la Edad Media se dijo siempre *Abén*

al principio ó *ben* en el intermedio, y este mismo ejemplo habríamos de seguir, aunque con la particularidad de no dividir esa voz del nombre propio que siga, no sólo porque era así la costumbre antigua, según la cual se ponía *Abenjacob*, *Abenabed* ó *Abentarique*, *Benegas*, *Benandaku* ó *Benzaide*, sino porque nadie crea que se pueda usar una sola de ellas por abreviación; pues escribiendo *Abén Jáir* por Abenjáir, puede el no perito estimar por muy bastante llamar al sujeto *Jáir*, que era su padre, ó *Abén*, que como es notorio quiere decir sencillamente *hijo*. Lo dicho no impedirá, sin embargo, que conservemos á Almanzor el sobrenombre de *Ibnabiámer* que le dan los Anales II Toledanos.

De esta y otras especies de solecismos arábigos, cometidos por quienes no tienen obligación de saber apreciarlos, tienen la culpa los que para hacer ostentación de pericia oriental se complacen en copiar á la larga los nombres de los personajes de quienes hablan, conservando escrupulosamente la forma original. En nuestro concepto el *Abén* ó *Ben* no se debe usar sino cuando forman el

nombre usual y característico de un sujeto, como *Abenalcotía, Abenaljatib,* sin hacer que preceda ningún otro nombre, pues cuando convenga señalar ascendencia se debe traducir la voz y poner *hijo de*, no diciendo *Muza, ben Nocéir* sino *Muza, hijo de Nocéir*.

Para tribus y familias se emplea el plural de ابن cuyo nominativo es بنو, *benu* ó *banu,* pero á nosotros se nos impone el uso, constante en España y África, de tomar el caso oblicuo بني, *beni,* como se hace en *Benialfaquí* (provincia de Alicante) ó en *Benicásim* (provincia de Castellón), y aunque no sea sino porque los conocidos *Benimerines* no resulten disfrazados de *Banu-Marín*.

Iguales observaciones habrán de hacerse sobre la palabra ابو, *abu* ó *abo, (bu* en el moderno dialecto africano) que se debe emplear también unida al nombre regido, como ya es usual en *Abubéquer, Abulfeda* y dan ejemplo antiguos historiadores que pusieron *Abomélique, Abolaz,* como se dice *Abolafia* á un sitio del término de Córdoba. La separación que censuramos indujo precisamente á un poeta de nuestro tiempo á creer que po-

dría llamar *Abú*, Padre, á cierto espíritu diabólico que imaginó protector de nuestros enemigos africanos.

No hemos de proceder de otro modo cuando encontremos la palabra عبد, *Abd*, siervo, tan frecuente en nombres musulmanes, seguida de uno de los calificativos de Dios: *Abdeluáhid*, *Abderrazac* no desafiarían á la lengua más flexible, como sucedería con *Abd-el-Uáhid*, *Abd-er-Razac*, y no resultarían más oscuros para el arabista menos experto.

Tomaron los califas abasidas, y á imitación suya otros príncipes de la morisma, títulos pomposos que acreditasen su confianza en Dios ó su celo por la religión. Así se denominaba un célebre califa fatimita *Almoiz lidin ila* (المعز لدين الله) ó sea el Glorificador de la religión de Dios. Es usual emplear una elipsis y reducir títulos tan largos á la primera palabra de la frase diciendo sólo *Almuiz* ó *el Moiz*, esto es el Glorificador, pero no ha faltado quien creyendo indiferente poner la primera mitad ó la segunda, le ha llamado con insistencia *Lidinila* (ó *Ledinillah*, conforme á otra ortografía) sin caer en que

...

denominaba al personaje con un conjunto de palabras sin valor adecuado. Por eso, siendo costumbre llamar á los califas por su sobrenombre, debemos emplearlo siempre con la indicada usual elipsis, y si en alguna ocasión conviniese dar cuenta de la razón del título completo, pongámoslo así en caracteres árabes, acompañados de la traducción española, y no lancemos al público un conjunto de voces que sólo sirven para extraviar á los incautos.

Como menos propia, no se ve tan empleada la elipsis en los títulos honoríficos, aunque más modestos, que por vanidosa ostentación se aplicaron algo más tarde, ya los grandes dignatarios de la corte, como *Imadodaula* (عماد الدولة) ó sea La columna del Estado, ya los doctores y personajes piadosos, como *Nuredín* (نور الدين) ó sea La luz de la fe. En tales casos debe ponerse todo junto como en una sola palabra, según nos enseñaron los antiguos al corromper en *Zafadola* el *Céifedaula* (سيف الدولة) ó sea La espada del Estado y en *Saladino* el *Salahedin* (صلاح الدين) El orden de la fe.

Por punto general conviene adoptar siem-

pre el mismo nombre para designar al mismo individuo, escogiendo el más oportuno entre los varios que se le pueden aplicar, según la onomástica árabe. El último é infelicísimo rey de Sevilla, por ejemplo, se llamaba oficialmente Abulcásim Mohámed Benabed Almotamid alaláh, y puede ser designado pór cualquiera de los primeros nombres ó por el título abreviado, pero si queremos ser claros y no extraviar á los demás, renunciaremos á la estéril gala retórica de la variedad y nos limitaremos á llamarle *Abenabed*, como nuestros cronistas; ó mejor *Almotamid*, que era su nombre regio, si se habla de él después de su elevación al trono.

Nombres hay, por otra parte, que no se han de trasladar siempre de la misma manera. El de *Mohámed*, que llevaba este príncipe, y tan común en los sectarios del islam, será forzosamente *Mahoma*, si queremos entendernos y que nos entiendan, cuando se trate del falso profeta, *Mahomato* para el conquistador de Constantinopla y *Mehemet* para el primer virey de Egipto. Tal variedad de formas, á las que se pudieran agregar las de *Mahomet*

del Arzobispo D. Rodrigo y de los franceses, *Mahómad* de nuestras crónicas y romances, *Muhámmed* de la India, *M' hámed* de ciertos dialectos africanos y otras más, nos brinda ocasión para hacer notar la vaguedad con que se pronuncian las vocales, especialmente las breves, en la lengua árabe, por lo cual no cabe regla fija para transcribirlas, y lo mejor es atenerse al uso de la época y del país correspondientes. Por eso cuidaremos de respetar las formas conocidas para designar personajes determinados, llamando *Rasis* el famoso historiador español, y Arrazí cualquier otro originario de Ray en Persia; y sin incurrir en la pedantesca pretensión de rectificar los nombres universalmente conocidos para traerlos á su verdadera ortografía, poniendo *Ibn-Sina* por Avicena, *Ibn-Roxd* por Averroes, *Tlemsen* por Tremecén, *Tafilelt* por Tafilete y *Marrákex* por Marruecos, como no nos ocurriría poner *Londón* por Londres, ni *Bordeaux* por Burdeos, ni *Ptolemaio* por Tolomeo.

Mucho más es de evitar el vicio de deletrear con supuesta usanza arábiga los nombres españoles que ellos trasladaron como

pudieron á su deficientísima escritura, y no decir *Tarcuna, Balensia, Bachana, Dux Amantex*, por Tarragona, Valencia, Pechina, Dos Amantes.

En un artículo de la *Revista Crítica* publiqué hace algún tiempo, un primer avance de las ideas aquí expuestas sobre transcripción y acomodación de las voces orientales, y mi satisfacción ha sido grande al ver que un arabista peninsular tan distinguido y competente como el Sr. David Lopes, de Lisboa, sostiene los mismos principios en su obra reciente de recomendable interés, titulada *Textos de aljamia portuguesa*. Y no será inoportuno decir que la última conversación del firmante con el insigne D. Antonio Cánovas del Castillo, junto al sillón presidencial de la Real Academia de la Historia, fué precisamente sobre la necesidad de adoptar en la literatura hispano oriental, una marcha más conforme con las tradiciones de nuestros antiguos y castizos escritores.

Así, en medio de la confusión que con el mejor propósito han introducido los sabios en lo que podemos llamar el vulgo de las

letras orientales, conseguiremos al menos que se puedan reconocer las figuras de nuestra historia, y que no se repita el caso de tomar á *Almansur* por personaje distinto de *Almanzor*. Porque á pesar de tantos y tan variados esfuerzos, la fonética y la ortografía orientales no han podido hacerse camino en el público europeo, y tiempo es ya de abandonar la inasequible empresa.

Otra nos queda, sin embargo, exclusivamente nuestra y en la cual no han podido tomar parte ni mostrar interés los orientalistas extranjeros, por la índole especial de sus sistemas ortográficos nacionales: quiero hablar de la prosodia que debe aplicarse á las palabras árabes, cuestión que sólo tiene importancia para nosotros, que usamos acentos tónicos, á diferencia de las otras lenguas, donde es necesario aprender de viva voz la pronunciación propia de cada palabra, salvo la francesa, que las hace todas agudas. Aquéllas tienen que dejar indeterminada para el lector la prosodia de los vocablos orientales, y ésta los descoyunta aplicándoles la inflexible norma de su regla general.

El insigne académico D. Manuel Tamayo, cuya merecida fama de gran poeta ha oscurecido algún tanto la de su singular pericia en la ciencia del lenguaje, ha determinado con toda precisión la correspondencia de la cantidad de las sílabas en la prosodia latina, con la acentuación de las palabras castellanas que de aquella lengua proceden. En la nuestra, lo mismo que en todas las romances, cuando inmediatamente antes de la última sílaba de la voz originaria concurren una sílaba larga y una breve, la larga lleva el acento, cuando dos largas, la segunda, y cuando dos breves, la primera. Toda palabra que procede directamente del latín, tomada por el pueblo al oído, sigue esta pauta con tal exactitud, que no se registra una sola excepción; y como la índole del francés exige la terminación en sílaba aguda, de aquí que en él se hayan suprimido las que en su raíz siguen á la acentuada.

Igual procedimiento de comparación y observación se puede aplicar á la lengua arábiga, ya que tan amplio préstamo hemos tomado de ella al oído. Aplicando ese análisis

á la larga lista de derivaciones consignadas por Engelmann, Dozy y Eguílaz en sus *Glosarios*, sin aceptar más que las indudables y correspondientes á voces españolas de acentuación conocida, bien porque su uso haya llegado hasta nosotros, ó por hallarse empleadas en composiciones poéticas, se observa una correlación fija en la prosodia del vocablo primitivo y la acentuación en el castellano derivado, no menos sencilla que la señalada para los de origen latino.

La palabra árabe, para este efecto, se debe considerar movida en su última letra por una vocal de declinación, si la admite, y suprimidos el ة ó el ء finales, cuando existan. Preparada así la palabra, es regla general que el acento carga en la sílaba penúltima, como sucede en أمير *amir*, الحنّا *alheña*, قبيلة *cabila*, البيضاء *albaida*, طَبَقٌ *tabaque*, شبكة *xabeca*, جبليّ *jabalí*, مغطّى *mogate*. Exceptúanse los casos en que, siendo la penúltima breve, es larga cualquiera de las inmediatamente anterior ó posterior que llama

entonces sobre sí el acento, como en القبو *alcabor*, كمونيا *camocán*, [ة]الكسا *alquicel*, [ة]البرا *albará*, الدرهم *adarme*, [ة]القنطرا *Alcántara*. Más la sílaba antepenúltima no atrae el acento, aunque sea larga, si es inicial de participio de formas derivadas ó nombre de instrumento ó de lugar y tiempo, como المشرف *almojarife*, مسجد *mezquita* (mosquée en francés), [ة]مطرقة *matraca*. Ni hace la indicada inicial retroceder el acento, cuando cae más allá de la antepenúltima, como en la palabra المحتسب *almotacen*.

No están estas reglas de completa conformidad con lo que expresan algunas gramáticas árabes modernas; pero sin tratar de contradecir su exactitud, podremos asegurar que el árabe que oían nuestros mayores en España no sonaba por completo conforme á dichas reglas, y esto es lo que nos hace falta en la oportunidad presente, cuando no queremos sino escribir con acierto los nombres de las

personas de aquéllos, no de estos tiempos.

Conduce lo dicho á rectificar la prosodia de ciertas palabras antiguas, alterada modernamente por la vía de lenguas extranjeras, y cuando ya no se oía la árabe en toda la península. Es una el nombre propio سليمن que se debe leer *Sulëiman*, con la *e* acentuada, según lo acredita la constante transcripción española en *Zulema*, desde el cronicón anónimo latino mal llamado del Pacense, hasta los romances moriscos del siglo XVII.

Cosa parecida diremos del de عبد الرحمن que siempre fué *Abderrâhmen*, ó *Abderrámen* si se quiere, pues no de otro modo se leería en la traducción de Rasis *Abderrahame* y *Abderrame*, ni sería *Abdérame* uno de los pocos nombres que han amoldado bien los franceses á su idioma; viniendo por fin á corroborar esta tesis el siguiente verso de un antíguo romance, que es el 696 de la colección de Durán (pág. 450 del tomo I),

«En Córdoba está *Abderramen»*

y *Abderrâhamen* en antiguas impresiones.

Fenómeno singular ofrece el vulgarísimo عبد الله que, bien como nombre propio, bien

como calificativo de persona piadosa, se emplea por los musulmanes. Dejando á parte la forma *Abdallah* muy generalmente empleada para transcribirlo, y que conduce á pronunciar una *elle* donde no la hay (so pena de advertir en nota que así no se haga, cada vez que la palabra ocurra), es común decir *Abdalá*, con el acento en la última sílaba, lo cual está plenamente de acuerdo con las reglas antes establecidas y deducidas de la observación. Pero sucede que el nombre de Dios (الله) cuya transcripción conforme á nuestro sistema y á la tradición española debe ser *Alá*, ha venido á incorporarse en el lenguaje familiar á otras palabras á que constantemente acompaña, y entonces, perdiendo su individualidad, recibe el acento en la sílaba del artículo, contra todo principio gramatical. Así la frase بسم الله *bism ilá*, ó sea «en el nombre de Dios» que no se cae de los labios orientales, muslimes ó cristianos, se pronuncia, según yo mismo he oido en Egipto, *bismíla*, y nada tiene de extraña tal incorporación, ya que el árabe literario ha hecho el verbo بسمل para expresar la ac-

ción de invocar el nombre del Altísimo. Pues por igual procedimiento se hizo una sola de las dos partes del mencionado nombre propio, y en este concepto se llevó el acento al artículo de la segunda, diciendo *Abdála*, como haremos en lo sucesivo. Prueban este aserto dos hechos terminantes. Es el primero los versos

«el enamorado Abdalla»

y «ser siempre del moro Abdalla»

que se leen en el romance 233 de la colección de Durán, compuesto en el siglo XVI por Pedro de Padilla. Otro indicio seguro nace de observar que el último rey de Granada *Abo-Abdila*, (ابو عبد الله) fué conocido por sus contemporáneos de Castilla por *Boabdil*, contracción que nunca hubiera resultado sino de *Aboabdila*.

Si el uso vulgar hoy día en España y en toda Europa es decir *Solimán*, *Abderrahmán* ó *Abderramén* y *Abdalá*, débese á la circunstancia de que, después de la conquista de Granada, nuestras relaciones con la gente musulmana se continuaron principalmente por los turcos de las costas berberiscas, cuya lengua tiene largas todas las sílabas finales,

y de ello resultan agudas todas las palabras, lo mismo que en francés. Este último idioma ha sido, por añadidura, el único conducto por donde nos han llegado ciertas palabras árabes, pasando previamente por la vía otomana, y se comprenderá así cómo por *sófa,* (صفّة) decimos *sofá,* y por qué en la última edición del Diccionario de la Academia, que lleva la fecha de 1884, se ha dado cabida á la voz *muezín,* pronunciación turca del árabe مؤذّن, en compañía del antiguo castellano *almuédano;* lo mismo que olvidados del *alminar* han forjado algunos escritores el *minarete* ó *minardo* de la forma turca *minaré* ó *minaret* del árabe مئذنة.

Y entre los nombres comunes de prosodia cambiada con el tiempo merece especial atención قاضى, título de los jueces musulmanes, que con sujeción á lo establecido debe pronunciarse *cádi,* y así lo atestigua la derivación de nuestro castellano *alcalde,* con acento en la sílaba penúltima. Lo mismo lo entendió Pedro de Alcalá, que en la voz *juez* pone por equivalencia *cádi* con un claro acen-

to en la *a*. Pero, sin duda por influencia turca, ya en tiempo de Cervantes se dijo *cadí*, pues en la comedia *Los baños de Argel* lo hace consonante de *Caurali*, y en la *Gran Sultana*, de *mí*, prosodia que ha tomado carta oficial de naturaleza al ingresar la palabra en 1817 en los Diccionarios de la Academia.

Los datos que anteceden nos mueven á proponer que, respetando la historia de las palabras, demos la prosodia antigua y genuinamente arábigo-hispana á los nombres de los personajes de la Edad Media que nos salgan al paso, dejando la turco-arábiga para los conocidos de la Edad Moderna, y así no saldrá ninguno disfrazado con extraño ropaje que impida identificar su persona.

No dejará esto de ser gran parte para que, si el público favorece esta publicación en la modesta escala que necesitamos, se logre el objeto de que la historia, costumbres, lengua y literatura de árabes y moros sean, para los lectores españoles, tan familiares como lo han sido antes de ahora las de griegos y romanos.

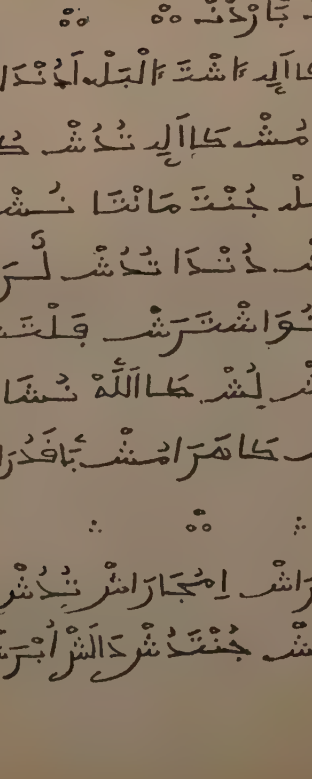
Eduardo Saavedra.

ERRATAS

Página	Línea	Dice	Debe decir
XXIX	25	*el*	*al*
11	21	*por*	*con*
14	18	*su*	*la*
29	1	asala	açala
54	1	13 de Enero	12 de Enero
65	16	admira	admiró
66	17	Dumichen	Dümichen
71	21	Dumichen	Dümichen
92	14	asala	açala
103	2	El mihrab	El mizab
130	18	primogenitura	principalidad
151	17	351	571
152	15	falta la nota que debe decir: Abdelvahab nació por los años 1720 de J. C. Pretendio reformar el mahometismo restableciendo la primitiva observancia y destruyendo el culto idolátrico de Mahoma y demás personajes alcoránicos.	
185	2	hahlé	hablé
233	7	Eterno	Eterno?
283	9	musulímico	muslímico
91	lámina	Macam Xafúta	Macam Hanifita

FACSÍMILE DE UNA PÁGINA DEL MS.

(227 de esta obra)



I

El hallazgo de Almonacid de la Sierra.—Viajeros y peregrinos.

Al derribar una casa antigua del pueblo de Almonacid, hallóse oculta en el hueco y falsete que dejaba libre el doble piso de una habitación, toda una librería morisca; y además los útiles propios de un taller de encuadernación.

Mezclados con el ripio de la obra, fueron arrojados á la calle todos los objetos encontrados; y los muchachos comenzaban á dar

buena cuenta de interesantísimos papeles y códices manuscritos, cuando quiso la suerte que acertara á pasar por aquel punto, un ilustrado sacerdote de las Escuelas Pías, el Rvdo. P. Fierro; y llegase á tiempo aún para salvar una buena parte de aquellos objetos que acababan de salir á luz, después de una oscuridad de trescientos años.

El docto profesor de la Universidad de Zaragoza, D. Pablo Gil, advertido luego del caso, corrió á Almonacid, y entre su biblioteca y la de la Escuela Pía, quedaron repartidos y puestos en salvo casi todos los manuscritos. No se sabe cuántos de éstos pudieron escapar á la inteligente investigación del P. Fierro y del Sr. Gil; mas los que hoy se conocen, no pasan de ciento cuarenta.

El distinguido académico, sabio profesor y eminente propagandista y vulgarizador de los estudios arábigos en España, D. Francisco Codera, fué quien primero dió á conocer los códices procedentes del hallazgo, en el informe que acerca de ellos leyó ante la Real Academia de la Historia.

«En primer lugar», dice el Sr. Codera,

«debo manifestar que, en mi sentir, los ma-
»nuscritos encontrados no pertenecieron á la
»biblioteca de un particular, sino que cons-
»tituían el fondo del almacén de un librero
»morisco, que al tiempo de la expulsión
»debió esconder las existencias de su alma-
»cén, en la esperanza de volver á su pueblo
»natal: para suponer esto, me fundo, no só-
»lo en la índole de los libros encontrados,
»sino más bien en la circunstancia de haber-
»se hallado en el mismo punto los enseres
»de encuadernador, como prensa, cuchilla,
»alisadores y los hierros para las molduras
»de la pasta, cuyos objetos adquirió también
»mi amigo el Sr. Gil.

»Al tener noticia del hallazgo, supuse
»que entre los manuscritos los habría alja-
»miados, pues era de creer que los hubiera
»de los últimos tiempos de los moriscos, en
»cuya época apenas había entre ellos quien
»entendiese la lengua árabe, ó al menos eran
»muchos los que no la conocían: la realidad
»ha venido á confirmar mi suposición; con
»la particularidad de que, no algunos, sino
»la mayor parte son aljamiados; y la idea

»de que el árabe era desconocido para mu-»chos, se halla comprobada por el hecho de »que varias de las obras, aun las de ciertas »pretensiones, llevan traducción castellana »interlineal.

»Dada la escasa cultura de los moriscos »en los últimos años de su existencia en Es-»paña, puede inferirse que el fondo de un »librero de un pueblo poco importante, no »había de constar de muchas obras científi-»cas ó literarias de autores de primer orden, »sino principalmente de obras de religión, »de derecho y de gramática; y en verdad »que casi se reducen á estas tres secciones »los manuscritos que he podido examinar.

»Como queda indicado al tratar de las »circunstancias del hallazgo, la mayor parte »de los manuscritos están destrozados, re-»sultando que de algunos, una parte está en »poder de los PP. Escolapios y otra en el »del Sr. D. Pablo Gil; y que sean pocos re-»lativamente los volúmenes completos; pues »entre todos, sólo he visto unos 50 que pue-»dan considerarse tales, si bien de bastantes »más, hay fragmentos muy considerables.

»No puede ser mi ánimo dar noticia de »todos los manuscritos, extractando ó publi»cando las 142 papeletas que hube de hacer; »pero no creo deba omitir el hacer mención »especial de algunos de ellos, que pueden »tener mayor interés, ú ofrecer alguna ma»yor novedad.»

Cita el Sr. Codera entre los códices escritos en lengua arábiga, un compendio de la ya conocida obra de lexicología «*Quitab alain*», atribuido á Aljalil; una obra de Derecho extractada de varios autores por el alfaquí Abu Mohámad Abdala hijo de Abdelváhid el Fihrí, copia del 534 de la Hégira; una sola hoja, resto de un libro de biografías de moros españoles; otro fragmento de una obra histórica titulada *Libro de las victorias de Alandalus;* el tomo VII de la *Memoria de los sabios de las regiones,* escrita por el célebre Abu Omar Yuçuf hijo de Abdala hijo de Abdelbar (368–463); un códice conteniendo una obra gramatical mencionada por Hachi Jalifa (541); un compendio de la obra de Algazalí «*Renovación de las ciencias de la religión*»; el «*Cuento del lazo, el milano (ó el go-*

rrion) y el cazador» ilustrado con figuras de colores; y una obrita de *«Preguntas y respuestas»* dadas por Farech hijo de Lupo, muftí de la aljama mayor de Granada; copia hecha en la madrasa (academia) del arrabal de los muslimes de Zaragoza, año 861? por mano de Mohámad hijo de Ibrahim hijo de Abdála Xabatún, natural de Teruel.

De las obras aljamiadas que son muchas y que por sus títulos dan poca idea de su contenido, se limita el Sr. Codera á citar las siguientes: «*Este es el quitab (libro) que está en él el conto de dzul carnain* (Alejandro) *y en él hay demandas*». ¿Quién pensaría en hallar detrás de este título dos capítulos con los epígrafes siguientes:? «*De la royura que se demuestra en el cielo*» y «*del corrimiento de las estrellas, aquellas que caen del cielo.*» Otro códice se intitula «*Este es el quitab de preicas y exemplos y doctrinas para medecinar el alma y amar la otra vida y aborrecer este mundo.*»

La mayor parte de los manuscritos aljamiados son devocionarios, tradiciones referentes á Mahoma y personajes coránicos y libros que por sus títulos pudiéramos llamar de

mística, como el que se intitula: «*Esta es la preicación bendita para monestar las gentes cuando sallen á rüegar.*»

«Además de los libros de que en conjunto »queda hecha mención», continúa el Sr. Codera, «hay entre los papeles descubiertos »en Almonacid, hojas sueltas, cuadernos con »notas lexicológicas, versos castellanos en »caracteres latinos, algún cuaderno con la »lectura de parte del Corán también en ca– »racteres latinos y cartas familiares y oficia– »les; en una de las primeras escrita en Za– »ragoza en el año 900, Mohámad Calavera »dice á la persona á quien va remitida, que »no puede enviarle algo que le había pedido »y le participa que ha leído una obra de »Avicena.»

«No me ha sido posible examinar dete– »nidamente y por completo» concluye di– ciendo, «cada uno de los muchos volúmenes »aljamiados, que he podido ver; y por cierto »que sólo así podría tener seguridad de que »no me hubiera pasado desapercibido quizá »lo más importante; pues en cualquiera de »esos libros, cuyos títulos nada especial re–

»velan, pueden encontrarse noticias muy »interesantes.»

Y algo de esto pasó tal vez con el que lleva por título Las Coplas del Alhichante de Puey Monzón. Apareció como cuaderno insignificante, dentro de un códice de mayor tamaño. Hubiera sido preciso leerlo todo, para dar con el interesante poema causa de la publicación del presente libro.

Siempre ha sido en extremo difícil el relato verídico y exacto de un viaje á la Meca. Prohibido á los cristianos el acceso á la *Tierra Santa del Islam*, han sido muy pocos los que se han decidido á arriesgar la salud y la vida, por sorprender el misterio en que parecía envuelta la historia de las grandes peregrinaciones mahometanas.

El primer europeo, dice un historiador francés, que logró visitar la Meca y publicar una relación ocular de las ceremonias de la peregrinación muslímica, fué el viajero inglés Burckhardt, que bajo el consiguiente disfraz, realizó en 1816 su peligrosa aventura [1].

1 Burckhardt, Travels in Arabia.

Mas algunos años antes que él, un español, agente secreto, según se cree del Gobierno de Carlos IV, había penetrado ya en el territorio *sagrado*, haciéndose pasar por príncipe musulmán del Occidente. Llamábase D. Domingo Badía y arabizó su nombre tomando el de Ali Bey el Abbasí. Su narración es la más interesante que se puede imaginar [1]. Después de recorrer el imperio marroquí y los países de la costa del Mediterráneo hasta el Cairo, emprende su peregrinación. El Xerif de la Meca le sujeta á prueba; pero Ali Bey triunfa gracias á su profundo conocimiento de la lengua árabe.

Más tarde, otro diplomático y orientalista que llegó á secretario y aun á yerno de Abdelcáder, Mr. Leon Roches, realizó la peregrinación á la Meca durante el período de su vida en que practicó el Islamismo; desempeñando durante su expedición una misión secreta del gobierno francés [2].

1 «Viajes de Ali-Bey el Abbassi (Don Domingo Badía y Lleblich) por Africa y Asia, durante los años 1803-4-5-6 y 7.» Traducidos del francés por P. P.—Tres tomos.—Valencia.—1836.

2 *Trente deux ans á travers l'Islam* (1832-1864) par

Muchos años después que Leon Roches, los viajeros Von Maltzan [1], Burton [2] y Keane [3], penetraron también hasta la Meca en los momentos de la peregrinación. Sus relaciones, poco importantes desde el punto de vista iconográfico, fueron juntamente con las anteriores, los únicos documentos que poseían los europeos acerca de la descripción exacta del país, hasta 1890.

En esta época, un holandés, el Doctor Snouck Hurgronje, visitó á la Meca provisto de aparatos fotográficos modernos, y publicó además de dos volúmenes del mayor interés, dos albums de bellísimas fotografías [4]. Gracias á él, podemos conocer hoy la «Tierra Santa del Islam» hasta en sus más insignificantes pormenores, y sin dejar las comodidades de nuestra casa.

Leon Roches, ministre plenipotentiaire en retraite, ancien secrétaire intime de l' Emir Abd-el-Kader, ancien interpréte en chef de l' armée d' Afrique.— 2 vol., Paris. Firmin Didot, 1885.

1 Maltzan, *Wallfahrt nach Mekka.*

2 R. Burton, *Pilgrimage to Mekka.*

3 Keane, Six Months in Mekka.

4 Cf. Mekka, para le docteur C. Snouck Hurgronje, avec deux atlas de figures.—La Haye, Martinus Nijhoft, 1889-1890, 2 vol in 8.

Y aun después del doctor Snouck, dos viajeros más, Gervais-Courtellemont y el Doctor Saleh Soubhy, musulmán este último, han publicado también las impresiones de sus viajes á la Meca [1].

Tales son las obras que el geógrafo y el bibliófilo han tenido hasta hoy á su disposición, para estudiar uno de los fenómenos más notables del pueblo musulmán: las peregrinaciones á la Meca.

Hoy, con la publicación de la presente obrita, podemos añadir á tan interesante serie, la narración de un viaje llevado á cabo por un musulmán *auténtico* y en pleno siglo XVI ó primeros años del XVII. Narración elevada á la categoría de poema, puesto que el *racontador*, como diríamos en lenguaje morisco, además de ser fiel observador, tiene sus vuelos de poeta. Déjase arrebatar por el entusiasmo que le producen las que él considera maravillas de su fe; y, por lenguaje más ó menos vulgar, en metro más ó menos

1 Gervais-Courtellemont; *Mon voyage a la Mecque* Dr. Saleh Soubhy: *Pelerinage a la Mecque et a Medine.*

exacto y cadencioso, consigue interesar al lector, presentándole minuciosos pormenores de su viaje, pintorescas descripciones de los lugares que visita; brillando en todo la exactitud y buena fe más completas. Todas sus observaciones se hallan plenamente confirmadas por los viajeros modernos.

Y ésta ha sido la misión encomendada al autor de este pequeño trabajo: descifrar, desenvolver los datos presentados por el musulmán y apuntados á veces por sola una palabra ó en un solo verso: así el conjunto resultará de fácil lectura y los cuadros aparecerán iluminados con aquella claridad que la Historia y la Geografía puedan derramar sobre ellos.

Y de esta manera *Las Coplas de Puey Monçón* tendrán sobre las noticias y descripciones que aparecen en las obras modernas más arriba citadas, el interés de un viaje efectuado en época ya remota y descrito con la viva elocuencia de un creyente. De un creyente que por su cualidad de aragonés, aporta con su trabajo preciosos datos para la historia y para la literatura aragonesas.

II

El valle del Cinca.—Monzón y Pueyo de Santa Cruz.—El morisco de Puey Monçón.

Seis kilómetros al mediodía de la antigua villa, hoy ciudad de Monzón, famosa por sus Cortes, siguiendo la corriente impetuosa del Cinca, y dejando á la izquierda el venerado santuario de Nuestra Señora de la Alegría, se encuentra el pueblo de Pueyo de Santa Cruz, situado en la vertiente de elevada colina.

Nada más pintoresco en toda la extensión del valle del Cinca. Desde su ventajosa posición, sirviéndole de alfombra extensa zona de vegetación exuberante, domina la corriente bravía; y los frondosos grupos de olivares y las hileras de plateados álamos que bordan las acequias y caminos, y los frutales que sombrean los huertos, prestan entonación y colorido; y transforman aquella zona en oasis encantador.

Población de modestos edificios, moderna iglesia [1] de esbelto campanario; pero pueblo alegre, donde todo sonrie; donde el agua cristalina corre por todas partes y donde el fresco ambiente del rio, penetra perfumado con la dulzura de las flores.

No hace muchos años que, á la voz de entusiasta misionero [2], trocó su anterior denominación de *Pueyo de Moros* por la hermosa que hoy lleva de *Pueyo de Santa Cruz;* si

1 Edificada durante los años 1766, 67 y 68, siendo señor temporal del pueblo el gran Castellan de Amposta, de la ínclita orden de San Juan, Fr. D. Manuel de Sada, cuyo blasón ostenta el altar mayor en su remate.

2 El P. Diego Gabín del Corazón de María.

bien durante la Edad Media, la hegemonía que Monzón ejerció sobre toda la comarca, hizo que fuera conocido con el nombre de Pueyo de Monzón. Así la escritura de permuta otorgada entre la reina D.ª Sancha, esposa de Alfonso II de Aragón y la Orden del Temple, en Junio de 1184, dice: «Dono »vobis domos et campos et alia omnia jura »quæ fratres hospitalis habent in illo loco »qui dicitur *Podium Montsoni* et in omnibus »terminis suis». [1] Y esto nos hace ver de cuál manera extendieron su jurisdicción á Pueyo los Templarios, quienes desde cuarenta y un años antes poseían el castillo de Monzón por cesión de D. Ramón Berenguer; y nos deja entender á la vez cómo el Puey Monçón del título que encabeza este escrito, es el mismo «Podium Montsoni» del tiempo de Alfonso II; el que poco ha se denominaba «Pueyo de Moros» y hoy se llama «Pueyo de Santa Cruz».

Monzón y Pueyo han sido siempre como dos amigos llevados en alas de la misma fortuna.

1 Archivo del Monasterio de Sijena.

Otra población se alzaba en otro tiempo en medio de ellos: Las Cellas, fundada probablemente sobre las ruinas de la antigua *Tholous*, mencionada en el itinerario del emperador Antonino como una de las *mansiones* de la vía romana que enlazaba á Tarragona, Lérida, Huesca, Zaragoza y León. Mas Las Cellas, después de alzarse una vez en armas contra Jaime I y ser tomada por asalto, desapareció; y hoy en la cúspide del monte que la sustentaba, aparece escueto el citado santuario de Nuestra Señora de la Alegría, igualmente venerado por los habitantes de Monzón y los de Pueyo.

El título de *Podium Montsoni*, Pueyo de Monzón ó Puey Monzón, resume en dos palabras la historia de este pueblo que una vez extinguidos los Templarios, perteneció durante largos años á la encomienda que los Sanjuanistas tuvieron en Monzón, con dependencia de la Gran Castellanía de Amposta.

También la denominación de «Pueyo de Moros» tiene su justificación histórica. Habitado por industriosos moriscos que debie-

ron dar realidad, en beneficio de las Órdenes militares, al antiguo refrán de «á más moros más ganancia», siguió hasta el siglo XVII la suerte de casi todos los pueblos donde existió aquella raza, que no fueron poco numerosos en la orilla del Cinca. Allí está *Alfántega* distante sólo dos kilómetros; poco más abajo, *Albalate y Alcolea* se dan la mano á través de la corriente; *Almudafar* recuerda el título victorioso de algunos emires; *Zaidín* conserva aún la fisonomía de un pueblo musulmán: nombres todos completamente arábigos en su etimología.

A la otra parte del río pero frente á Pueyo, una aldea de cristianos, Conchel, que perteneció al señorío feudal del obispo de Lérida [1], aún conserva su atalaya; esbeltísima torre desde la cual se ejercía constante vigilancia, por temor sin duda á las incursiones y ataques de los pueblos vecinos. Hoy no podemos casi comprender en qué estado de inquietud y de lucha vivían aquellas gentes,

---

1 Por concordia otorgada entre dicho Obispo y la Orden del Temple, en 1192.

cuyas diferencias y rivalidades, ahondadas por la discordia religiosa, daban pábulo á toda clase de odios y rencores.

Ello fué que en 1591, algunos años antes de decretar Felipe III la expulsión general, las circunstancias obligaron ya á dictar terribles órdenes contra los moriscos de Pueyo [1], que sin duda eran los más fanáticos de la comarca.

Entre ellos vivió y seguramente durante el mismo siglo XVI, el denodado peregrino cuyas coplas tuvo la fortuna de hallar y el acierto de dar al público, nuestro ya mencionado amigo, el sabio profesor de la Universidad de Zaragoza D. Pablo Gil.

---

1 Pilzano.—Historia inédita de Monzón.

III

El Alcorán y las peregrinaciones á la Meca.—El peregrino de Puey Monçón.

I 153. «Safa y Merva [1] son monumen»tos de Dios; quien hace la peregrinación á »la Meca y visita los lugares santos, no co»mete ningún pecado, con tal que dé la vuel»ta alrededor de estas dos colinas».

---

1 Colinas en el territorio de la Meca.

II 192. «No dejeis de hacer la peregri-»nación y la visita; si estáis cercados por el »enemigo, enviad una ofrenda».

193. «La peregrinación se hará en los me-»ses que ya sabéis. El que la emprenda, se »abstendrá de mujeres, de pendencias, y de »faltar á los preceptos. El bien que haréis será »conocido por Dios. Tomad provisiones para »el viaje. La mejor provisión es sin embargo »la piedad».

III 90. «El primer templo que funda-»ron los hombres fué el de la Meca.

91. «Allí veréis señales de milagros evi-»dentes. Allí está la estación de Abraham. »Quien entre en su recinto, se hallará al abri-»go de cualquier peligro. Hacer la peregrina-»ción es un deber para con Dios, que obliga »á todos los que pueden emprenderla».

He aquí los versos ó aleyas en que principalmente recomienda el Alcorán á los musulmanes el *alhache* ó peregrinación; á que además aparece dedicado el capítulo XXII, el cual precetúa los ritos y prácticas que deberán cumplir quienes tomen parte en ella. Con tales preceptos confirmó y reglamentó Maho-

ma las antiquísimas peregrinaciones de los árabes á la Casa Santa ó Caaba de la Meca; y en ellos se halla fundado ese movimiento extraordinario del pueblo musulmán, trasladándose en grandes masas á través de la Arabia, sin temor á la dureza de los climas ni á las fatigas de todo género, causa continua de inumerables víctimas.

Visten los peregrinos ó *alhichantes* el *hiram* [1], llevan desnuda la cabeza y expuesta á los ardores de un sol abrasador; comen con la mayor frugalidad; les está prohibida la caza, y vense expuestos á los asaltos y robos de las feroces tribus del desierto.

Como los meses árabes son lunares, varían las condiciones de la excursión, según coincida con el invierno ó con el verano, la época designada por Mahoma, dentro de los meses de Xagual, Dulcada y Dulhicha.

A los efectos del pernicioso clima de la península arábiga, hay que añadir otras cau-

---

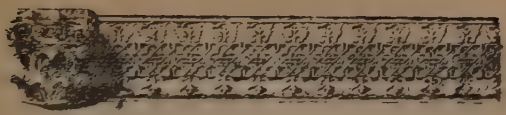
1 Traje especial compuesto de dos mantas blancas rayadas; una de ellas rodea la cintura y cae sobre las rodillas; la otra se lleva á la manera de una toga romana, dejando desnudo el brazo derecho.

sas de aniquilamiento; los ayunos frecuentes, el gran consumo de café negro, el uso inmoderado de tabaco y opio, las bebidas alcohólicas. Ello es que según la opinión más digna de crédito, la quinta parte de los expedicionarios perece víctima de su fanatismo.

En los tiempos de oro del Islamismo, se formaban inmensas caravanas, verdaderos ejércitos guiados por sus jefes correspondientes, y provistos á veces hasta de piezas de artillería. Seis ó siete expediciones suelen aún formarse en nuestro tiempo: la principal, que es la de Damasco, gobernada por un bajá; la de Egipto dirigida por un bey que mientras llena sus funciones recibe el nombre de Emir Alhach (príncipe de los peregrinos); la de los árabes de Berbería que se junta con la de Damasco, algunas jornadas antes de llegar á la Meca; la de Persia que sale de Bagdad; la de Lahsa y del Nechd, y las del país de Omán y del Yemen; sin tener en cuenta la multitud de peregrinos que parten de la India, Java, Sumatra, y aún de la Nubia y de la costa meridional del Africa.

Antigua debe ser la expedición anual de

Egipto, puesto que en ella tomó parte hace ya tres siglos, el misterioso personaje que motiva este escrito. Sale de una aldea perdida entre los repliegues de la cuenca del Cinca y con grande aliento y fanatismo verdaderamente musulmán, se embarca en Valencia, visita á Túnez, Alejandría y el Cairo, llega á la Meca, consigue regresar á su patria, y allí confía á la pluma el recuerdo de su peregrinación que en gran manera debió popularizarse entre los moriscos sus compatriotas. Ignoramos la genealogía del personaje que modestamente oculta su nombre bajo el pseudónimo de *El peregrino de Puey Monçón.*



IV

Literatura morisca.—Las coplas de Puey Monçón.

Eso que llamamos aljamía [1] es en las letras algo así como el estilo mudéjar en el arte: producto de dos civilizaciones que después de luchar siglos y siglos para alcanzar una de ellas la supremacía, vienen por fin á penetrarse y á tomar una de otra aquellas partes que la respectiva ley no rechaza ni prohibe.

1 De achamí, extranjero.

La aljamía se apodera del lenguaje de los cristianos y le viste con ropaje musulmán. De igual manera, el arte mudéjar, haciéndose poderoso auxiliar de la construcción cristiana, la llena de hermosos alicatados, apóyala en preciosos arcos estalactíticos y la cubre con artesones de elegantísima tracería.

La raza dominante, produce, por decirlo así, la esencia de las cosas; la raza vencida limítase á prestar la forma y ornamento exterior; ambas se completan maravillosamente y producen, ora en las bellas letras, ora en las bellas artes, originalísimos conceptos é invenciones.

No llegó, sin embargo, la literatura mudéjar á donde alcanzó el arte, que invertidos los términos, podíamos llamar aljamiado. Y lo explica perfectamente la historia: paladin de aquélla fué el elemento muslímico pronto á desaparecer. El arte, por el contrario, vivió largos años cultivado por el elemento indígena y cristiano que había alcanzado la meta del poder y de la cultura.

Así dos tendencias nacidas al calor de

las mismas ideas, alcanzaron opuestos resultados: dando vida la una á monumentos tan admirables como la inolvidable Torre Nueva de Zaragoza ó los artesonados del Capítulo de Sijena. La otra sólo tuvo aliento para cantar con estro más ó menos descuidado, obras como el «Poema de José», el «Racontamiento del Rrey Alixandre» ó *Las Coplas del Alhichante de Puey Monçon*.

Son éstas en número de setenta y nueve y constituyen una especie de poema descriptivo notabilísimo, sino por su mérito literario, por la sencillez y genialidad con que está escrito, por la gráfica expresión del entusiasmo que anima al peregrino, por las noticias de todo género que nos da y por ser un ejemplar más, perteneciente á género literario aun poco estudiado entre nosotros.

Las *Coplas* son octavas en cuyo ritmo existe gran libertad: versos generalmente octosílabos, consonantados unas veces, asonantados otras; combinándose el primero con el cuarto, el quinto y el octavo, el segundo con el tercero y el sexto con el séptimo; pero con

gran libertad como queda dicho, pues se leen versos de cinco y seis, siete, ocho y aun nueve sílabas, y coplas en que varían mucho las combinaciones de los versos.

El estilo, no deja de tener cierta elevación en algunas ocasiones; las descripciones son vivas y animadas; y aunque hay estrofas que se resienten de falta de cadencia, puede más bien achacarse este defecto á los copiantes; viéndose como se ve que el poeta sabía rimar y aun usar ciertas frases campanudas y grandilocuentes: en fin, presenta el conjunto un hermoso ejemplar, de aquella literatura popular morisca en que escribieron el Maestro Juan Alfonso y Mahomad Rabadán, ambos aragoneses: éste, nativo de Rueda de Jalón, escribía ya en los albores del siglo XVII.

Como todos los escritores mudéjares, conserva nuestro *Alhichante* en su forma arábiga las palabras correspondientes al ritual y nomenclatura religiosa. Llama *adín* á la religión, *alhache* á la peregrinación, *albaraca* á la bendición, *anabíes* á los profetas, *alchana* al paraíso, *asomias* á las torres de las mezquitas,

asala á la oración, *atasbihes* á las alabanzas á Alá, *bab asalem* á la puerta de *asalem* ó de la paz. Salvas estas contadas palabras y la forma arábiga que da también á los nombres de poblaciones y sitios notables y personajes de la antigua edad, las *Coplas* son de fácil lectura, su lenguaje se acerca mucho al de nuestros días y deja comprender cómo la literatura arábiga iba fundiéndose lentamente al fuego irresistible de la literatura castellana.

Mantiénese el uso de algunas voces anticuadas: ya nombres como *barragán, bastimento, cibdad, fambre, mancilla, ornimento, perdonanza, vestimenta;* pronombres como *nueso* por nuestro, *doseno* por segundo, *diziocheno* por décimo octavo; verbos como *aquejar, atender* (esperar), *curar* (cuidar), *demandar, enjoyar, facer, fallar* (hallar), *recrecentar;* adverbios como *açaz, ansí, magüer.* Abundan los provincialismos de origen catalán; llamándose *nau,* á la nave, *trasmontana* al viento norte, *destrado* al estrado, *romeaje* á la romería ó peregrinación, *dereitaje* al derecho real, *mercadante* al mercader, *mesura* á la medida, *puyar* al su-

bir, *mercar* al comprar; diciendo *sinse* por *sin*, *lor* en lugar del posesivo *su;* y como en el actual lenguaje vulgar de los pueblos de Monzón y Pueyo, *empués* por después, *nengún* por ninguno; *bonico* por bello ó bonito, *percurador* por procurador, *hestoria* por historia, *perfición* por perfección, *jodío* por judío, *vesita* por visita, *prencipal* por principal. Dialecto en el cual, úsanse aun los verbos *atorgar* (otorgar), *alimpiar* (limpiar), *amantar* (amar), *escrebir* (escribir), *esturdecer* ó *esturdir* (aturdir), *escubrir* (descubrir), *prencipiar* (principiar); siendo notables los modismos *aquexarse con la fambre, amanarse la hora* ó venirse á la mano, *andar aquexado, recrecentar pesares, partir caminero,* así como el plural *piedes* por pies. Léense también varias voces extrañas difíciles de traducir como *inomante, motosía, porfaçio.*

No anduvo lejos nuestro peregrino de la época en que Mahomad Rabadán compuso su *Canto de las Lunas;* pues aunque éste lleva en sí mayores pretensiones literarias que las *Coplas de Puey Monçón,* no puede negarse que

existe entre ambas composiciones estrecho parentesco.

Indicio es éste de haber llevado á cabo su romería nuestro *Alhichante* durante la segunda mitad del siglo XVI; ó tal vez á principios del XVII, cuando la religión de los moriscos españoles parecía como si fuera á convertirse en un cristianismo grosero.

El continuo trato con los cristianos, la supremacía de éstos y sus esfuerzos por destruir las últimas trincheras del islamismo, habían dado cierto giro de aproximación á las ideas. Cuando un pueblo domina sobre otro, acaba por absorberlo, imponiéndole su lengua, sus leyes y sus costumbres. La doctrina de Algazalí preparaba ya la transformación por una parte; por otra, el clero cristiano la adelantaba con sermones que en ciertos días tenían obligación de escuchar los mudéjares; con refutaciones del Corán que se imprimían; con disputas que tenían lugar en las mismas aljamas contra los alfaquíes, como las que mantuvo en Zaragoza Fr. Juan Martín de Figueroa.

Pero esta tendencia unificadora ence-

rraba un peligro que podía traer sobre España gravísima complicación: la resultante de todas las fuerzas que se agitaban en aquel problema importantísimo, hubiera resultado más protestante que ortodoxa. ¡Quién sabe si los consejeros de Felipe III vieron en tal peligro la razón que les decidió principalmente en pró de la expulsión de los moriscos!

V

El Códice de Puey Monçón.—Exposición de las primeras estrofas.—Sale el peregrino de Valencia.—Descripción de Túnez.—Hamameta.—Heraclía.—Susa.—Monestir.—Almahdía.—Sfax.—Mihraça.—Isla de Cherba.

Entre los códices árabes que, según dijimos, tuvo la suerte de adquirir el Sr. D. Pablo Gil, procedentes del hallazgo de Almonacid de la Sierra, va señalado con el número 13, el que contiene las *Coplas del Alhichante de Puey Monçón*. Publicadas en parte primeramente por los Sres. Gil, Ribera y Sánchez

en su *Colección de Textos Aljamiados*, fueron después traducidas y comentadas por dicho Sr. Gil, en *El Archivo*, interesante revista publicada y dirigida por D. Roque Chabás.

Consta el volumen original de unos doscientos folios; mide 25×18 cm. y está encuadernado en piel, con elegantes arabescos, clavos de cobre y restos de cintas que sirvieron de atadura. Pertenecieron sin duda las lujosas tapas á un códice en vitela, encuadernado en tiempos anteriores, el cual conserva restos de su titulación latina, puesta en góticos caracteres. Libro cristiano destruído tal vez por la saña de algún morisco, y destinadas desde entonces las cubiertas á dar albergue á varios escritos musulmanes, entre los cuales fué cosido, y no de los últimos, el cuadernito que contiene las famosas *Coplas*. Consta de 23 hojas, en papel que mide 20×15 cm; y tiene tan deterioradas las dos primeras, que resultan en ellas grandes lagunas, imposibles ya de llenar.

Por lo cual hallamos incompleta la invocación á Alá, y destruída una parte del título. Incompleta asímismo la primera es-

trofa, con un solo verso la tercera, poco más de uno en la quinta y sin los dos que debieron encabezar la sexta.

Afortunadamente no falta un solo verso en todo el resto de la composición, como vamos á ver.

(Bismi Ilahi) ar-rahmani ar-rahimi
(En el nombre de Dios, clemente y misericordioso)
(Estas) son las Coplas
(Del Alhichante de Puey) Monçón

I

..... logar
..... çon
..... para ir á la casa
..... se gana el perdón
..... es mucha razón
que hayamos..... aca
la Casa Santa de Maca
me haga tal relaçión.

II

Si yo me partí de mi gozo
Y de todo mi linaje [1]
Para ir á tierra de moros
A hacer mi *romeaje*,
A cumplir aquesti *alhache*
Qu' es un devdo prençipal
Que consume todo mal
Al que hace tal viaje.

---

1 Parece que la interpretación del ج árabe andaría más acorde con el actual lenguaje castellano, expresando su sonido con nuestra «*ch*». Esto daría mayor fidelidad, tal vez, á la traducción; mas teniendo en cuenta, en primer término, que la «g» fuerte y la «j» en la época y región de nuestro morisco, tenían el sonido de «ch», más o menos suave, como lo tienen aún hoy en el territorio catalán (del cual formaron parte en cierta época los pueblos de Monzón y Pueyo), y deseando, por otra parte, facilitar en todo lo posible la lectura de las coplas, transcribiremos siempre con «j» ó «g» el sonido del ج árabe. No debe, pues, extrañar al lector la falta de consonancia entre *alhache* y *linaje*, *romeaje*, *dereitaje*, etc.; pues, para leer con propiedad las coplas, debe darse á nuestras letras «g» y «j» el sonido de «ch» que tenían cuando aquéllas se escribieron.

III

Aunque mi departença
.....

IV

Yo llegando en Valença
No lo quise más tardar,
Luego hiz mi deligença
Y mis hechos ordenar:
Pagué al Baile General
Toda razón y *dreitaje,*
Y al Patrón de la nau
Qu' es natural de Veneçia.

V

..... alegría
..... nombrado [1] día
.....
..... de Túnez allende
.....

1 Transcribimos con nuestra letra *m*, el ن árabe colocado ante consonante labial.

VI

.....

Çiento y sesenta mil casas
Por cuento en ella había,
Çibdad de tanta valía,
Çibdad de tanta riqueza,
Caballería y nobleza,
Que contar no se podría.

VII

Çibdad es muy deleitosa
Para el que está reposado,
Mas al que tiene cuidado
Ninguna cosa le reposa:
Con nuestra ansia quexosa
Delibremos [1] de nos partir
Salímonos á dormir
Defuera un arrabal.

VIII

El segundo de Nadal [2]
Partimos por aquellos valles,
Cuando por tierras,
Cuando por mares,

1 Deliberamos.
2 Navidad.

Por las villas y çibdades,
Peligros por la mar escura:
Ansí ribamos á Cherba,
Isla de mucha verdura.

IX

De Túnez á Hamameta
Y de allí á Hericlía,
A Çuça y al Monestir
Y la çibdad de Almahdía:
Navegamos por esa vía
Tres días de sin comer;
A otra parte la Fortuna
Bien nos pensamos perder.

X

Cuando ribamos á Saféquiz,
Con la fambre aquexados,
Y penados de la marina
Y de la fortuna tormentados,
Trobemos tales reparos
D' un dolor tan lastimero,
No trobamos bocado de pan
Por amor ni por dinero.

XI

Andando con mi compañero
Recreçentando pesares
Y publicando nuesos males,
Trobamos un forastero:
Llevónos muy por entero
Donde había ganado mucho,
Y por siete *nasrines*
Mercamos un cordero.

XII

Pusímoslo en una olla
Sin agua ni cocinado,
Ni salsa ni aparejo,
Ni nengún otro guisado;
Así mal aparejado
Lo hubimos á cozer,
De sin pan ni otra cosa
Nos lo hubimos de comer.

XIII

De allí fuemos á Mihraça
Bonica aldea por çierto;
Allí no facimos escala,

Mas dormimos en el puerto:
Allí engolfamos, por çierto
Qu'l Raiç [1] andaba aquexado:
D' allí arribamos á Cherba
El puerto de lor [2] mercado.

XIV

Isla es muy deleitosa
De muchos árboles fruitales,
Mançanos, priscos y peros,
Muchas viñas y figuerales;
Hay de muchas datileras
Que es una fruita sabrosa,
Isla es muy deleitosa,
Maguera toda arenales.

Cuentan estas catorce estrofas el principio del viaje, hasta la llegada de la embarcación á Cherba.

No hay orden en la narración. Es dudoso si las *Coplas* VI y VII se refieren á Valencia

1 De رئيس jefe ó capitán. El Cébiti debía proceder de una pequeña población del señorío de Venecia.

2 «Lor» pronombre semejante al francés «leur», al italiano «loro» y al catalán «llur».

ó á Túnez; como lo es también, si la isla de Cherba, que menciona la estrofa VIII, es la misma isla mencionada en la XIII.

Inclínome á creer, sin embargo, que las citadas VI y VII se refieren á Túnez y que la preciosa *copla* VIII, no es sino el resumen del viaje hasta Zerbi ó Cherba, llamada antiguamente Meninx ó Isla de los Lotófagos.

Vuelve después el poeta á Túnez, de quien nada dice por haberlo hecho antes, y va describiendo minuciosamente la expedición, haciendo en la *copla* IX una referencia á la tempestad del Golfo de la Fortuna, que no describe hasta la estrofa XIV; lo cual acaba de revelarnos la falta de orden de que adolece la narración.

De todas maneras, resulta que nuestro peregrino sale de su «lugar, con gozo de toda su familia» [1], toma pasaje en Valencia á bor-

---

[1] Al salir de su casa el peregrino debía recitar la siguiente oración «No hay Dios sino Alá, á quien pido socorro y asistencia para todo el tiempo de mi viaje.»

La despedida de la familia debía ser la siguiente, según los rituales mahometanos: «Que Alá conserve

do de un galeón veneciano, mandado por el Raiç Cébiti, abona el impuesto, bien fuese de peaje ó bien de embarcación, al Baile General; hácese á la mar, y aparece en Túnez, ciudad cuya «riqueza, caballería y nobleza» considera incalculables.

Parte de Túnez, sin hacer memoria de la famosa expedición de Carlos V, y hace escala sucesivamente en Hamameta (Hamamet) población comercial de 10.000 almas y puerto muy frecuentado; en Heraclía, la antigua Heraclea; en Susa, la de las hermosas mezquitas, y en Monestir. Todas situadas en el golfo llamado de Hamamet; lo cual nos demuestra que eran breves las jornadas del galeón y andaba costeando para recojer pasajeros y mercancías.

Hacen alto asímismo en Almahdía, la histórica Thapsus situada en el cabo de Africa, fundada hacia el año 900 por uno de los califas fatimíes y puerto el más concu-

---

vuestra fé, vuestras creencias, y os dé suerte en todos los negocios. Que él os conserve y os proteja, os preserve de todo mal, perdone vuestras faltas y os colme de bienes doquiera que vayáis.»

rrido á la sazón por las flotas cristianas; y llegan á Saféquiz (Sfakus, Sfakes ó Sfax), la más bella hoy de las ciudades de la Regencia Tunecina, «aquexados por la fambre y penados por la marina». Llevaban tres días sin comer, y la costa debía ser tan inhospitalaria, que «ni por amor ni por dinero» podía hallarse en ella un bocado de pan. Dieron, por fin, con un rebaño; compraron por siete *nasrines* [1] un cordero, y satisfecha la necesidad, navegaron de nuevo hasta Mihraça, preciosa aldea, en cuyo puerto hubieron de pasar la noche.

Al siguiente día y llevando enfermo al Raiç ó Capitán de la nave, llegaron á *Cherba*, mercado predilecto de éste.

---

1 Con la conquista de la España árabe por los Almohades, coincide la acuñación de monedas de forma cuadrada, especialmente de plata, pues las de oro siguieron siendo circulares, si bien conteniendo las inscripciones en un cuadrado inscrito en el círculo que formaba la moneda. Los Nasaríes de Granada, últimos mantenedores del poderío musulmán en la Península, siguieron el mismo sistema de acuñación. A esta clase de moneda se refiere Puey Monçón, lo cual indica que en la época de su viaje, todavía se hallaba en circulación la moneda de los Beninasar.

«Isla de mucha verdura» la había llamado en la estrofa VIII: «isla muy deleitosa y de muchos árboles frutales», la llama ahora.

Ya sus hermosas frutas retuvieron á los compañeros de Ulises; y aunque los *lotos* á que Homero se refiere, han desaparecido de ella, continúa, sin embargo. cubierta de palmeras, algarrobos, higueras y otros árboles.

Pudieron ver los expedicionarios, en el centro de la isla, un arco triunfal erigido en honor de Antonino Pío y Lucio Vero. Mas no sabemos si existiría entonces otro monumento que aunque bárbaro y triste, ha estado en pié hasta hace pocos años: una pirámide—de 8 á 9 metros de altura—formada con cabezas de españoles muertos en un combate sostenido por el Duque de Medinaceli y Andrés Doria en 1558, contra el ejército otomano de Cara-Mustafá.

Son musulmanes aun hoy día los habitantes de Cherba, é industriosos sobre todo en tejidos de lana y seda.

VI

Partida de Cherba.—Gran tempestad.—El país de Barca.—Alejandría.

XV

Partimos con alegría
De Cherba los alhichantes
Con muchos de mercadantes
Para ir en Alixandría:
Navegando nuesa vía
Por l' alta mar tempestosa,
Tomónos mala marina
Una muy terrible cosa.

XVI

Cuando fuemos en los golfos
De Fortuna, sin dudar,
Recreçentó la tempesta
Y ventisca por la mar:
Aquí empeçó de llamar
Ad altas voces el Patrón:
«Vacíese el galión, [1]
Si nos podremos salvar.»

XVII

Grande prisa había
En vaciar el galión:
Ni miran á mercadería,
Ni miran á guarniçión:
Mucha riqueza echaron
En la mar á los mercadantes,
Y también á los alhichantes
Parte de su provisión.

XVIII

El alto rey soberano
El que nos quiso salvar,
Pues todo estaba en su mano,
Dió reposo á la mar:

---

1 Galeón—Bajel antiguo de alto bordo.

Veríades humillar,
Agradeçiendo con obedençia
A la su alta acselençia,
Que nos quiso remediar.

XIX

Pasada fué la Fortuna
Y el peligro y espanto,
Quedónos otra tristura
Aunqu' el mal no era tanto,
Açaz era pro quebranto
Quedar de sin provisión,
Que la echaron en la mar
Por miedo del galión.

XX

El Raiç Çébiti llamó
A uno su primo hermano,
Y tomólo de la mano
Y juramento le tomó;
«Que del biçcocho y el agua
El fuese percurador,
Lo diese partes iguales
Ansí al chico como al mayor.»

XXI

Socorriéronnos por çierto,
No nos dexaron mal pasar
En todo aqueste tiempo,
Que anduvimos por la mar:
Y Alá que nos quiso ayudar
Con la su merçé y *albaraca*,
Que arribamos á un puerto
En el reino de *Montebarca*.

XXII

E tanto los alarabes
Allí fueron arribados,
D'ellos venían á pie,
D'ellos en sus caballos;
Hicieron señal de seguro
Alçando al cielo la mano;
Salió el Raiç Çébiti
Y Abdorráhmeno el escribano.

XXIII

El otro día de mañana,
Trayeron tanto bastimento
De manteca y leche agra
Y ganados sinse cuento,

Carneros como becerros
Y muy gruesos compraron,
Y de aquella manteca y leche
Basteçieron el galión.

XXIV

Fuémonos á desembarcar
Al diziocheno día,
En el puerto de la mar
De la çibdad de Alixandría:
De allí, tomamos la vía
Para Alcahra la famosa,
Noble, grande y poderosa,
Que contar no se podría.

Lleno de mercaderes y peregrinos y con gran cargamento, salió de Cherba el galeón, aventurándose por alta mar para ganar el peligroso golfo de las Sirtes, llamado sin duda entonces «de Fortuna». Puede explicarnos esta denominación la proximidad del país de Auchelah, Augila de Herodoto, cuya etimología procede al parecer del berberisco *auchala* que equivale á «fortuna».

Famoso fué en la antigüedad el golfo de las Sirtes. Ya en los tiempos protohistóricos fué fatal á los Argonautas. Después cantaron sus peligros Horacio y Virgilio, Séneca y Propercio, Valerio Flacco y Lucano. Estrabón, Pomponio Mela y Plinio llamaron la atención de los navegantes hacia aquellla parte del Mediterráneo; Polibio y el insigne Salustio describieron grandes catástrofes en ella acaecidas.

La tempestad que sufrieron allí nuestros expedicionarios fué espantosa. Las *coplas* que la refieren son las más expresivas del poema. El galeón estuvo á punto de naufragar. Para salvarlo, mandó el Çébiti que fuesen arrojadas al mar las mercancías y hasta las provisiones. Después hubo de ponerse un régimen severo en la alimentación de los navegantes; de ello se encargó un pariente del Capitán, prestando formal juramento de obrar con la mayor fidelidad; y, según parece, cumplió perfectamente su cometido, hasta que llegó de arribada el buque á un puerto del «Reino de Montebarca» ó sea del país de Barca.

No sabemos si este puerto sería el de la antigua Cirene (hoy Marza Suza), patria de Aristipo, de Calímaco y de Erastóstenes, y capital de toda la Cirenaica; reino independiente que fué durante la dominación de una rama de los Tolomeos. Pudo ser también puerto de refugio Tolometa, en otro tiempo floreciente Tolemaida, que conserva en sus monumentales ruinas, el recuerdo de una civilización expléndida y grandiosa.

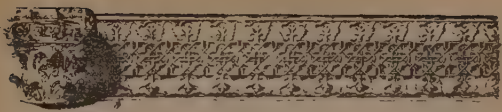
Por la estrofa XXII sabemos que la señal de paz y seguridad era «alzar al cielo la mano»; la XXIII manifiesta el uso de la leche agria ó fermentada, y nos hace ver el gran volumen que alcanzaban los carneros en aquellas regiones.

Con lo cual viene la *copla* XXIV á contarnos la llegada de la embarcación al «puerto de la mar» [1] de la famosa ciudad de Alejandría: después de diez y ocho días de navegación contados desde el «segundo de Nadal», ó sea desde el 26 de Diciembre.

---

1 La ciudad de Alejandría tiene dos puertos, uno de los cuales comunica con el mar; el otro, es el del Nilo.

Llegaron, pues, el 13 de Enero, habiendo recorrido un trayecto de 3.500 kilómetros desde Valencia ó 2.400 desde Túnez.



VII

Visita al Cairo.—Esplendor y magnificencia de la ciudad.—Sus mezquitas.—Santones enterrados en el Cairo.

XXV

Sus vecinos no han cuento,
Cuanto más las otras cosas,
Vintiçinco mil *porropias*
Se fallan por nombramiento:
Tienen tal regimiento
Qu' es cosa de alegría,
Que tan clara está de noche
Como cuando es de día.

XXVI

Pasan de trenta y seis mil
Las casas de la oraçión,
No se pueden nombrar,
Qu' en cantidad muchas son:
A una llaman *Aleçuar*,
Tienen de más gualardón;
La mayor de toda Alcahra
Llámase Jimaa Tailón.

XXVII

La *Gauriya*, de lindeza
Sobre todas cuantas son,
De oro y de ornimento
Y de toda guarniçión;
Labrada con perfiçión
De letras, lazos y flores,
De oro y plata fina
Y muchas otras colores.

XXVIII

En Alcahra está enterrado
Uno de nuesos doctores,
Los que dieron mil favores
Al *adín* [1] de nueso amado,

1 La religiòn.

Que Xafi fué llamado,
En una alcoba accelente
A donde de mucha gente
Cada día es vesitado.

XXIX

Vesitamos otro día
Una devota muy grande
Que su nombre fué *Nafiça*,
La fija del *Alhoçaini*,
En un rico monimento
Donde fizo habitaçión,
Nieta de *Alí ibno Abi Tálib*
Aquese bravo león.

La visita al Cairo es ya de importancia para nuestro Alhichante; á ella consagra las cinco estrofas transcritas, haciéndonos ver el esplendor y grandeza que el Cairo alcanzaba en aquellos tiempos. En su entusiasmo, al contemplar una ciudad musulmana de tal poderío, dice Puey Monçón que no tenían número sus habitantes [1]; que contaba con veinte y cinco mil *porropias* [2]; que sus templos pa-

1 Pasaban de 350.000 en el último censo.
2 Parroquias ó grupos.

saban de treinta y seis mil; y que tan alumbrada estaba la ciudad de noche como de día.

Alto grado de civilización debió alcanzar el Cairo en aquella época. Fundada en el siglo IV de la Hégira por los califas fatimíes, rival de la opulenta Bagdad donde cifraban los Abasíes su gloria, fué la sexta capital de Egipto, digna sucesora de la famosa Menfis y de la antigua Tebas; de la Babilonia egipcia que dominó durante la época pérsica; de Alejandría que alcanzó su preponderancia con los Tolomeos; y de Fostat donde sentaron su poderío los Abasíes. Para su fundación sirvieron de cantera las ruinas de Memfis y de Heliópolis. Embellecida por los Califas y los Virreyes, hoy no cuenta menos de 350 mezquitas é infinidad de oratorios; setenta baños; más de trescientas fuentes; setenta y una puertas. La baña el Nilo fecundizándola con maravillosa vegetación; y de ella recibe abrigo en sus dos puertos Bulac y Fostat.

La aljama Taylón ó Mezquita de Tulún, levantada en una eminencia por Ahmed hijo de Tulún, en el año 265 de la Hégira,

tomando por modelo el Haram de la Meca, es el templo más antiguo del Cairo, anterior á la misma fundación de la ciudad. Consiste el edificio en un vasto cuadrilátero de noventa metros de lado, con patio central donde se encuentra la fuente para las abluciones. Rodéanlo pórticos formados por dos series de columnas y por cinco series en la parte oriental, donde está el verdadero templo, con su «*mihrab*» ú hornacina que indica la quibla ó dirección de la Meca, su *mimbar* [1] ó púlpito y su *mastaba* [2] banco ó tribuna para los lectores.

La mezquita de *Aleçuar* debe ser la que edificó Chuhar, general del Califa Almoiz, [3] en el año de la Hégira 361. Su verdadero nombre es el de *Alazhar* ó de las flores, puesto en recuerdo del de Zahra (florida) que llevaba Fátima, la hija de Mahoma hasta la cual hacía Almoiz remontar su linaje. Cuatrocientas columnas de granito y pórfido

---

1 De منبر púlpito para predicar.

2 مصطبة banco.

3 Almoiz lidinala hijo de Almansur, primer Califa que reinó en Egipto.

procedentes de los antiguos edificios faraónicos ó de iglesias cristianas, fueron empleadas en la construcción de este monumento.

«Gauriya» llama sin duda nuestro alhichante á la Mezquita de Algurí, postrer edificio levantado por los sultanes mamelucos. Data de los primeros años del siglo XVI, y son de ver los hermosos mármoles que cubren interiormente sus paredes. Debía contar pocos años de existencia cuando la visitó Puey Monçón, quien tanto se entusiasma al ver la perfección de los alicatados y la esplendidez de toda la ornamentación.

Del jurisconsulto Xafi á que se refiere la copla XXVIII, fundador de una de las sectas muslímicas y enterrado en el Cairo, se hablará más adelante.

Nafiça [1] fué hija de Alhoséin, hijo á su vez de Alí, primo hermano y yerno de Mahoma. Este concedió á Alí, en premio de su valor, la mano de Fátima. Fué «Alí hijo de Abu Tálib» el cuarto de los Califas, reinó del año 35 al 40 de la Hégira; había sido el

---

1 Nafiça: de نفيس precioso.

primer creyente en la fé del Profeta; el respeto á su memoria llegó entre los árabes casi á la idolatría. Alhoséin su hijo fué asesinado por orden de Yecid, hijo de Moavia, en el año 61.

VIII

Mataría.—El árbol de la Sagrada Familia.—Las ruinas de Heliòpolis.—Los obeliscos del Templo del Sol.

XXX

Salímonos paseando
De Alcahra un día,
Por la ribera abaxo
Camino de la Mataría;
Por ver un huerto do había
Una antiga figuera
Que pas [1] mil y seteçientos años
Qu' en aqueste huerto era.

1 Pasa *de*

XXXI

La cual se abrió á Mariam,
Por çierto para salvarla,
Cuando los falsos jodíos
Andaban por matarla:
A ella y á su fijo
Se los puso en el coraçón,
La cual siete veces al año
Da fruito por bendiçión.

XXXII

Pasamos en aquel día
Por do la çibdad de Firáun [1] estaba,
En aquella vega llana
Çerca de la Mataría,
A do un pilar había
Muy alto y de una pieça;
Maravilléme con qué engeño
Lo alçaron ó con qué fuerça.

---

1 فرعون Faraón.

XXXIII

Fecho es en cuatro cuadras
Muy lindamente obrado,
Tiene dieç palmos de frente
De cada parte palmeado;
Todo de letras formado,
Pareçe que hoy *en parten mano;*
No las sabe leir moro,
Ni jodio, ni cristiano.

Durante la estancia en el Cairo, uno de los paseos de nuestro peregrino tuvo por objeto visitar las grandiosas ruinas de la antigua Heliópolis, «la ciudad de Faraón», situadas junto al pueblo de Mataría.

Admira allí el famoso árbol de la Sagrada Familia, conservado de siglo en siglo por moros y cristianos. Magnífico sicomoro á cuya sombra descansaron Jesús, María y José al refugiarse en Egipto. Debió alcanzar aún Puey Monçón el árbol primitivo, al que atribuye mil setecientos años de existencia [1]. Secóse en 1656, dejando un retoño

1 Debió calcular que al dar abrigo á la Sagrada Familia, contaría ya el árbol por lo menos la edad de cien años.

que mide hoy seis metros de circunferencia [1]. Bajo su follaje puede albergarse una caravana de cien personas.

La tradición referente á dicho árbol iba en aquel tiempo, como va hoy, acompañada de consejas más ó menos admitidas. Decíase que el tronco, abriéndose al llegar á él la Sagrada Familia, acogió en su seno á Jesús y María para librarlos de la persecución de Herodes; que en memoria de este acontecimiento, daba fruto el árbol siete veces al año. Hoy se dice que en señal de respeto, inclinó ante sus huéspedes las poderosas ramas; que en un hueco del tronco se albergaron éstos, cerrando una araña después la entrada con tupido velo... A pocos pasos existe un pozo,

---

1 El doctor Juan Dumichen en su Historia del Antiguo Egipto, publicada bajo los auspicios de Guillermo Oncken, dice al hablar del Árbol de la Sagrada Familia: «Lo único positivo que acerca de este árbol se sabe, es que fué plantado á fines del siglo décimo séptimo.» He aquí una afirmación *positiva* que fácilmente podemos deshacer. Nuestro morisco vió el famoso árbol un siglo antes de la época en que, según Dumichen, fué plantado. La tradición relativa al Árbol de la Sagrada Familia, resulta más respetable de lo que el Profesor de Estrasburgo supone.

cuyas aguas amargas y salobres tornáronse dulces y potables, para el uso de aquéllos.

Un kilómetro separa á Mataría de las grandes ruinas de la Ciudad del Sol; de la capital del décimo tercio distrito del Bajo Egipto, llamada «On» por el Antiguo Testamento [1], «Anu» por las inscripciones jeroglíficas, «Heliópolis» por los griegos y los romanos. La más influyente de las ciudades del imperio medio de los egipcios, situada pocas leguas más abajo de la gran Menfis, en la orilla derecha del Nilo.

El dios de Heliópolis era Tum ó Tum-Ra, á quien se adoraba como el «uno», el «que se crea á sí mismo», el «señor del círculo de los dioses», el «formador del mundo», el «soberano reinante en el universo» [2].

Las doctrinas de Heliópolis llegaron á prevalecer en todo el Imperio; las fiestas y ritos del templo de Tum ejercieron decisiva influencia en la posterior formación de la religión egipcia; célebres escuelas de filoso-

1 Ezequiel.
2 Oncken.—Historia Universal.

fía, moral y astronomía existieron allí; en ellas se formaron los varones más eminentes de la antigüedad: Licurgo, Solón, Herodoto, Platón aprendieron en Heliópolis la ciencia, que tal vez conservaba aún destellos de las primeras tradiciones del mundo.

Extensa y elevada colina formada por los escombros de la gran ciudad, y por las arenas sobre ella acumuladas por los siglos, es todo lo que hoy resta á la veneración de las generaciones. «Campos de soledad, mustio collado», silencio sepulcral..., y allá á lo lejos el Nilo que sigue fertilizando el territorio con su corriente cenagosa, cual le fertilizaba cuando los constructores de las Pirámides empleaban por centenares de miles los obreros y esclavos; y cuando los sacerdotes de Tum consagraban sus vidas á «las almas de Anu» y «á los círculos de los dioses heliopolitanos».

En medio de aquellas «memorias funerales», como las llamaría nuestro insigne Rioja, un pequeño jardín—huerto le llama Puey Monçón—conserva, cual preciosísimas joyas el gran sicomoro, ya descrito, y el

único testigo de las grandezas pasadas, á la vez que de las presentes miserias del territorio, el obelisco de Heliópolis.

Bien lo describe nuestro morisco. Vióle, y quedó maravillado al pensar en el ingenio y traza necesarios, para alzarle sobre su pedestal. Porque se trata de un monolito granítico de veinte metros setenta y cinco centímetros de altura, la base del cual hállase hoy enterrada profundamente; como lo está el monolito mismo, hasta ocultar de su fuste más de dos metros de extensión.

Otro semejante á él alzábase allí en otro tiempo; sirviendo ambos de portal y de guardia de honor al mencionado templo del Sol construído por Usertes I, rey de la duodécima dinastía. Cuatro mil años lleva sobre su pedestal aquella piedra. El templo de Tum desapareció, hundióse para siempre la ciudad que le guardaba, cambió mil veces de dueño el territorio; mas el obelisco permanece en pié: testimonio perdurable aunque mudo de las vicisitudes y de la historia de un gran pueblo.

Es tal vez el obelisco más antiguo de

cuantos se conocen. Sus jeroglíficos que tanto llamaron la atención de nuestro viajero, y que no sabía leerlos «ni moro ni judío ni cristiano», hoy se leen y traducen. Desde el hallazgo de la famosa piedra de Roseta, escrita á la vez que en signos jeroglíficos, en escritura vulgar egipcia y en lengua griega; desde que partiendo de la interpretación de dicha piedra, Champollión y Lepsius abrieron á la ciencia el riquísimo tesoro grabado en las rocas graníticas por los más antiguos pueblos de la tierra, los jeroglíficos antes indescifrables, han pasado al dominio de la historia. Y con sorpresa creciente siempre, hemos visto desfilar dinastías interminables de reyes; y los Faraones del tiempo de Abraham han tomado carta de vecindad entre nosotros, lo mismo que los señores de Tebas, los Hykussos ó Hyksos, reyes pastores que vinieron después, y los Tolomeos que hallaron su término en las locuras de Cleópatra.

Quiere decir esto, que la interpretación de los signos grabados en el obelisco heliopolitano es cosa corriente. Dos noticias in-

teresantes aparecen allí: una geográfica y otra histórica. El rey Usertes I hizo levantar aquel monumento en honor de los dioses de Anu (On-Heliópolis), para conmemorar la celebración del feliz término de un reinado de treinta años [1]. Perteneciente al Antiguo Imperio Tebano (Imperio Medio)la duodécima dinastía, á la cual perteneció Usertes I, comenzó por Amenemhat I, dos mil ciento treinta años antes de Jesucristo.

Las ciudades más famosas del mundo han buscado, para ornamento suyo, los despojos de Heliópolis. Roma posee dos monolitos que habían sido elevados por Psammético y Sesostris; otro fué trasladado á Constantinopla; dos conocidos con el nombre de agujas de Cleópatra se elevaban, en tiempo de Tiberio, á las puertas del Sebasteion de Alejandría.

---

1 Doctor Dumichen, Historia del antiguo Egipto.

IX

Organización de la Alhiche ó caravana de peregrinos.—Salida del Cairo.—Número prodigioso de alhichantes.—Precauciones y defensas.—El sepulcro de Eva.—Llegada á la Meca.

XXXIV

De Alcahira sale Amir
Por su gente aguardar,
Allá junto en una alberca
Sus tiendas mandó parar:
Y tres días con sus noches
A la gente atendía,
No cesaron de venir
Así noche como día.

XXXV

Vintiçinco ricos camellos
El traía de delante,
Enjoyados de ricas joyas,
Por mostrar su poder grande;
Ensillados con ricas sillas
Y cada uno encobertado,
Los unos cubiertos de seda
Otros un fino brocado.

XXXVI

La gente que allí se llegaba
No es cosa de creer,
Pasan de cien mil presonas,
Y tal era mi creer:
Y la hueste de Halab
Con los sus çercanos vecinos,
Trobamos por los caminos
Mucha gente y de valer.

XXXVII

De allí se partió l' Alhiche,
Por çierto gran compañía
De hombres y de mujeres
Con mucha camellería;

Caminando nuestra vía
Por los montes y los valles
Y muy vivos arenales,
Así noche como día.

XXXVIII

Con trompetas y muy ordenado
Exército de gente
Asoldadada
Por ir por los desiertos
A caballo en sus añacas, [1] escubriendo
Van por los collados,
Y cuatro tiros de lombardas
Consigo llevaba armados.

XXXIX

Deziros he lo que ví
Por las sierras y collados,
De las tierras que pasé,
De los montes despoblados:
Ví *anabies* enterrados,
Llenos de gran resplandor,
Que alabaron su Señor
Fueron bien aventurados.

1 Camellas.

XL

Sólo en aquestos ver
Cuerpos de tanta valía,
Consestorios de plazer
Y doblada alegría:
En ellos no hubo *motosía*
Ni menos ningún *porfaçio*
Ansí en estrecho como en espaçio
Siempre van con mejoría.

XLI

Ansí ribamos á Maca
Esa bendita çibdad
Que sus puertas son *albáraca*
Y sus paredes piadad;
Sus tejados claredad
Y ella toda es bendiçión,
Pues cualquiere que á ella vá
Tiene ganado el perdón.

La organización de la Alhiche, su marcha á través del desierto y la llegada á la Meca, están descritas, si con escaso ritmo, con gran verdad por lo menos, en las estrofas que anteceden.

Punto de reunión era, según costumbre, la alberca denominada «Bercat-Alhach» (estanque del peregrino) alimentada hoy por un canal recientemente abierto. El Emir Alhach ó jefe de la peregrinación planta sus tiendas en aquel punto, y espera por tres días que se organice la caravana. Noche y día acuden peregrinos de todas partes; pasan de cien mil en la imaginación fogosa del morisco español; y aun se les une después la hueste de Halab [1], y sigue creciendo la peregrinación con numerosos grupos que salen al paso.

El Emir [2] muestra su gran poder, llevando veinte y cinco hermosos camellos cubiertos de joyas y brocados. En ellos irían las ofrendas que había de presentar en la Meca, entre ellas el velo para cubrir la Caaba [3].

---

1 Alepo

2 Era este cargo vitalicio y recibía pingüe asignación, sin contar los grandes beneficios de alquilar camellos y caballos, heredar á los muslimes que morían en el camino é imponer tributos á los mercaderes que deseaban viajar en compañía de la Alhiche.

3 El velo para cubrir la Caaba sale aún hoy día del Cairo, como en los tiempos de Puey Monçón. Da la partida lugar á la gran fiesta del *Mahmal*, comienzo

Mas los tiempos no debían ser muy bonancibles ni las tribus del desierto estarían muy tranquilas, cuando el Sultán enviaba, para protejer la expedición, nada menos que un ejército «*asoldadado*» con fuerza de caba-

oficial de la peregrinación. Denomínase *Mahmal*, el aparato donde se coloca dicho velo para su transporte á la Meca. Aparato de forma piramidal en su parte superior, la cual tiene por remate una pequeña cúpula de oro con su correspondiente media luna. Ricas telas rodean la parte inferior; de manera que, al acomodar el aparato sobre un camello, cuelgan y llegan hasta cerca del suelo. El *Mahmal* tiene el carácter de objeto sagrado. Despídele numerosísimo concurso, presidido por el Jedive rodeado de toda su familia, de los miembros del Gobierno y de los altos funcionarios del Estado.

Al N. E. del Cairo, en la gran plaza de Heluan, frente á la estación del ferrocarril, se levanta un pabellón adornado con escudos y banderas. Allí se coloca el Jefe del Estado para la ceremonia. El *Mahmal* se pone en marcha dando tres veces la vuelta á la plaza; después se dirije hácia donde se halla el Jedive, á quien presentan el cordón del velo; bésale y lo entrega al Gobernador del dicho *Mahmal*, encargado inmediatamente de su conducción.

En tal momento, las músicas militares y las descargas de la artillería anuncian que el cortejo se pone en marcha, seguido de una multitud inmensa de espectadores y peregrinos. Detrás del *Mahmal*, van siete jeques montados en camellos y presididos por el Xeijalchamal ó Jeque del Camello, especie de Sile-

llería para cubrir los flancos y cuatro tiros de *lombardas*.

En tal disposición, parte aquella muchedumbre con gran copia de camellos, donde irían los comerciantes y los musulmanes de mejor fortuna; y va caminando «así de noche como de día.» [1] Debió efectuarse la mar-

---

no medio desnudo, que balancea su bronceado torso sobre su cabalgadura y acompaña todos los años al *Mahmal*, transmitiéndose estas funciones de generación en generación, desde el siglo XIII, en que una sultana inició la costumbre de llevar el velo á la Meca, y fundó la fiesta del *Mahmal*.

En tal disposición es paseado el aparato por la Ciudad, y al día siguiente, se procede al embalaje del gran tapiz. Al tercer día, parte al amanecer el *Mahmal* en un tren de cuarenta ó más vagones, de peregrinos, en medio de las salvas de artillería, músicas y aclamaciones.

Al llegar á Suez, es transportado á un barco de la administracion del Jedive y conducido á Cheda, donde se forma la caravana de peregrinos para la Meca.

1 La distancia del Cairo á la Meca, siguiendo el camino ordinario de las caravanas y peregrinaciones, puede calcularse próximamente en 1.800 kilómetros. Teniendo en cuenta la dificultad con que aquella multitud debia moverse, no podemos creer que anduviera más de 25 á 30 kilómetros por día. Debieron llegar, pues, á la Meca en la segunda mitad

cha durante los meses de Febrero y Marzo ó de Marzo y Abril; los arenales estaban ya «muy vivos», razón por la cual, parte de ella debía irse haciendo por la noche. Durante ésta, en cambio, el frío sería terrible. El clima de la Arabia tiene los dos extremos: el sol y las arenas abrasan durante el día, por la noche la irradiación produce grandes bajas de temperatura.

No describe Puey Monçón las prácticas de piedad de los alhichantes; pero sabemos que al pisar las caravanas el límite del «Balad Elharam» ó Tierra Santa del Templo, proceden á la primera ceremonia de la peregrinación. Consiste en hacer una ablución general con agua ó con arena, rezar desnudos la oración correspondiente y vestir el «hiram», dando después algunos pasos en la dirección de la Meca.

Llámase «Balad Elharam» á una porción de la Arabia comprendida entre el Mar Rojo y una curva que partiendo de Arabo al N.,

---

del mes de Marzo ó en la primera de Abril, y el 12.º mes árabe debió coincidir aquel año con nuestros meses de Abril ó Mayo.

pasa por Yelemlem, Carna, Taif y Dataerc, para volver al mar por Meherma y el puerto llamado Almarsa Ibrahim, treinta y dos leguas al SE. de Cheda.

Según dice nuestro morisco, vió en el camino «*anabies enterrados, llenos de gran resplandor*». Sin duda se refiere á la visita que no dejan de hacer los peregrinos al sepulcro de Eva, el cual se halla á corta distancia de Cheda.

Con los pies descalzos y la cabeza desnuda, aguardan pacientemente que todos hayan obtenido el derecho de visita. Ábrese entonces la puerta y aparece un espacio rectangular, en medio del cual se eleva una pequeña capilla coronada por su correspondiente cúpula. Con ese naturalismo y esa ridiculez propios del mahometismo los peregrinos adoran y besan una piedra rectangular, el *sara*, ombligo de la primera mujer. Doscientos cuarenta pies más lejos se prosternan ante su cabeza, representada por un círculo de treinta de diámetro; en el espacio intermedio, veneran los senos figurados por dos montones de piedras. A la altura de las espaldas de

nuestra *colosal* primera madre, más alta, según la tradición arábiga, que el mayor monumento del globo, visitan el sepulcro de Osmán, uno de los primeros califas, considerado como restaurador de la tumba de Eva.

La distancia que separa á Cheda de la Meca es de 87 kilómetros, distancia que recorren generalmente en dos noches las caravanas. A mitad de camino se encuentra Hada, punto donde se repiten las abluciones, la oración en *cueros* y la vestidura del hiram. Hada es el punto más cercano á la Meca, á que pueden llegar los cristianos. «El cristiano que pasara de aquí, moriría instantáneamente»: esto decían á Mr. Maltzán, uno de los pocos viajeros que, fingiéndose musulmanes, han logrado penetrar en la Meca formando parte de una peregrinación. No murió, por supuesto; pero se vió en situación dificilísima por efecto del perverso clima, de la suciedad de sus compañeros y de las molestias de todo género que tuvo durante la expedición.

Cuenta Maltzán que al terminar la noche de la segunda jornada, llegaron á la cumbre

de aquellas accidentadas regiones, desde la cual se descubre la capital del Islam como una nube gris alumbrada por la luz crepuscular. Gritos entusiastas de alegría saludan á la Meca, al dibujarse en el horizonte con su gran mezquita, coronada por siete minaretes y numerosas cúpulas, que dominan la Caaba ó «habitación del Señor». Los peregrinos más aniquilados por el cansancio, hallan sobradas fuerzas y energía para aclamar y *bendecir* «la ciudad nueve veces santa», «el santuario de los santuarios», «la cuna del Islamismo», «la ciudad imperecedera de Dios sobre la tierra» como ellos la llaman. Al acercarse al recinto venerado, cantan el himno: «¡Heme aquí, oh Señor, pronto á obedecerte, tú eres único; para tí las alabanzas; de tí las gracias; tuyo el universo; etc., etc.»

X

Recepción de la Alhiche.—El Emir Alhach y el Safí de la Meca.—El velo de la Caaba.—La puerta de Asalem.

XLII

Ya salía á recebir
El Xafí [1] al Capitán;
Esta fué mira tan gran
Que no sería de decir:

1 La voz Safí que parece indicar al Xerif de la Meca, tiene el mismo valor que la que designa varias veces al imán ó jefe de la secta Xafiita; como si quisiera indicar que dicho imán era el encargado de salir á recibir la peregrinación.

Con trompetas y atabales
Y mucha caballería,
Tan dichoso fué aquel día
Que vimos las cosas tales.

XLIII

Salieron tan ricamente
De joyas y pedrería
Y jaheces los caballos,
Que creer no se podría:
Las galas y alaridos
Y trunfa [1] que ellos llevaban,
Con trompetas y atabales
Que todo el mundo atronaban.

XLIV

Toda la gente se apearon
Con mucha manificencia,
Y con muy gran reverençia
Los dos juntos se abrazaron:
Homilmente se saludaron
Con cortesías y honores,
Que en sus hechos bien mostraron
Ser d' ambos grandes señores.

1 De triunfar.

XLV

Entrególe el Capitán
El camello de la cobertura,
Y él con mucha mesura
No mostrándose ufano,
Mas como hombre humano,
Demostró su acselençia,
Al camello fizo obedençia
Y reçibiólo con su mano.

XLVI

De las trompetas y atabales
Resuenan montes y valles,
Atruenan los atabales
Que el hombre se esturdeçía;
Y lágrimas de alegría
Iban derramando la gente
Fuéronse á *babo asalem* [1]
De la casa reverente.

Estas cinco estrofas cuentan el recibimiento hecho á la Alhiche. El Safi [1] ó Xerif de la Meca seguido por brillante cortejo, y

1 Puerta de la Paz.

precedido de atabales y trompetas que «atruenan el mundo»; cubiertos los caballos de joyas y pedrería; en medio de penetrantes «alaridos» y gritos, sale fuera de la ciudad. Apéanse todos «con gran reverencia» al encontrarse; los dos jefes se abrazan, haciéndose grandes honores y cortesías; con lo cual demostraron ambos, según nuestro morisco, «cuán grandes señores eran.»

El Emir entrega á su ilustre huésped un camello, el *«camello de la cobertura»*, al cual éste rinde acatamiento. Refiérese el verso á la cubierta ó velo de la Caaba que se renueva todos los años, y según queda dicho, se transporta desde el Cairo: en una de cuyas mezquitas se fabrica á costa del Jedive de Egipto y del Sultán de Constantinopla. Lleva el Emir Alhach un camello dedicado especialmente á dicho transporte [1]; y como el envío se hace á nombre del Sultán y constituye una prerogativa propia sólo del poder supremo, de aquí la importancia del acto de la entrega y la veneración con que el presente es recibido.

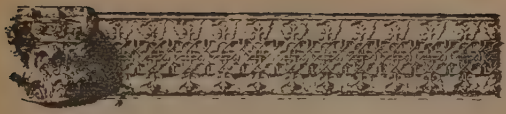
---

1 El Mahmal á que aludimos en nota anterior.

El golpe de vista de tal escena debió ser sorprendente; y está descrito con animados tonos, recordando cómo los alhichantes derramaban lágrimas de alegría, y cómo resonaban los montes y los valles con el estruendo de los atabales, la algazara de los gritos y el agudo vibrar de las trompetas.

Los peregrinos no pueden detenerse en la ciudad, sin penetrar antes y precisamente por la gran puerta de Asalem ó de la Paz, en la mezquita: á cuya descripción y ensalzamiento dedica Puey Monçón nada menos que catorce estrofas, como que se trata del punto culminante del poema.

LA GRAN MEZQUITA DE LA MECA EN DÍA DE PEREGRINACIÓN



XI

Descripción de la mezquita de la Meca.—Llegada de Alí Bey el Abassí.—El asala.—Los almihrabes.—El macam Ibrahim.

XLVII

Deziros he de la casa,
Que de Maca se dezía,
Y de la orden y causa
Que en esta casa había:
Casa de tanta valía,
Casa de tanta nobleza,
Oro y plata y riqueza,
Que estimar no se podría.

XLVIII

Allí están cuatro almihrabes
De las nuestras cuatro reglas:
Hay de ricas açomuas [1]
Muy altas, ricas y bellas;
A cuanto las cuatro d' ellas
De nuestros cuatro doctores
A la casa dan mil favores,
Cosas son de maravillas.

XLIX

La quinta qu' es la postrera,
Que donde *Zenzén* [2] estaba,
Esta era la primera
Que al *asála* [3] llamaba:

---

1 Torres ó campanarios.

2 El pozo de Zem-zem.

3 Oración. Es de precepto divino entre los musulmanes; debe hacerse con vestido decente, en estado de perfecta pureza, y con la cara vuelta á la Caaba. La oracion se compone de muchos *racaas* que consisten en diferentes actitudes é inclinaciones acompañadas de formulas de oraciones en árabe. La ley musulmana obliga á orar cinco veces al día. Estas oraciones son anunciadas desde lo alto de los minaretes de las mezquitas, por gritadores *ad hoc*, llamados almuéda-

El que de aquesta curaba,
Las cosas qu' en ella fazía
De *ataçbihes* [1] que dezía
La gente se maravillaba.

L

El alcaaba y alharam [2]
Estaban al escubierto,
A una parte más gran
De aquesta casa por çierto,

nos. La primera es la oración de la mañana. Adán fué quien primero la hizo, según los musulmanes. La segunda es la del mediodía: Abraham, dicen, fué quien primero la cumplió. La tercera es la de la tarde: hacen autor de ella al profeta Jonás. La cuarta es la de la puesta del sol; la atribuyen á N. S. Jesucristo. La quinta es la de la noche: hacen á Moisés autor de ella.

La oración pública de los Viernes tiene sólo lugar en las ciudades. Es de obligación. Se hace á mediodía en las mezquitas.

1 Alabanzas á Alá. Los tasbihes de las cinco oraciones del día, son las siguientes: á la oración de la mañana: «Dios es el Viviente, el Eterno.» A la del mediodía: «Dios es el Grande, el Elevado.» A la de la tarde: «Dios es el Clemente, el Misericordioso.» A la del anochecer: «Dios es el Ser bueno é indulgente por excelencia.» A la oración de la noche: «Dios es la dulzura misma, Él lo sabe todo.»

2 El Haram ó templo por excelencia: nombre que dan los musulmanes á la mezquita de la Meca·

Salvo un rico cubierto,
Que alrededor tenía
Con seteçientos pilares
Que las cubiertas sostenía.

LI

Novecientas son las lámpedas
Qu' esta casa alumbraban,
Con cuales toda la noche
La gente en ella velaban;
Y jamás nunca cesaban
De hacer su petición,
Rogando al rey del çielo
Les atorgase perdón.

LII

Aquesta casa preçiosa
Está en medio la çibdad,
Guarnida de ricas puertas
Y muchas por cada part [1];

1 El manuscrito dice «parte», mas la rima y á la vez el lenguaje de la patria del moriseo, descubren el error del que hizo la copia. Además las palabras «çibdad» y «verdad» se pronunciarían seguramente forzando la consonante dental (çibdat, verdat) para que la consonancia resultara lo más completa posible.

Treinta y nueve en la verdad
Son las puertas ciertamente,
Por cuales á rodear
Entra y sale la gente.

D. Domingo Badía (Alí Bey el Abassí), cuenta de esta manera su entrada en la gran mezquita de la Meca: «Llegué al templo dan»do la vuelta por la calle principal, á fin de »entrar por el Bab-Asalem ó puerta de la »salud; lo cual se mira como feliz auspicio. »Habiéndome quitado las sandalias, pasé por »aquella bienaventurada [1] puerta que se halla »junto al ángulo septentrional del templo. »Era media noche; ya habíamos atravesado »el pórtico ó galería; estábamos á punto de »entrar en el gran patio, donde se halla si»tuada la «Casa de Dios», cuando nuestro »guía nos detuvo, y con el dedo vuelto hacia »la Caaba, me dijo con énfasis: «Mirad, mi»rad la Casa de Dios, la prohibida.»

»La comitiva que me rodeaba, el pórtico

---

1 El buen sentido del lector advertirá que esta frase y otras que usa Badia tienen un sabor de ironía algún tanto acentuado.

»de columnas que se perdía de vista, el in-»menso patio del templo, la «Casa de Dios» »cubierta de alto á bajo con su tela negra y »rodeada de lámparas, la hora intempestiva »y el silencio de la noche; y nuestro guía »que hablaba enmedio de nosotros como ins-»pirado; todo esto formaba un cuadro impo-»nente que jamás se borrará de mi memoria.»

Diez y nueve puertas irregularmente colocadas y treinta y ocho arcos que dan acceso á ellas, rodean la famosa mezquita de la Meca. Son generalmente sencillas dichas puertas, excepto la llamada de Safa que tiene aspecto monumental y ornamentación exterior.

Al rededor del templo, se elevan siete minaretes (açomuas) pintados de diversos colores. Sírvense de ellos los almuédanos para llamar los fieles á la oración.

Los muros exteriores hállanse adornados con entrelazos, letras y relieves. Grandes placas de mármol incrustadas encima de las puertas, ostentan bellísimas inscripciones con el nombre del príncipe en cuyo tiempo se hicieron tales obras.

Consta el interior de la mezquita de un inmenso patio rectangular, de 180 metros de largo por 130 de ancho; cercado en sus cuatro lados por magníficos pórticos de tres series de columnas y de cuatro en el lado oriental. Son éstas, según los árabes, en número de seiscientas (setecientas, según nuestro morisco), [1] desiguales en materia y forma; pues las hay de mármol, pórfido, granito y aún de piedra vulgar. Tienen una altura media de seis metros, y sirven de apoyo á ciento cincuenta pequeñas cúpulas enjalbegadas exteriormente. Ciérranse los intercolumnios con sus correspondientes arcos en ojiva, de los cuales penden gran número de lámparas que la fogosa imaginación de nuestro alhichante hace ascender á nuevecientas.

En los ataurique de los muros brilla por todas partes el nombre de Alá en gruesos caracteres, y se repiten con frecuencia el de Mahoma y los de Abubéquer, Omar, Otsmán y Alí, primeros califas.

Casi en el centro del extenso patio, y

1 Debió incluir en la cuenta, las columnas de dos pequeños patios anejos á la mezquita.

sobre amplio basamento, elévase la famosa Caaba, fin y objeto de la peregrinación muslímica y santuario, por excelencia, del Islam, primer templo de la tierra, según la tradición arábiga. De él hablaremos después.

Rodea á la Caaba, más allá de la gran plataforma que la sostiene, un pavimento marmóreo de superficie oval, limitado por una columnata de bronce dorado. De columna en columna, corren sendas cadenas de donde penden lámparas de cristal que se encienden á la puesta del sol.

Un segundo pavimento, algo más elevado que el anterior, extiéndese después, y después otro confinante ya con los pórticos ó naves arriba descritos, que forman las cuatro alas del inmenso edificio. Resultando de todo esto, que su constructor fué rebajando el terreno á medida que se acercaba al centro, á fin de que en éste, apareciera la Caaba en ventajosa posición, como objeto primordial entre cuantos encierra la mezquita.

En torno de la Caaba, vense tres pequeños edificios, cuya arquitectura no deja de tener alguna analogía con las pagodas de

la India. Son los sitios de honor donde se colocan los representantes de las sectas ortodoxas musulmanas: los «almihrabes de las cuatro reglas» como dice nuestro poeta; hallándose el cuarto de ellos sobre la techumbre de un edificio rectangular, que á la vez presta abrigo, en su piso bajo, al famoso pozo de Zemzem [1].

El almuédano ó encargado de esta última estación es quien da principio al *idán*, llamamiento á la oración, gritando hacia el Macam Xafiita, la fórmula de la convocación [2], inmediatamente repetida desde lo alto de los siete minaretes exteriores. Por eso dice la copla XLIX que la estación del Zemzem «era la primera que á la *açala* ú oración llamaba»:

---

1 Puey Monçón habla de cuatro almihrabes y señala en quinto lugar el situado sobre el Zemzem. Consiste esto en que incluye entre ellos al Almacam Ibrahim ó estación de Abraham, de que hablaremos luego.

2 La fórmula repetida tantas veces desde los minaretes es la siguiente:

«Dios es grande; no hay Dios sino Alá, Mahoma es su profeta. Venid á la oración; venid al templo de salud; Dios es muy grande, Dios es muy grande; no hay Dios sino Alá: Mahoma es su profeta.»

privilegio que sin duda es causa de haber sido colocados allí mismo los cuadrantes solares, destinados á marcar las horas de oración.

El Macam Ibrahim, «almakem» de nuestro alhichante, es un hermoso pabellón apoyado en seis columnas y destinado á cobijar una gran piedra, vestida ordinariamente con riquísimo tapiz de plata y oro. Cuenta la tradición, que aquella especie de sarcófago sirvió de escabel á Abraham para la construcción de la Caaba, elevándose maravillosamente á medida que el nivel de los muros se iba remontando.

Llama la atención, cerca del Macam Ibrahim, una elegante construcción de mármol blanco: es la tribuna del predicador de los viernes; único monumento agradable que guarda, como preciosa joya, la gran mezquita. Al cual sirve de torna voz, pirámide bellísima de bronce, de agradable y delicado trabajo.

Cerca del Zemzem, dos desdichadas construcciones llamadas Alcobatain (las dos cúpulas) conservan los vasos sagrados, las lámparas y demás objetos del culto.

Réstanos hablar de la llamada Bab Asalem ó Puerta de la Paz, especie de arco triunfal colocado frente á la Caaba, á corta distancia del Macam Ibrahim. Monumento que no debe confundirse con la puerta del mismo nombre, por donde hacen su entrada los peregrinos; los cuales sin embargo atraviesan también por debajo de este arco á la llegada: siendo esto augurio y prenda, según dicen, de una *gracia particular*.

Coinciden exactamente con la descripción que hace nuestro morisco, las interesantes fotografías de la mezquita de la Meca publicadas, no hace mucho tiempo, en la obra del Doctor Hurgronje, de la cual hicimos ya mención; y es sumamente curioso ver cómo las pinturas que nos hacen viajeros tan fidedignos como Mr. Maltzam y Alí Bey, reciben plena confirmación en las antiguas Coplas de Puey Monçón.

Describe éste el patio de la mezquita, y dice cómo en él «estaban al descubierto», es decir, al aire libre, «la Alcaaba y el Haram» y cómo «al rededor tenía un rico cubierto sostenido por setecientos pilares ó colum-

nas». No puede darse descripción más breve y completa del edificio.

Habla de la riqueza que encerraba el templo, del sinnúmero de lámparas que le adornan y alumbran, de las tribunas y minaretes «altos, ricos y bellos»; de las treinta y nueve puertas por donde entraban y salían los devotos; viéndose en todo la más puntual exactitud.

La misma con que, luego, en la estrofa LIII nos habla de su visita á la Caaba.

XII

La Caaba.—La piedra negra.—El mihrab.—Ceremonia de la Purificación.

LIII

Diros he del alcaaba
Y de su tanta nobleza,
Oro y plata y riqueza
Que no se le falla cuenta.
Tiene rica vestimenta
De seda adamasquina,
Y chapada de plata fina
Muy rica tiene la puerta.

La fantasía de nuestro morisco remonta el vuelo al tratar de la famosa Caaba, como objetivo primordial que es de su interesante viaje.

Ni á la nobleza, ni á la riqueza amontonadas allí, dice que se les «falla cuenta.»

A pesar de lo cual, no pasa la Caaba de ser una vulgarísima construcción: especie de cubo de paredes desnudas, y con sola una abertura para la puerta. Las dimensiones del monumento no pasan de doce metros para el eje mayor, ocho para el menor y nueve para la altura. A esto se reduce la famosísima Caaba, fin principal como ya dijimos, de la peregrinación muslímica, primer templo de la tierra, cuya historia viene rodeada por la tradición arábiga [1], no muy constante en este punto, de los más minuciosos y aun ridículos pormenores.

Primeramente son los ángeles quienes, después de la caída de Adam y de su reconciliación con Dios, colocan sobre el suelo que hoy ocupa la Caaba, una tienda transportada

---

1 Garcin de Tassy—L' Islamisme.

nada menos que del Paraíso Terrenal. Luego, Seth eleva en aquel mismo lugar un edificio de piedra dedicado al culto del Eterno. Viene el Diluvio y lo arrasa; y esto da lugar á que Abraham, con la ayuda por supuesto de Ismael, le construya de nuevo, y funde las peregrinaciones que desde entonces no han cesado.

Durante muchos siglos, la Caaba estuvo consagrada á la idolatría, y cuenta Almaçudí [1] á propósito de esto, que fué aquél uno de los siete templos colocados bajo la invocación de los planetas. El 2.° estaba en Ispahán [2]; el 3.° llamado Mandusán, estaba en la India [3]; el 4.° era el Nobehar de Balj, en

---

1 Maçoudí.—Les Prairies d' Or; trad. de C. Barbier Meynard—París, 1865.

2 El templo de Ispahán estaba sobre la cima de la montaña denominada Marés. Cuando el rey Hystaspes adopto la religion de los magos, quitó los ídolos que guardaba este templo y lo convirtio en pyreo. —(Maçoudi, Les Prairies d' Or.)

3 El Mandusán era objeto de asiduo culto por parte de los habitantes de la India. Ofrecíanse en él sacrificios. Encerraba piedras-imanes de gran potencia.—(Id. íd.)

el Joraçán, dedicado á la Luna [1]; el 5.° el Gumdán de Sanaa, en el Yemen, consagrado á Venus [2]; el 6.° llamado Caucán dedicado al Sol, estaba en Fergana (Joraçán) [3]. El 7.° estaba en la China [4].

---

1 El Nobehar, edificado por Menuxehr, era notable por la elevación y la solidez. Sobre la cúspide se habían enarbolado grandes lanzas con banderolas de seda verde largas de cien codos, las cuales flotaban al impulso del viento. El muro que rodeaba este edificio, tenía muchas millas de circuito -(Id íd.)

2 El Gumdán fué edificado por Adahac y destruído por Ostmán hijo de Afán. Dícese que cuando los reyes del Yemen descansaban en la elevada terraza del Gumdán, el resplandór de las antorchas se veía por la noche desde muchas jornadas de distancia En 332 de la Hégira no era ya este santuario más que una gran montaña de ruinas.—(Maçoudi. Les Pairies d' Or.)

3 El Caucán era edificio notable por su belleza. Había sido fundado por el rey Cáus y destruído por Motaçimbila.—(Maçoudi, Les Prairies d' Or.)

4 Había edificado este santuario un hijo de Amur, nieto de Súbil. biznieto de Jafet. Estaba dividido en siete pisos y cada piso alumbrado por siete ventanas. Ante cada ventana aparecía un ídolo en representación de uno de los planetas, y cada ídolo tenía adornos de diferentes piedras preciosas en que alternaban los siete colores. Era aquel templo centro y objeto de misteriosas leyendas; guardaban en él los chinos el depósito de sus conocimientos astronómicos.—(Maçoudi, Les Prairies d' Or.)

Añade el mismo autor que el rey Amr, hijo de Lohays, se apoderó de la Meca y de la Caaba, y que en una excursión á Balca, provincia de Damasco, vió que las gentes adoraban los ídolos. Pidióles una de aquellas imágenes para llevarla á la Meca; diéronle á Hobal y fué llevado á la Caaba y colocado entre los dioses Asaf y Naila, con los cuales fué adorado hasta los tiempos de Mahoma.

Andando los siglos, llegó á estar la Caaba en verdadera ruina. Asaltóla una cuadrilla de bandidos y desaparecieron las grandes riquezas que encerraba.

Después los Coraixitas, al intentar reedificarla, vieron sobre los muros antiquísimas pinturas de un colorido maravilloso: Abraham llevando en las manos las flechas adivinatorias, y ante él su hijo Ismael á caballo, tomando al pueblo bajo su protección; más lejos Alfaruc rodeado de gentes entre quienes repartía magnífico botín; y muchos descendientes suyos, más de sesenta figuras. Junto á cada personaje, además de la narración de los hechos principales de su vida,

aparecía el Dios que adoraba y las ceremonias principales de su culto.

Hasta los tiempos de Mahoma continuó la Caaba siendo un templo idolátrico.

Pero llegó el 10 de Ramadán del año octavo de la Hégira (630 de J. C.) Al frente de las tribus de Ansar y de Mohachir y de otras ya convertidas al Islam, avanzaba el pseudoprofeta hacia la Meca, deseoso de vengar la resistencia que la ciudad había opuesto siempre á la nueva doctrina. Diez días después el ejército musulmán, fuerte de diez mil hombres, se apoderaba de la Meca.

Mahoma visitó desde luego la mezquita; dió las siete vueltas, tocó la piedra negra con su bastón; pidió la llave y penetró en el interior de la Caaba. Vió allí muchas imágenes; figuras de ángeles pintadas en los muros, colgada del techo una paloma de madera, emblema á todas luces cristiano, la estatua de Abraham empuñando las flechas con que los árabes solían consultar la suerte. Trescientos sesenta ídolos á quienes los habitantes del país rendían culto. Iba pasando Mahoma por delante de ellos y á la señal que

hacía levantando el «mihchán» (bastón en forma de cayado), eran derribados los ídolos y hechos pedazos. Y Mahoma pronunciaba estas palabras: «Apareció la verdad y desvanecióse la mentira.» Al mediodía fué anunciada por primera vez, la hora de la oración, desde lo alto de la Caaba.

Hállase el edificio siempre cubierto por un gran pabellón, especie de funda de seda negra, «rica vestimenta de seda adamasquina» [1], como la llama nuestro alhichante; á favor de la cual, presenta el monumento aspecto fantástico y misterioso. Llevando como adorno al rededor, una gran faja bordada en oro, donde aparece escrita la profesión de fe muslímica: «No hay Dios sino Alá, Mahoma es el enviado de Alá.» La porción de velo, en forma de cortina, que corresponde á la puerta, va bordada en plata y oro; y ésta y dos aberturas más, de que hablaremos luego, son las únicas interrupciones que pre-

1 El origen del tapiz que cubre la Caaba procede, según Almaçudi, de que al reedificarla, quisieron los Coraixitas vestirla con las telas rayadas del Yemen, que las personas nobles de aquel tiempo llevaban encima de los vestidos.

senta la monotonía de aquella inmensa tela, conocida entre los árabes con el nombre de «Queçua-Alcaaba, vestido de la Caaba.»

Ya dijimos, cómo el velo de la Caaba se fabrica en las mezquitas del Cairo, y con qué preeminencias y ceremonias es transportado á la Meca. Todos los años se renueva en el día de la pascua musulmana, después de haber quedado descubiertos los muros del templo durante quince días, desde la fiesta llamada «Yaharmo Beit Alá», «Purificación de la Casa de Dios.» Durante la cual, córtase el velo todo al derredor del edificio, por encima de la altura de la puerta; y los empleados de la mezquita procuran hacerse con algunos pedazos de tela que, reducida á fragmentos, regalan á los peregrinos. Estos deben corresponder al favor con alguna gratificación. «Yo recibí tantas de estas reliquias», dice Alí Bey, «que... bendito sea Dios.» Parece que la codicia de los servidores del templo no tiene límites.

Por el exterior de la Caaba, detienen la atención del peregrino dos objetos: «la piedra negra» y el celebrado «mizab.»

La piedra negra «Hachar-Asuad», es objeto de un culto preferente. Una de las aberturas del velo sirve para presentarla á la adoración de los «creyentes». Esta piedra, dice la tradición arábiga, es un jacinto transparente bajado del Cielo por el Angel Gabriel, y entregado al patriarca Abraham; perdió su diafanidad al contacto de una mujer impura, quedando desde entonces negro y opaco. Hállase colocada la tal piedra, á un metro veinte centímetros del suelo. Su forma es oval con un diámetro también de veinte centímetros; la superficie hállase bruñida y gastada por el roce y por los besos de tantos millones de peregrinos. Parece formada por muchos fragmentos de la misma sustancia que, desunidos por la acción del fuego, hubieran sido luego pegados con cemento y sujetados además por un cerco de plata. Mineralógicamente considerada la famosa «piedra negra» no es más que un trozo de basalto volcánico, sembrado de pequeños cristales de feldespato rojo sobre fondo negro muy subido [1].

1 Alí Bey el Abassí.

Muchos siglos antes de Mahoma, prestaban ya adoración los árabes á esta piedra. A ella se refieren sin duda Herodoto y Suidas; y aun Clemente de Alejandría que dice: «Olim Arabes lápidem adorabant.»

Cuéntase que en la reedificación de la Caaba por los Coraixitas, al llegar á la altura donde debía colocarse la «piedra negra», movióse gran altercado sobre el honor de alzarla del suelo y ponerla en su sitio. Al fin convinieron tomar por árbitro al primero que entrase en aquel recinto. Fué Mahoma el primero en aparecer, y resolvió de plano todas las dudas. Tendió su capa, colocó en ella la piedra, hizo que entre cuatro individuos [1] pertenecientes á las cuatro tribus de la Meca, la levantaran; y él la depositó en el sitio designado. Cinco años después, comenzó Mahoma sus predicaciones.

Del muro occidental de la Caaba sale el celebrado «mizab», especie de gárgola por

---

1 Fueron estos Otba, hijo de Rebia, hijo de Abdoxams, hijo de Abdoménaf; Alasuad, hijo de Almotáleb; Abuhodaifa, hijo de Almoguira, hijo de Amr; y Cais hijo de Adí.

la cual discurre el agua de lluvia que se recoge en la techumbre del edificio. Tiene un metro 20 centímetros de largo y 18 centímetros de grueso. Dicen que es de oro macizo, aunque á Alí Bey le pareció de bronce dorado. Debajo del «mizab» un pequeño pavimento de mármoles y mosáico, elevado del suelo y separado del muro del templo, indica el lugar en que Ismael y su madre Agar fueron enterrados.

«Chapada de plata fina» dice Puey Monçón que se hallaba en su tiempo la puerta de la Caaba; puerta que sabemos fué renovada en 1633, por orden del sultán de Constantinopla. Por lo cual no es extraño, que Alí Bey el Abbasí la hallara con hojas de bronce dorado y plateado.

Sólo tres veces se abre, durante el año, la puerta de la Caaba: la primera para los hombres que habitan en la Meca; la segunda, al día siguiente, para las mujeres; la tercera para celebrar la ceremonia de la Purificación «Yaharmo Beit Alá».

El interior del templo no pasa de un pequeño ámbito, con techo sostenido por dos

columnas. Ni tiene más luz que la que penetra por la abertura de la puerta. Lo mismo el techo que los muros, van tapizados de seda de color de rosa con flores de plata. Suele renovarse dicha tapicería, cada vez que asciende al trono de Constantinopla, un nuevo sultán.

Corre por debajo un hermoso zócalo de mármol, sobre el cual se destacan preciosos relieves con sus correspondientes inscripciones de oro.

El pavimento está enlosado con mármoles de colores diversos.

De columna á columna y de éstas á los muros, atraviesa una barra que dicen ser de plata: cuelgan de ella algunas lámparas del mismo metal.

Dícese también, que hay colgados en el interior de la Caaba doce poemas de autores árabes anteriores al Islamismo.

No es obligatoria para los alhichantes la visita al interior del templo.

Antes de proceder á la apertura de la Caaba, los días en que tiene lugar, colócase ante la puerta una escalinata de madera que

resbala sobre cilindros de bronce. Los eunucos [1] la guardan y exigen gratificación á quien intenta subir por ella; la entrada en el edificio cuesta nueva gratificación; á la salida un empleado presenta la llave de la puerta que se besa mediante nuevo donativo; otra propina hay que soltar á la bajada. Los peregrinos qne no pueden satisfacer la avaricia de los innumerables sirvientes de la mezquita, son tratados del modo más ignominioso.

Como ilustración á este capítulo, conviene copiar la descripción que hace D. Domingo Badía (Alí Bey el Abasí), de la ceremonia de apertura y purificación de la Caaba. Es documento curioso.

«El lunes 29 de Enero, 20 del mes de »dulcada, se lavó y purificó la Caaba con las »ceremonias siguientes.

»Dos horas después de salir el sol, el Sul-

---

1 Antigua es la costumbre de que sean esclavos ennucos los destinados á guardar la Caaba. Suelen ser negros del Sudán en número de cincuenta. Llevan turbantes blancos, largas túnicas sujetas con cinturón de cuero y grandes bastones de madera blanca.

»tán Xerif pasó al templo, acompañado de »treinta personas y doce guardias, parte ne- »gros, parte árabes. Ya estaba abierta la puer- »ta de la Caaba y rodeada de una inmensa »multitud; mas aun no se había colocado la »escalera.

»El sultán Xerif, subido en hombros de »unos y sobre la cabeza de otros, entró en la »Caaba con los principales Xerifes de las tri- »bus; los demás querían hacer otro tanto, »pero los guardias negros defendían la entra- »da á palos y cañazos. Yo me mantenía lejos »de la puerta para evitar el gentío, cuando »por orden del Xerif, el jefe del Zemzem »me hizo señal con la mano de que pasase »adelante. ¿Cómo penetrar por entre más de »mil personas que había delante de mí?

»Todos los aguadores de la Meca se ade- »lantaban con sus odres llenos de agua, »que hacían pasar de mano en mano hasta »los guardias negros de la puerta, como »asimismo crecido número de escobas de »palma.

»Los negros comenzaron á echar agua por »el piso de la sala que está enlosada de már-

»mol; también vertían agua de rosas. Escu-»rriendo agua por un agujero practicado bajo »el umbral de la puerta, la recogían con an-»sia los fieles; mas como no bastase á su ahin-»co y los más distantes la pidiesen á gritos »para beber y bañarse, los guardias negros, »echaban con profusión sobre el pueblo con »tazas y con las manos. Tuvieron la atención »de pasarme un pequeño jarro y una taza, con »la cual bebí cuanto pude, y me eché la res-»tante por encima; porque dicha agua, aun-»que muy sucia, lleva consigo la *bendición de* »*Dios;* además de estar bien aromatizada con »el agua de rosas.

»Hice entonces un esfuerzo para acercar-»me; muchas personas me elevaron sobre el »grupo, y andando sobre las cabezas, llegué »por fin á la puerta, donde los guardias y »negros me ayudaron á entrar.

»Habíame preparado á esta operación no »llevando sobre mí más que la camisa, una »caschaba ó camisa de lana blanca sin man-»gas, el turbante y el jaic en que iba en-»vuelto.

»El Sultán Xerif en persona barría la sa-

»la. Apenas entré, los guardias me quitaron »el jaic y me presentaron un manojo de pe- »queñas escobas, de las cuales tomé algunas »en cada mano. Al punto echaron cantidad »de agua en el pavimento, y yo me puse á »barrer con las dos manos con *una fe ardiente*, »aunque el piso estuviese ya limpio y terso »como un espejo. Durante la operación, el »Xerif que había acabado de barrer y per- »fumar la sala, estaba en oración.

»Entregáronme luego una taza de plata »llena de una pasta compuesta de aserraduras »de sándalo, madera muy aromática, y amasa- »da con esencia de rosa; extendí dicha pasta »sobre la parte inferior de la pared, incrusta- »tada de mármol, debajo de la tapicería que »cubre la parte superior y el techo. Diéronme »luego un pedazo de madera de áloes, que »hice quemar en un brasero para perfumar la »sala.

»Entonces el Sultán Xerif me procla- »mó Jadem Beit Alá Alharam; es decir, »servidor de la casa de Dios la prohibida, y »recibí la enhorabuena de todos los asistentes. »Recé enseguida mis oraciones en los tres

»ángulos de la sala como la vez primera; con »lo cual terminaron enteramente mis obliga- »ciones. El Sultán entretanto se había re- »tirado.

»Una multitud de mujeres que había en »el patio y que se habían reunido á alguna »distancia de la puerta de la Caaba, daban »de cuando en cuando fuertes gritos de »alegría.

»Diéronme un poco de pasta de sándalo, »con dos de las escobas, que guardé precio- »samente como reliquias interesantes. Los »guardias me bajaron sobre el pueblo, quien »á su vez me tomó y me puso en tierra, diri- »giéndome cumplimientos de felicitación. »Pusiéronme después mi jaic y volví á casa »completamente mojado.

»Otros empleados del templo me vinieron »á traer sucesivamente agua del lavatorio; el »hijo del Xerif que tenía la llave de la Caa- »ba, me envió también un cántaro, con un »vaso de cuerno lleno de aserraduras de sán- »dalo, amasadas con agua de rosa; otro cuer- »no que contenía varios aromas, una bujía y »dos pequeñas escobas. Fuéme preciso co—

»rresponder á tantos favores del *mejor modo* »*posible* [1].»

---

1 La nota de la página 95 acerca de lo satírico de las descripciones de Alí Bey puede aplicarse con mayor razón aquí.

XIII

Ceremonias del «açala»—Los cuatro doctores musulmanes.— Ortodoxos y Heterodoxos.

LIV

Diros he de la açala
Como estaba ordenado
Cada orden con su gente
La facían por su grado:
Devantan el açala
Junto con el Almakem [1]
Así unos empués de otros
Aprés de dado asalem.

---

1 Sitio ó estación de Abraham.

LV

El uno face açala
Con la gente que tenía,
Los otros esperan vez
Así como les vinía.
Safi es el mayor
Y Abohanifa el doseno
Empués Málic doctor
Y Hambalí es postrero.

LVI

La Alchomoa [1], día mayor,
La açala del mediodía
Safi ese doctor
Es el que l' açala facía:
Con la 'spada en la mano
Y alzados los sus pendones
Y puestos en derredor
Y juntas las cuatro órdenes.

---

1 El viernes ó la oración de dicho día.

LVII

Safi hace l' açala
Como á parte de poniente
Y Abohanifa á la medio
Como la hora se amana:
Y Málic nueso doctor
Como á parte de saliente
Y Hambalí ese doctor
A parte de la trasmontana.

Las ceremonias particulares de los alhichantes hállanse indicadas en la estrofa LII, donde habla Puey Monzón de las puertas de la mezquita, por las cuales á «rodear», es decir, á dar las siete vueltas al rededor de la Caaba, «entra y sale la gente.»

Dice el doctor Saleh Soubhy, en su reciente obra sobre la peregrinación mahometana, que los peregrinos, según el ejemplo que les dejó el Profeta, deben entrar en la mezquita por el Bab Asalem ó Puerta de la Paz. Colócanse luego ante la Caaba, y besan respetuosamente la piedra negra. El

guía [1] comienza entonces esta oración que todos repiten, mientras dan las siete vueltas al monumento: Dios grande! Soberano Señor del cielo y de la tierra! Obedeciendo tus órdenes y la voluntad de tu Profeta, vengo á esta augusta casa, que es tu propiedad, tu vivienda y tu santuario. Esta es la casa de la salud etc. etc.

Dadas las siete vueltas, de las cuales deben ser hechas con rapidez las tres primeras, en memoria de la huida de Mahoma á Medina, salen á visitar las colinas de Safa y Merva de que luego se hablará.

Vuelven al templo, hacen oración los peregrinos ante el «macam de Sidna Ibrahim», estación de Abraham, que debe ser el «Almakem» de nuestro peregrino, y por fin, van entrando en la habitación del pozo de Zemzem, donde se dicen nuevas oraciones y be-

---

1 Los peregrinos al llegar á la Meca toman un guía ó motáuef para hacer las ceremonias á que están sujetos. Cada país musulmán tiene guías especiales; así los hay marroquíes, sirios, turcos, egipcios, etc.; siendo á la vez que funcionarios religiosos, intérpretes que responden de sus compatriotas.

ben agua muchas veces: con lo cual se terminan las ceremonias esenciales de la peregrinación.

Las ceremonias públicas, hechas en común por cada una de las sectas musulmanas, vienen relatadas en las cuatro estrofas correspondientes al presente capítulo.

Cada «orden con su gente» se coloca en el «almihrabe» respectivo, comenzando por la secta de Safi que tiene su estación propia á la parte de poniente.

Mohámad hijo de Edrís, el Xafeí, nacido en Gaza, fué versadísimo en teología y en jurisprudencia. Pasaba un tercio de la noche en oración, otro en estudio y el último lo dedicaba al sueño. Trataba de embustero al que pretendiese amar á la vez á Dios y al mundo. La secta por él fundada se reclutó principalmente entre los árabes. Murió el Xafeí en Fostat (Egipto), el año 204 de la Hégira.

Tiene su estación al mediodía de la Caaba, la secta de Abuhanifa, Abohanifa de nuestro poema, el racionalismo musulmán. Su fundador murió en la cárcel de Bagdad por haber rehusado las funciones de juez dicien-

do: «No quiero ser juez, porque no quiero que me juzguen á mí.» En su calabozo repasó el Alcorán siete mil veces. Su doctrina es general entre los otomanos y seguida por la corte de Constantinopla.

«Málic nueso doctor, como á parte del saliente», dice la estrofa. Abu Abdala Málic, hijo de Anás, originario de Medina, fué el fundador de la escuela tradicionalista musulmana, que tuvo la primacia entre los africanos, y por ende, entre los moros españoles. Murió en el año 179 de la Hégira (795 de J. C.) durante el califato de Harún Arraxid.

El rito de Hambalí se sitúa al Norte: Ahmed hijo de Hambal nacido en Meru, donde estudió y creció en fama. Sabía por lo menos un millón de tradiciones acerca de Mahoma. Enseñó una práctica de rigor sumo; á pesar de lo cual, encontró tantos sectarios en Bagdad, que en una violenta sedición, quisieron acabar con todo refinamiento, haciendo desaparecer el vino, las cantatrices y los instrumentos de música. A su muerte, dícese que siguieron su cadáver ochenta mil

hombres y sesenta mil mujeres. Hoy apenas cuenta partidarios esta secta, fuera de la Arabia.

Tales son los cuatro ritos musulmanes. Todos ellos son considerados Çunitas ú ortodoxos; llamados así porque admiten la gran compilación de tradiciones, que sirve de complemento al Corán; á diferencia de los Xiitas (herejes) que rechazan muchas de ellas, y se separan completamente de sus correligionarios. Los Xiitas se consideran partidarios de Alí, yerno é hijo adoptivo de Mahoma. Son numerosos en Persia.

En la descripción de los actos de oración que en común hacían los mahometanos de cada una de las sectas, desciende el morisco á curiosísimos pormenores. Preséntanos las distintas ceremonias que en cada una de tales funciones se comprendían; y así podemos formar completo juicio de aquel extraño cuadro encerrado en el marco de la gran mezquita.

Comenzaba cada secta por lo que el morisco llama en su pintoresco lenguaje «levantar el açala»: que era pronunciar la fór-

mula de convocación y comienzo. Fórmula especial para el interior de las mezquitas, diferente de la exterior que pronunciaban los almuédanos desde lo alto de los minaretes. Dos veces repetía el imán oficiante: «Ya está pronta ó levantada la açala, ya comienza la oración etc.» Palabras que debían recitarse «abreviados los vocablos y las palabras »sencillas, salvo la primera y postrera que »han de doblar»; según lo aconseja Don Iça Jedih, alfaquí de la aljama de Segovia [1].

Mas no era única esta ceremonia. Frente al Macam Ibrahim, se recitaba otra oración que decía así: «Este es el lugar de aquel que »por mediación tuya se preservó del fue»go [2]. Dios mío, perdóname, ten de mí com»pasión, tú eres el amado y el honrado por »excelencia.»

---

1 Suma de los Principales Mandamientos y Devedamientos de la Ley y Çunna; obra publicada por la Real Academia de la Historia en el Memorial Histórico Español, tomo V.

2 Los orientales dicen que Nemrod hizo arrojar á un horno ardiendo al patriarca Abraham, porque le anunciaba el culto de un solo Dios, y que el patriarca salió sano y salvo.

Al final de la ceremonia, «dábase asalem» y proseguía el turno, tomando vez la secta á quien correspondía. «Dar asalem» era pronunciar la fórmula, tan repetida entre musulmanes, «asalam alaicum» ó sea «la paz sea con vosotros.»

Cierto morisco aragonés, en un tratado que compuso del «*Regimiento del açala*», se expresa en estos términos: «El dar «asalem» »al fin de todos los «açalaes» es deudo, por»que con él se da por absuelto de su «açala», »y así como tiene puerta el «açala» para »entrar, que es dezir «Alá ua acbar» [1] al »prinsipio, ansí tiene puerta para sallir dél, »ques con decir «asalem»; y si se le olvida»re, afuéllase el «açala» y no es pasadero.» [2]

Según los rituales muslímicos, «cúmplese »el açala con once cosas: la primera es la in»tençión, la segunda vestidos limpios, que »estando el hombre abaxado, cubra sus ver»güenzas, y la mujer que cubra todas sus »carnes; la tercera el «atahor» (purificación); »la cuarta l' alguado, (ablución); la quinta

1 Dios es el más grande.
2 Suma de Don Içа Jedih.

»estar en pié, teniendo salud; la sexta decir »«Alá ua acbar» (Dios es el más grande); la »séptima es haçer de cara al «alquibla» (di»rección de la Meca); la octava es deçir «al»hamdulilehi» (loores á Alá); la novena es »«arraquear» [1]; la déçima es açachdar, (pos»trarse tocando el suelo con la frente); la on»çena es «dar açalem».»

El viernes, día mayor ó festivo de los musulmanes [2], ofrecía nuevo aspecto la aljama de la Meca. La secta Xafiita era la que oficiaba en la oración del mediodía: ceremonia principal y única pública en todas las aljamas y mezquitas.

Para tan solemne ocasión, las cuatro sectas ó ritos rodeaban á los Xafiitas, rindiendo así la debida consideración á su primogenitura. Oficiaban éstos «alzados los pendones y desenvainadas las espadas», dando con ello gran solemnidad á la ceremonia y llevan-

---

1 Hacer «racaas»; ó posturas en que el cuerpo se coloca inclinado hacia adelante y encorvado hasta tocar las rodillas con las manos.

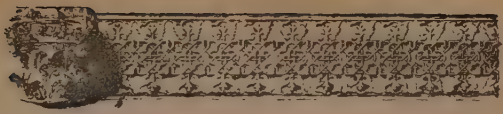
2 Tienen consagrado el viernes como día festivo los musulmanes en memoria de haber sido criado el hombre en dicho día.

do al extremo de la exaltación, el ánimo belicoso de las tribus muslímicas.

La oración pública de los viernes era de obligación para ellas, como lo es hoy para todos los sectarios de Mahoma. Compónese de varios rezos hechos desde la cátedra por un imam [1], del correspondiente sermón y de otros rezos con que la función termina. Todo, por supuesto, acompañado de infinitas zalemas, cortesías é inclinaciones.

---

1 La palabra *imam* tiene varias acepciones. Quien preside una asamblea, se llama *imam;* llámase así también el que hace la oración pública ó común. Los doctores de la ley musulmana se llaman *imames* y se da el mismo nombre al jefe espiritual de los musulmanes. (Garcin de Tassy-L' Islamisme.)



XIV

Resumen de la visita á la mezquita.—El pozo de Zemzem.—Tradiciones.—El juramento de Abdelmotáleb.—Fanatismo increible.—Envenenador en jefe.

LVIII

Quien más quisiese escrebir
Ni lo podría acabar
Ni de palabra decir,
No lo podría contar;
Casa tan singular,
Las cosas qu' están en ella,
Noble, gran, rica y bella
Qu' en el mundo no hay su par.

LIX

Allí vesité l' alcaaba,
Si me facía alharem,
Vesité la piedra negra
Del rencón y l' almaquem
Y el pozo de Zemzem;
Aquell' agua verdadera
Que de las faltas y olvidos
Ella es alimpiadera.

Apura Puey Monçón el diccionario de sus entusiasmos, al presentar en estas dos «coplas» el resumen de su visita á la mezquita de la Meca; y después de ensalzarla hasta el punto de decir que en el mundo no hay monumento que se la pueda comparar, pasa nueva revista á los objetos principales que acaba de ver: el Haram, la Caaba, la piedra negra, el macam Ibrahim. Viniendo á terminar la descripción con el pozo de Zemzem, uno de los lugares de mayor veneración para los musulmanes.

Ya se dijo cuál era la situación de dicho pozo dentro de la mezquita; y cómo sobre la

cubierta del edificio que le cobija, tenía su estación el rito Xafiita, privilegiado en esto, por su principalidad en el territorio de la Meca.

Debe al parecer su existencia esta ciudad al pozo de Zemzem, cuya agua, lechosa y dulce, según unos, pesada y salobre, aunque muy clara, según otros [1], es considerada por los muslimes como remedio para toda clase de males: «alimpiadera de las faltas y olvidos» la llama nuestro alhichante.

Una de las leyendas más conocidas entre los árabes, cuenta que Abraham, «el amigo de Dios», como ellos le llaman, fué á predicar la verdad y confundir la idolatría, por varios países: Babilonia, Siria, Palestina, Egipto.

De tal expedición, trajo consigo una esclava llamada Agar, de la cual tuvo un hijo,

---

1 Sostienen los mahometanos que los hombres de corazón impuro encuentran fétida y salobre el agua del Zemzem. Dicen también que jamás un cristiano podría tragar una sola gota, sin que estrechándosele la garganta, quedase ahogado. Hasta ahora sabemos, sin embargo, que son varios los cristianos que la han bebido y, claro está, sin tener el menor contratiempo.

Ismael. Pero Sara, la esposa del Patriarca, tuvo celos, y éste, por mandato divino, condujo á la madre y al hijo al lugar donde, largo tiempo después, debía fundarse la Meca. Era aquel un desierto por todo extremo árido.

Víctima de la sed, iba á sucumbir el hijo ante aquella madre, loca ya de dolor, cuando, hiriendo el muchacho la tierra con su pie, hizo brotar copioso manantial. Este fué el origen del pozo de Zemzem [1].

---

1 La tradición referente al Zemzem, como casi todas las tradiciones musulmanas referentes á los profetas y patriarcas de las antiguas edades, es de la Biblia de donde procede; habiendo sido alterada, como lo han sido casi todas, para servir de base y cimiento á la religión de Mahoma.

Véase lo que dice el Génesis, cap. XXI, á propósito de Agar é Ismael:

«14.—Levantóse, pues, Abraham de mañana, y cogiendo pan y un odre de agua, púsolo sobre los »hombros de Agar y le entregó á su hijo y despidióla. »La cual, habiendo partido, andaba errante por el de»sierto de Bersabée.

»15.—Y habiéndosele acabado el agua del odre, »abandonó á su hijo, que se echó debajo de un árbol, »de los que allí había.

»16.—Y se fué, y sentóse enfrente á lo lejos, á dis»tancia de un tiro de flecha; porque dijo: No quiero »ver morir á mi hijo. Y así sentada enfrente de Is»mael, alzó el grito y comenzó á llorar.

Más de una vez volvió Abraham á ver á aquellos desterrados. En uno de estos viajes, comunicó á Ismael de parte de Dios la orden de reedificar el santuario de la Caaba, que había sido levantado por Adam. Y cuando, comenzada la obra, quisieron marcar el ángulo donde en el porvenir habían de verificarse ciertas ceremonias, el arcángel Gabriel [1] les entregó una piedra de maravillosa blancura: precisamente, la que siempre han venerado los árabes con el nombre de «piedra negra».

Son curiosas estas tradiciones arábigas,

»17.—Pero Dios oyó la voz y clamores del mucha»cho y el Angel de Dios, desde el cielo, llamó á Agar »diciendo: ¿Què haces Agar? no temas: porque Dios »ha oído la voz de tu hijo desde el lugar en que se »halla.

»18.—Levántate, y toma al muchacho, y cógele de »la mano; pues yo le haré cabeza de una gran nación.

»19.—En esto abrió Dios los ojos á Agar: la cual »viendo allí cerca un *pozo de agua*, fué corriendo, y »lleno el odre, y dió de beber al muchacho.»

[1] El arcángel Gabriel es entre los musulmanes una especie de Espíritu Santo. Se lo atribuyen todo: Gabriel les revela el Alcorán; Gabriel les entrega la famosa piedra; Gabriel saluda á Mahoma como enviado de Alá etc., etc.

á través de las cuales se ve como una penumbra de verdad; de igual manera que á través de la mitología de los griegos, ó de las tradiciones de los iberos, se rastrean hechos históricos transformados, por la sucesión de los tiempos, en mitos y leyendas.

En la del Zemzem, se recuerda el pasaje bíblico de Agar y aun el pozo que en el Génesis (cap. XXI) se cita: lo demás es pura invención de los mahometanos, sin que ni aun la circunstancia de lugar concurra á ella [1].

Si hemos de creer á Almaçudí [2] el pozo de Zemzem cegado durante muchos años, á consecuencia de funestas invasiones de enemigos, fué nuevamente abierto por Abdelmotáleb, hijo de Háchim, hijo de Abdomenaf.

Era Abdelmotáleb el personaje más importante de la Meca.

Había hecho un voto para que Dios le

---

1 En efecto; sabido es que el desierto de Bersabe—hoy día de Bir Eseba—estaba situado en los límites de Judea por la parte del sur.

2 Maçoudí—Prairies d' Or.

concediera tener diez hijos y hallar el pozo cuya memoria, de generación en generación, se había conservado. El voto era memorable: había jurado ofrecer en holocausto uno de sus hijos. Pasó algún tiempo; dió, por fin, con el pozo y tuvo no diez, sino doce hijos. Y llegó el caso de cumplir el juramento hecho. Reuniólos un día: hízoles saber el compromiso que tenía contraído, y resignándose todos á ser víctimas, si era necesario, fuéronse á la Caaba y delante del dios Hobal, se echaron suertes. Tocó ser víctima á Abdala, el hijo más querido de Abdelmotáleb. Y el sacrificio estaba á punto de llevarse á cabo, cuando los Coraixitas, deteniendo el brazo de Abdelmotáleb, le aconsejaron consultar con la hechicera de Jáibar.

Preguntó la adivina cuál era el rescate que se pagaba por un homicidio, y habiéndole contestado que el precio de un homicidio era de diez camellos, hizo echar suertes entre la persona de Abdala de una parte y los diez camellos de la otra; debiéndose aumentar otras tantas decenas de camellos, cuantas veces saliera la suerte adversa para

aquél. Diez veces lo fué: Abdalá hubo de ser rescatado mediante el precio de cien camellos. Desde entonces fijóse en cien camellos el precio de la sangre humana, entre los árabes.

Después de este suceso, Abdelmotáleb casó á Abdala con Amina, hija de Vahb, y éstos fueron los padres de Mahoma.

Respecto al pozo de Zemzem, halló, al descubrirlo, que sus paredes eran de cantería; y sacó de él todo un tesoro de joyas, dos gacelas de oro y pedrería, siete sables de Cala y cinco grandes corazas. Con los sables fabricó para la Caaba una puerta, que forró con planchas de oro sacadas de una de las gacelas, habiendo depositado en el templo la otra, que desapareció cuando fué asaltado por los bandidos [1].

Afirma la creencia popular respecto al pozo de Zemzem, que el fondo y sus galerías subterráneas llegan al Paraiso. Al sensual paraiso que soñó Mahoma, lleno de huríes y perfumes; que no podía alzar á mayor altura sus filosofías, el famoso profeta. Y fué

1 Almaçudi. Les Prairies d' or.

creencia tan extendida entre aquellas masas delirantes de fanatismo, que hubo ocasión en que algunos peregrinos se arrojaron al pozo de cabeza. Y sea por esto ó, lo que parece más probable, por evitar accidentes que la aglomeración de personas pod´a provocar, hizo colocar el Sultán á un metro por debajo de la superficie del agua, una reja de hierro, con la cual se hace imposible cualquier desgracia.

Las brillantes imaginaciones orientales explican de este modo el origen del nombre de este pozo: herida la tierra por el pie de Ismael, brotó el agua con tal impetuosidad y abundancia, que, temiendo la inundación de todo el territorio, hubo aquel de gritar: —«Estréchate!, Estréchate!» Que esto, dicen, es lo que viene á significar la palabra Zemzem. Otros afirman que el verdadero significado de Zemzem es «agua que murmura». Parece lo más cierto.

Tiene el pozo unos veinte metros de profundidad; el diámetro del orificio no pasa de tres, con hermoso pretil de mármol blanco. Se extrae el agua por medio de tres

poleas, con cuerdas de cáñamo pendientes, y tres grandes vasos de cuero.

Rodea al pozo el edificio rectangular de que ya se habló, cuyos muros hállanse revestidos de mármoles que ostentan bellas inscripciones. Cerca del pozo, un depósito igualmente de mármol recibe el agua extraída que, por una ventana, suele repartirse entre los peregrinos. Y *no de valde*, según la relación del Abasí, pues la rapacidad de los servidores de la mezquita no reconoce límites. Y á este propósito cuenta Alí Bey, que ningún musulmán de regular fortuna, puede visitar la Meca sin repartir cerca de dos mil francos entre aquellas gentes.

Cuáles son ellas, puede juzgarse por el siguiente relato de una visita hecha al Sultán Xerif, dueño y señor de vidas y haciendas en todo el Balad Alharam ó tierra santa de los musulmanes, visita en la cual juega, por cierto, importante papel el Jefe del Pozo de Zemzem:

«Aquel mismo día por la tarde recibí »aviso de estar pronto para presentarme al »Sultán Xerif.

»Vino por mí el Nequid el Axraf ó jefe »de los Xerifes y me acompañó á palacio. »Subió primero, y yo quedé á la puerta »aguardando la orden de entrar. Un mo- »mento después, bajó á buscarme el Jefe del »Pozo de Zemzem *que ya se habia hecho amigo »mio.* Subimos la escalera, á mitad de la »cual hay una puerta que cierra el paso. Mi »conductor llamó; dos domésticos armados »la abrieron, y continuamos subiendo; atra- »vesamos luego un corredor oscuro; y des- »pués de quitarnos las babuchas en aquel »paraje, entramos en un hermoso salón, don- »de estaba el sultán Xerif, llamado Xerif »Ghâleb, sentado junto á una ventana y ro- »deado de seis personas que permanecían »en pie.

»Después que le saludé, me hizo las si- »guientes preguntas: ¿Habláis el árabe? [1] »—Sí, Señor.—¿Y el turco?—No, Señor.— »¿Solamente el árabe?—Sí, Señor.—¿Habláis »las lenguas de los cristianos?—Algunas.— »¿Cuál es vuestro país?—Haleb (ó Alepo).— »¿Salistéis muy joven de vuestra patria?—

1 El Xerif me creía turco.

»Sí, Señor.—¿Dónde habéis estado durante »vuestra ausencia?

»Le conté mi historia: entonces dijo el »Xerif al que se hallaba á su izquierda:— »*Habla muy bien el árabe, su acento es verdade-* »*ramente árabe.*

»Continuamos conversando más de una »hora y luego, después de haberle presenta- »do mi regalo y el firmán del Capitán Bajá, »me retiré acompañado del Jefe del Zem- »zem, quien me condujo hasta mi casa.

»Y antes de pasar adelante, quiero dar á »conocer á este interesante personaje, hecho »ya amigo mío.

»Era un joven de veintidos á veinticua- »tro años, de hermosa presencia, bellos ojos, »bien vestido, muy fino, de aire dulce é in- »teresante, y dotado de cuantas cualidades »exteriores hacen amable á una persona. De- »positario de toda la confianza del Xerif, »desempeña la plaza más importante... la »de envenenador en jefe... Tranquilízate, »lector, y no te haga semejante nombre tem- »blar por mí. Este hombre peligroso ya me »era conocido. Desde la primera vez que fuí

»al Zemzem, me hacía incesantemente la »corte; habíame dado un suntuoso banquete; »todos los días me enviaba dos pequeños ja»rros del agua del pozo maravilloso; espiaba »las horas en que yo iba al templo; y acudía »con la dulzura y gracia más delicada, á pre»sentarme una taza llena del agua milagrosa »que yo apuraba, sin recelo, hasta la última »gota.

»Este malvado observa igual conducta »con todos los bajaes y personajes de cuenta »que van á la Meca. Por la más ligera sos»pecha, al menor capricho, el Xerif ordena, »y el desgraciado extranjero deja al punto »de existir. Como sería impiedad no aceptar »el agua sagrada presentada por el Jefe del »Pozo, este hombre se halla, por tal medio, »dueño de la vida de los peregrinos; y van »ya muchas víctimas sacrificadas.

»Desde tiempo inmemorial, tienen los »sultanes de la Meca un envenenador en su »corte, y lo notable es que no se ocultan de »ello, pues la cosa es sabida en el Cairo y »en Constantinopla; en términos que el Di»van ha enviado en varias ocasiones bajaes

»y otras personas á la Meca, para deshacerse »de ellos por ese medio.

»He aquí la razón por que los mogrebi- »nos ó árabes occidentales que están entera- »mente á mi devoción, se apresuraron á pre- »venirme me mantuviese alerta, cuando lle- »gué á la ciudad. Mis criados daban al diablo »al traidor; en cuanto á mí, lo trataba con »las mayores muestras de confianza y hacía »frente á su agua y á sus banquetes, con una »serenidad y sangre fría imperturbables; so- »lamente usaba la precaución de llevar siem- »pre conmigo *tres tomas de zinc vitriolado*, vo- »mitivo mucho más enérgico que el tártaro »emético, y que obra al instante; á fin de »aprovecharme desde el momento que sin- »tiese el más ligero indicio de traición.»

XV

Visita á la ciudad de la Meca.—El sepulcro de Jadicha.—La casa de Mahoma.—El açala y el pregüén.—La secta de los Vahabíes.—La muela de Fátima.—Safa y Merva.

LX

Vesité de muy buen grado,
Quísolo mi buena dicha,
La mujer de nueso amado
Que su nombre fué Hadicha.
De Huáyalad era fija [1],
Ensalçóla el Poderoso
En una muy rica alcoba
Enterrada en gran reposo.

---

1 El consonante en *icha*, débelo suplir la pronunciación apropiada de la j, como ya dijimos.

LXI

Ví do se prencipió el açala
Y do se hizo el primer pregüén [1],
En una parte de la çibdad
Que se llama Hayazén;
Y ví la casa del Anabí
Qu' es una casa real,
Y la casa de Hadicha
De su mujer la prencipal.

LXII

Y la casa de Bubacri
Caballero afamado,
Y la casa de Alí
Ese barragán probado;
Y más, ví la propia muela
Con que Fátima molía,
Cosa que tanto consuela
Y da crecida alegría.

---

1 Pregón ó llamamiento á la oración.

Refiérese la copla LX á la tumba de Jadicha, primera mujer de Mahoma, casada con él después de viuda. Era hija de Jováilad, el Huáyalad de nuestro alhichante. Fué la madre de todos los hijos del pseudoprofeta, exceptuado Ibrahim, á quien tuvo de María la Copta. Murió tres años después de comenzar Mahoma su propaganda. Hállase la tumba de Jadicha situada en el cementerio llamado de Maala.

«Ví do se prencipió el *açala*, do se hizo el primer *pregüén*», dice la copla LXI.

Indican estos versos cómo nuestro alhichante consideró nacidas á la vez y en el mismo lugar, dos instituciones mahometanas, que tuvieron no obstante muy distinto origen: la oración, y el pregón ó llamamiento que la precede. Porque parece admitido corrientemente entre musulmanes, el haberse iniciado aquélla en los montes de Hira próximos á la Meca, y el *idén* ó llamamiento, haber sido promulgado en Medina, después de la hégira ó huida de Mahoma.

La tradición muslímica sostiene que el primer verso del Alcorán revelado á aquél en

los montes de Hira, fué el siguiente: (Capítulo XCVI. v. I) «Lee en el nombre de tu »Dios que ha creado todas las cosas. Que ha »creado al hombre de sangre coagulada etc. »etc.» Fué presentado este verso á Mahoma, según su decir, por el ángel Gabriel, en las noches de un sábado y un domingo. Al día siguiente, y según el propio testimonio, fué saludado ya por el mismo ángel, con el título de «Enviado de Alá» (Rasulo Alahi); y á la vez que entregaba á Mahoma el complemento del capítulo XCVI del Alcorán, le enseñó la obligación rigurosa de la oración con sus *racaas* (cortesías) y con todos sus numerosos ritos, ya mencionados.

Tal fué el comienzo del «açala». El del «idén», «pregüén» ó llamamiento que hacen los almuédanos islamitas desde los minaretes de sus templos, tuvo distinto origen. Abdala, hijo de Yecid, trasmitió á Máhoma instrucciones que dijo haber recibido durante el sueño (todos son sueños en el mahometismo), acerca de la manera de convocar á los «creyentes»; Mahoma las llevó á la realidad, hallándose en Medina, ya entrado el primer

año de la hégira. Un árabe llamado Bilel, hijo de Hamema [1], fué entonces el encargado de hacer el primer «pregüén». De todo lo cual resulta que el «açala» se inició en la Meca y el «pregüén» ó pregón, en Yatreb ó Medina.

Pasa después nuestro morisco á recordar su visita á la casa del «Anabí» ó sea á la casa donde vivió el Profeta, aquel hombre funesto que tuvo la triste gloria de trastornar el mundo, como ningún otro mortal lo consiguió jamás.

Era un edificio circular, cuyo pavimento se hallaba ocho metros más bajo que el nivel exterior. Una pequeña excavación manifestaba el lugar donde se hallaba Amina, la madre de Mahoma, cuando le dió á luz, el día 8 de rebia primero, del año 354 de Jesucristo. Pertenecía la casa á Benyusuf y fué convertida en mezquita por Jaizuran, madre de los califas Almahdí y Raxid.

---

1 Bilel, hijo de Hamema, era liberto y pregonero de Mahoma. Dícese de él, que dió grandes muestras de sentimiento cuando murió su amo. Tenía muy sonora voz y estaba destinado, según éste, á ser almuédano ó pregonero del paraiso.

Las casas que habitaron Jadicha y los califas Abubéquer y Alí, fueron también objeto de las piadosas visitas del peregrino. Sabido es que Abubéquer fué el sucesor de Mahoma en el califato; Alí, su primer creyente, yerno suyo desde su matrimonio con Fátima y cuarto califa que reinó del 35 al 40 de la hégira (655-660).

Casi todos estos monumentos y otros que solían visitar los peregrinos, como la casa de Abutáleb, la estación del monte Chebelgobis, donde cayó la piedra negra, las capillas de Fátima y Mahmud, etc., fueron arrasados á fines del siglo XVIII por la secta de los wahabíes [1], cuyo fundador Abdelwahab, declaró supersticiosas tales prácticas.

A la vez debió perderse también la muela que Fátima empleaba para moler el trigo; objeto de tanto consuelo para nuestro crédulo é infeliz alhichante.

Extraño es que no haga éste referencia alguna á las siete vueltas que dió sin duda

á las colinas de Safa y Merva, para cumplir con las prescripciones del Alcorán. Hállanse dichas colinas dentro del recinto de la ciudad, distantes una de otra 500 metros, y están enlazadas entre sí por la calle principal. Un pórtico señala en cada punto los extremos de la carrera, que bien á paso gimnástico, bien á paso más acelerado, debe dar el peregrino, para cumplir con la ceremonia denominada el *Saí;* la cual tiene por objeto recordar el dolor de Agar, la madre de Ismael, que dicen recorrió esta distancia rogando á Dios salvara la vida de su hijo.

Con lo cual y con raparse la cabeza ó afeitarse las sienes, termínase la verdadera peregrinación á la Meca. Los que la han cumplido, dejan entonces el estado de penitencia en que se hallaban y vuelven á la vida ordinaria, disponiéndose generalmente á celebrar las fiestas del *Curbán-Bairam* ó sea de la pascua musulmana, que tienen lugar en las cercanías de la Meca.

XVI

Ceremonias y ritos.—Contornos de la Meca.—La gota negra.—Viaje maravilloso.—Las cavernas de Tor.

LXIII

Vesitamos muchas montañas
Y de tanta prevenençia
Y el monte de Abicubayça
Do la luna hizo obedençia,
Y *aharé* [1] otra montaña
De tanta consolaçión
Donde limpiaron la saña
Al Anabí, del corazón.

---

1 Subí.

LXIV

Y á Sura donde se retrayeron
L' Anabí y sus compañeros,
El día que los persiguieron
Los enemigos fariseos:
Fuéronse á una peña hueca,
Qu' es de una piedra cristal;
Allí junto está el pedaço
Que Chibril [1] en fué á cortar [2].

Después de la visita á la mezquita y de las siete vueltas por Safa y Merva, el musulmán que desea merecer á conciencia el título de «alhach», cumple todavía—aunque no ya por obligación—y lleva á cabo las prácticas siguientes:

1 El angel Gabriel.

2 «En fué á cortar»; «en parten mano», se dijo en la copla XXXIII. Modismos usados todavía en el lenguaje vulgar del Alto Aragón, procedentes de los idiomas prevenzales. «Partir mano» debía valer tanto como nuestro actual «dar de mano» ó cesar en un trabajo cualquiera. Puey Monçón lo emplea como indicación de estar los signos del obelisco de Heliópolis, tan frescos como recien hechos.

1.°—Reviste el hiram por tres días consagrados á visitar el monte Arafa, el valle de Mina y volver á la Meca.

2.°—Asiste el día 9 de dulhicha al sermón del monte Arafa y recorre el valle de Mina al anochecer, para rezar á la vez las oraciones de la tarde y la noche en Mozdálifa.

3.°—Oye allí un sermón al amanecer del día siguiente.

4.°—Lanza siete piedras contra los pilares del diablo.

5.°—Celebra las fiestas del Bairam ó pascua musulmana, sacrificando uno ó varios carneros ó camellos.

6.°—Regresa á la Meca y hace la oración de despedida ante la Caaba.

Con todas estas prácticas cumplió escrupulosamente nuestro morisco. Difícil es hallar en los viajeros modernos la exactitud y puntualidad con que él relata, así las diferentes visitas y ceremonias, como las tradiciones en que se fundan.

De paso ya para el Arafa, recorre lugares y montañas de mucha *prevenençia;* entre las cuales cita la de *Abicubayça,* donde dice

que la luna rindió acatamiento á Mahoma. Otros afirman, con toda seriedad, que la partió por medio cual si fuera un melón. De dicha montaña también se dice, que fué la primera que Dios creó en la tierra.

Habla la misma estrofa del lugar donde se hallaba Mahoma, cuando el ángel Gabriel —siempre el ángel Gabriel—le abrió el corazón para llenárselo de fe y ciencia, después de haberle extraído un coágulo de sangre negra, que, según dicen, no era otra cosa que el pecado original.

Otros comentadores cuentan que hallándose Mahoma jugando con varios niños de su edad—á la sazón tenía cuatro años—llegaron dos hombres desconocidos, derribáronle en tierra, le abrieron el pecho, y una vez exprimida la célebre «gota negra», laváronle el corazón con agua de nieve.

No tienen más fundamento ambas tradiciones sino el escasísimo que les da el siguiente verso del Alcorán (Cap. XCVI): «¿No »hemos abierto tu pecho y quitádote el peso »que oprimía tus hombros?» Es decir, ¿no hemos abierto á la ciencia y á la fe tu cora-

zón, para quitarte la ignorancia y la ceguedad que te oprimían? Así lo entendería cualquiera, dando á la metáfora del Alcorán, tan propia de imaginaciones orientales, el sentido que naturalmente le corresponde; mas el pueblo musulmán, materializando todas las ideas, ha fundado sobre aquellas palabras todo un relato maravilloso, con el fin de rodear á Mahoma, en todo lo posible, de circunstancias sobrenaturales.

Ni tienen más solidez otros prodigios atribuídos al famoso Profeta.

Su viaje por los cielos, caballero en Alborac, animal híbrido, de cara de mujer, cuerpo de caballo, cola de pavo real y la friolera de setenta y dos pares de alas, es uno de tantos *infundios* que sólo un pueblo ignorante, soñador y fanático, ha podido recibir como cosa cierta.

«Gloria á aquél», dice el Cap. XVII del Alcorán, verso I, «que transportó durante la »noche, á su servidor, desde el templo sa»grado, al templo lejano, cuyo recinto he»mos bendecido, para hacerle ver nuestros »milagros».

La vaguedad de estas palabras no ha sido óbice al mahometismo para sostener, como la cosa más cierta del mundo, que Mahoma fué realmente transportado durante la noche, del templo de la Meca al de Jerusalem y luego á través de los siete cielos, donde tuvo su correspondiente conferencia con el mismísimo Alá. Viaje hecho con tan maravillosa rapidez, que, al regreso, todavía se conservaba caliente el lecho donde dormía el Profeta. Más aun, el jarro donde solía calentar el agua, estaba volcándose al emprender la expedición y... ¡oh maravilla! volvió de ella á tiempo aún para contenerlo, sin que una sola gota hubiera llegado al suelo.

Moavia, compañero de Mahoma, y Aixa, su mujer, sostenían que semejante viaje no había pasado de ser un sueño. Y era de mayor excepción sobre todo el testimonio de Aixa, que aseguraba no haberse apartado ni un instante su marido de su lado, en toda aquella noche. Mas ciertas sectas profesaban odio mortal á entrambos personajes; y era lo bastante que afirmaran ellos haber sido lo del viaje pura visión, para que los otros lo

tuvieran por la cosa más real y más cierta del mundo.

La copla LXIV hace referencia á las célebres cavernas de Tor, que llama de Sura Puey Monçón, situadas tres millas al mediodía de la Meca.

Habían tramado los Coraixitas un complot contra la vida de Mahoma. Avisado á tiempo, huyó por una puerta falsa de su casa, dejando para mayor disimulo, ocupado su lecho por Alí que era sobrino suyo. Abubéquer, Amir hijo de Foheira y un árabe idólatra llamado Abdala acompañaban á Mahoma. Los Coraixitas salieron inmediatamente en su persecución; más él, viéndose perdido, había ya buscado refugio en las cavernas del monte Tor.

Y aquí entra la mitología musulmana á revestir con detalles maravillosos el hecho histórico, en que después vino á fundarse la cronología de los árabes: á la entrada de los subterráneos, había formado su nido y depositado sus huevos una paloma y había tendido sus redes una araña. Esto salvó á los fugitivos; sus enemigos consideraron innecesa-

rio el registro de las famosas cuevas. ¿Quién podía haber entrado en ellas, sin aplastar los huevos de la paloma y sin destruir las espesas mallas del arácnido?

La tradición referente al trozo de «piedra cristal» cortado por el ángel Gabriel, no tiene fácil explicación. ¿Será una opinión más referente al origen y procedencia de la «piedra negra»?

XVII

El monte Arafa.—El encuentro de Adán y Eva.—La peregrinación del Adoración.—El sermón de la montaña.—Desfile general.

LXV

E en el monte de Arafa
Do las huestes se presentaron,
Donde Adam y Hava
Nuestros padres se juntaron,
Cuando por los pecados
De la Alchana [1] fueron salidos;
En este mismo monte
Hubieron fijas y fijos [1].

1 El Paraiso.
1 Hijas é hijos.

La leyenda relativa al monte Arafa, situado á doce millas de la Meca, exige toda una estrofa.

He aquí la tradición árabe referente á él. Arrojados del Paraiso Terrenal nuestros primeros padres Adán y Eva, culpables de haber comido la fruta del árbol prohibido, anduvieron errantes largo tiempo, separados uno de otro, y llenos sus corazones de dolor y arrepentimiento. Iban á la ventura; y habiendo seguido caminos diferentes, vinieron á encontrarse al pie del Arafa. Montaña del «reconocimiento» se llamó desde entonces. Allí juntaron sus lágrimas, animáronse mutuamente, y resolvieron no dejarse llevar de la desesperación ni abatir por la desgracia. Una columna de mármol señala el lugar de tal acontecimiento. Eva concibió entonces su primer hijo.

Todos los musulmanes que visitan semejante lugar, se consideran absueltos de sus culpas y vueltos á la inocencia primitiva. Dicen que Alá quiso conceder tan extraordinario privilegio á la montaña donde renació la humanidad por el perdón, el dolor y el

amor. ¿En qué se funda tal creencia? ¿Era tradicional entre los antiguos árabes ó fué inventada por Mahoma?

Otro título presenta además el Arafa á la devoción de los mahometanos, y éste descansa por lo menos en hechos históricos. Era el año X de la hégira, cuando Mahoma quiso coronar su obra de propaganda con una gran peregrinación á la Caaba. Salió de Medina seguido de más de cien mil devotos, y llegó á la Meca el día cuatro del mes de dulhicha. Oró ante la Caaba, tocó la piedra negra, dió las siete vueltas, que desde entonces fueron de ritual, oró ante el sepulcro de Abraham y visitó las colinas de Safa y Merva.

El día ocho del mismo mes, trasladóse al valle de Mina, hizo allí cinco oraciones y al día siguiente, montado en su camello Cosva, encaminóse hacia el Arafa.

Llegado que hubo, subió á una cima desde la cual dominaba toda aquella multitud que le seguía, y la arengó sin bajar de la montura. Al terminar su discurso, exclamó: «Oh Dios mío ¿habré yo cumplido mi misión?»—«Sí, la has cumplido»; respondieron millares y

millares de voces. Y entonces él añadió: «Señor, escucha este testimonio».

Era el siguiente, el día de los sacrificios. Mahoma inmoló sesenta y tres camellos, libertó sesenta y tres esclavos: tenía á la sazón sesenta y tres años. Llámase ésta comunmente «la peregrinación de la despedida». Pocos meses después tuvo lugar la muerte del Profeta.

Tales fueron los sucesos que nuestro alhichante conmemoró en el Arafa.

Alza á considerable altura esta montaña su cima triangular, oscura como las alas de los cuervos que la rodean; los contornos, áridos y abrasados como los paisajes del infierno del Dante, hállanse cubiertos de esa arena fina y dorada que cubre el suelo de la Arabia como inerte mortaja. Cierran el horizonte las crestas y peñascos de los montes lejanos, que según son heridos por los rayos del sol, visten de amarillo rojizo ó brillan con deslumbradora blancura.

En los días de peregrinación, cúbrense los valles de innumerables tiendas; blancas pirámides que dan momentánea vida á aquel

territorio, de ordinario sumido en la más espantosa soledad.

Tres horas antes de ponerse el sol, tiene lugar la ceremonia tradicional. A los peregrinos procedentes de la Meca, únense innumerables caravanas llegadas de todos los extremos del desierto. El gran Xerif de la Meca, rodeado por los imames y los jeques, preside la ceremonia. Uno de aquéllos, montado sobre un camello cubierto de sedas y oro, dirígese hacia un punto prominente de la montaña; y desde allí, vuelto hacia el pueblo, invoca á Alá con ferviente oración. Al final de los versos que entona, agita larga tela de seda blanca. Es la señal para que el pueblo conteste á su vez.

«¡Dios grande! ¡Soberano rey de cielos y »tierra!

»Sometidos á tu santa voluntad, hemos »venido á esta tierra sagrada para obedecer »á tu ley y á tu Profeta.

»Aquí estamos para honrar la memoria »de Adán y Eva nuestros primeros padres,» etc. etc.

Cuentan los que la han presenciado, que

esta escena es verdaderamente grandiosa. Algunos hacen subir á quinientos mil los peregrinos que aun hoy día se juntan al pie del Arafa.

¡Misterios insondables los de la Providencia! Quinientos mil seres humanos víctimas de la ignorancia; fanatizados hasta el punto de exponerse á todo género de fatigas, á una muerte probable, por conmemorar una tradición sin fundamento alguno serio, sin trascendencia alguna para la humanidad. ¡Oh! qué abyección tan grande la de los pueblos que llegan á apartarse de la verdad!

Termina la oración del Arafa con el espectáculo más extraño que se puede imaginar. En un instante cesa la grandiosidad de aquella escena, y á ella sucede la confusión más espantosa. Aquel mar tranquilo de tiendas de campaña, de seres humanos vestidos con los trajes y colores más diversos, de millares y millares de camellos, asnos, caballos y transportes de todo género, agítase de pronto con el ímpetu del torbellino y se pronuncia en abierta carrera hacia un punto determinado.

Bajo pena de perder todo su mérito la peregrinación, es de ritual que todo aquel inmenso oleaje de seres humanos haga la oración de la tarde en Mozdálifa, á la vez que la de la noche [1]. Para lo cual les es de necesidad trasladarse harto velozmente y á través de un valle estrechísimo; debiendo además pasar dentro de él, por entre dos columnas distantes sólo seis metros.

Es aquello como el empuje de inmensa catarata. No es posible explicar lo que allí sucede. Hombres, mujeres, niños, con sus bagajes y camellos, se precipitan todos á la vez hacia aquella estrechura. Imposible evitar accidentes. Treinta ó cuarenta personas mueren todos los años aplastadas; todos su-

---

1 Son cinco las horas de «açala» ó de oración de los musulmanes: El *açala* de «açobhi» que es la oración del alba; el *açala* de «adohar» que es la del mediodía; el *açala* de «alaçar» que es cuando han pasado las tres cuartas partes del día; el *açala* de «almagreb» después de la puesta del sol; el *açala* de «alatema» al cerrar la noche en su primer tercio.

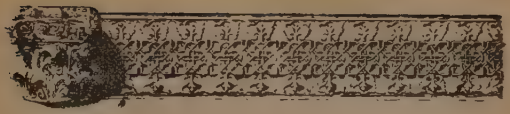
Para poder cumplir á tiempo el *açala* de «almagreb» tienen que andar los peregrinos en hora y media, la distancia que existe entre el Araía y Mozdálifa, la cual es casi de tres horas.

fren horriblemente; muchos salen llenos de contusiones...

Y mientras esto sucede, suenan las músicas, truena la artillería y hasta ¿quién lo creyera? brilla por los aires un fuego de artificio.

En el curso de aquella extraordinaria y peligrosísima carrera, cada peregrino procura hacerse con siete piedrecillas, que preciosamente conserva hasta la llegada al pueblo de Mozdálifa.

¡Verdaderamente, en el mahometismo no se ve nada superior á lo que pueden dar de sí las miserias de la humanidad y de la naturaleza!



XVIII

La fiesta de los sacrificios.—El sacrificio de Abraham.—Los pilares del diablo.—El valle de Mina.—Horrible hecatombe.—El cólera morbo.—Peregrinación de los Vahabíes.

LXVI

Y en el monte de Mina
Y en aquel mismo lugar
Donde Ibrahim á su fijo
Lo tenía para degollar;
Y en aquellos mismos lugares
Do les salió el enemigo,
A Ismail por tentar
Y á su padre Ibrahim, el amigo [1].

1 El amigo de Dios, como le llaman los musulmanes.

La tradición arábiga referente al valle de Mina hállase completa en la estrofa anterior. Los alhichantes visitan aquel lugar en conmemoración del sacrificio de Abraham, cuya víctima no fué Isaac sino Ismael. Así lo enseña el mahometismo, por testimonio de su fundador: testimonio harto deficiente por cierto. Mahoma distanciado veinte siglos del suceso, pretende enmendar la plana á Moisés que recogió la tradición cuando habían transcurrido pocas generaciones, y tenía además en su favor la revelación.

Supone la leyenda mahometana que Abraham, obedeciendo las órdenes del Cielo, había resuelto el sacrificio de Ismael; esperanza de su raza, hijo querido de Agar, padre predestinado de un gran pueblo.

Sacrificador y víctima caminaban buscando lugar para el sacrificio. Agar seguíales desolada, interceciendo por el hijo de sus entrañas. Abraham é Ismael anduvieron largo tiempo sin detenerse, hasta que llegaron al fondo del valle solitario y triste, donde hoy se eleva el pueblo de Mina. Allí debía tener lugar el desenlace del drama.

Pero Dios no quería sino probar la fe del ilustre patriarca. En vano hirió este con terrible golpe el cuello de Ismael. La espada partió un peñasco, mas el cuello de la víctima quedó ileso. Entonces exclamó Abraham: «¡Oh Dios! cómo la roca es más sensible que el cuello de mi hijo?»

Y oyó detrás una voz que decía: «He »querido probar tu obediencia. Queda per- »donado tu hijo y llegará á ser padre de un »gran pueblo. Ahí tienes un carnero; sacri- »fícalo y que mi nombre sea glorificado.»

Próximo al pueblo de Mina, un pequeño edificio construído en el flanco de la montaña, señala, según la creencia muslímica, el lugar preciso del sacrificio de Abraham. Nuestro morisco pudo ver allí la peña hendida por el sablazo del Patriarca, el cual, según ésto, debió ser hombre de buenos puños.

El camino va por el centro del valle y junto al pueblo de Mozdálifa, se ve cortado de trecho en trecho por tres muros dados de cal; muros que afectan vagamente la forma de pirámides truncadas y simbolizan al diablo en persona.

Contra ellos arrojan los peregrinos las siete piedrecillas recogidas al regresar del Arafa. Y así creen conmemorar también á Abraham, de quien dicen arrojó á pedradas al diablo, cuando salió á tentarle para que no llevase á cabo el sacrificio exigido por Dios. Por eso los peregrinos exclaman al arrojar los guijarros: «Satanás, en el nombre »de Dios, te conjuramos á que huyas de nos»otros, como huiste delante de nuestro pa»dre Abraham.»

No andan muy de acuerdo los viajeros respecto á los pormenores del sitio, donde se verifican las pedreas muslímicas contra el demonio. Quién dice estar dicho lugar señalado por una columna; quién habla de varios pilares llamados los pilares del diablo; quién, de varios muros de la forma arriba descrita; quién, de una casa que en otro tiempo recibía aquella terrible lluvia de proyectiles.

La transformación que ha ido sufriendo el territorio de la Meca por efecto de la sucesión de los tiempos, á la vez que las alteraciones hechas últimamente por los sectarios vahabíes, pueden explicar las diferen-

cias observadas en las relaciones de los viajeros.

Las peregrinaciones suelen dejar el Arafa á la puesta del sol del noveno día del mes de dulhicha; en hora y media llegan á Mozdálifa y allí, según queda dicho, rezan á la vez las oraciones de la puesta del sol y de la noche, y tienen lugar las famosas pedreas. Duermen acampados los expedicionarios y salen al amanecer para el pueblo de Mina, donde comienza en aquel mismo día el «Curbán Bairam» ó sea la «Fiesta de los Sacrificios», en memoria del de Abraham.

Entre elevadas montañas, áridas y pedregosas, como casi todas las del Hechaz, está situado el pueblo de Mina, con algunos buenos edificios, adornados de hermosos miradores. Sólo tiene una calle que corre de Norte á Sur, en una longitud de 1.600 metros.

A la salida, se encuentra el famoso valle, llamado por Burton la «sartén del diablo», á donde todos los años, desde los tiempos más remotos, acuden millares y millares de peregrinos para inmolar innumerables víctí-

mas: carneros, cabras y aun camellos, en memoria del sacrificio de Abraham.

En pocos instantes cúbrese de tiendas de campaña todo el valle y, á las tres de la tarde, anuncia el cañón haberse dado comienzo á la famosa pascua musulmana.

Comienza á la vez la horrible hecatombe. Cada uno de los peregrinos debe por lo menos inmolar un cordero; pero algunos, según su fortuna, llegan á ofrecer el holocausto de muchos, á veces de cincuenta ó de cien. También, aunque el hecho va haciéndose raro, hay quien sacrifica sus camellos.

Inspiran profunda tristeza tales holocaustos. Por espacio de tres días, es imposible dar un paso, sin presenciar sangrientas ejecuciones ó pasar por encima de los restos inanimados de las víctimas.

Colocado el peregrino ante su tienda é invocando el recuerdo de Abraham, coge el cordero, tiéndelo en tierra, lo degüella, y terminado el sacrificio, lo abandona. No toma para su alimentación parte alguna de la víctima. A la autoridad local, es á quien incumbe disponer lo necesario para desemba-

razar el terreno de aquel inmenso número de cadáveres, que algunos calculan en nuevecientos mil por año.

Fácil es imaginar los peligros que en la salud pública puede ocasionar semejante estado de cosas, las epidemias que allí pueden originarse con tal cúmulo de animales en putrefacción, y cuán insuficientes son las órdenes dadas recientemente de sepultarlos en grandes fosos.

Semejante medida, por plausible que sea, no resuelve la dificultad. Los grandes rebaños destinados al sacrificio, llegan á Mina rendidos al cansancio por efecto de las enormes distancias recorridas; abrumados por la fatiga que produce lo ardoroso del sol de la Arabia; estenuados por la escasa nutrición que puede proporcionarles el desierto. En semejantes circunstancias, la muerte y la putrefacción van casi juntas, y el aire de aquel estrecho valle, antes aun de terminarse la fiesta, queda convertido en agente pernicioso de enfermedad y de muerte. Por otra parte, si aquella inmensa masa de carne en putrefacción queda bajo la tierra, llega

ésta á saturarse de sangre y de líquidos corrompidos que se filtran á través de las arenas, y entonces es el agua de los estanques y de las cisternas, la que se hace pestífera é insalubre.

No es extraño después de esto, que el cólera haga mayores estragos en Mina que en ningún otro punto del mundo. Para lo cual concurren á la vez otras causas: las caravanas venidas de la India donde la epidemia del cólera es endémica; el desconocimiento absoluto de las reglas de higiene por parte de los peregrinos; las fatigas extraordinarias de la peregrinación; los estanques donde suelen bañarse aquéllos con agua siempre escasa, la cual se convierte en intensísimo fermento de *microbios;* la mezcla de seres humanos de todas las clases sociales, muchos de ellos sumidos en la mayor miseria por falta de recursos... Lo cierto es que las peregrinaciones de la Meca, han venido á constituir un peligro constante para la salud pública del mundo entero. Y á la altura en que estamos, es tiempo ya de que las naciones europeas tomen activa parte en el asunto, y en nombre

de la civilización y de la humanidad, impidan cuanto pueda atentar á la salud y al bienestar de los pueblos.

Ilustrará notablemente el interesante punto á que estos capítulos se refieren, la descripción que hace D. Domingo Badía, de sus visitas al monte Arafa y al valle de Mina. Coincidió su estancia en dichos puntos con la presencia de una gran peregrinación de vahabíes, lo cual da extraordinario interés á la narración.

«Sólo en el Arafa es donde se puede formar idea del espectáculo imponente que »ofrece una peregrinación de musulmanes: »concurso innumerable de hombres de todos »los pueblos, de todos los colores, donde »se dan la mano el habitante del Cáucaso »con el negro de Guinea; el indio con el »persa, el berberisco y el marroquí, hablando casi todos la misma lengua, ó por lo menos comprendiéndola, y agitados todos por »el mismo fanatismo y la misma supers»tición.

»Es el monte Arafa una roca granítica,

»de unos 150 pies de elevación, cerrada por »un lienzo de murallas, situada al pie de un »monte más alto, al E. S. E. de una llanura »de tres cuartos de legua de diámetro, ro- »deada por todas partes de montañas áridas. »Súbese por escalones, parte abiertos en la »roca, parte formados de mampostería. Hay »sobre la cumbre una capilla que me fué »imposible visitar porque á los individuos »del rito malequí, les está prohibido, según »las instituciones del imam fundador del »rito: por eso nos detuvimos á mitad de la »subida para rezar la oración. Hay al pie de »la montaña una plataforma preparada para »el mismo uso, llamada Aljama Arrahma ó »Mezquita de la Misericordia; según tradi- »ción, el Profeta hacía oración en ella.

»Junto á la montaña hay catorce gran- »des estanques que suministran agua para »beber y para hacer sus abluciones los pere- »grinos. Al S. O. se ve una casa del Xerif; »y á un cuarto de legua, otra plataforma »donde se hace oración y se llama Aljama »Ibrahim ó mezquita de Abraham.

»En el monte Arafa fué donde el padre

»común de los hombres encontró ó reconoció »á nuestra madre Eva, después de una larga »separación; y por este motivo se dió á aquel »lugar el nombre de *Arafa*, es decir, *reconocimiento*. Se cree haber sido el mismo Adán »el constructor de la capilla de la cumbre.

»Después de la oración del *aassar* ó de la »tarde, que hace cada cual en su tienda, y »dispuesto todo para la marcha, previene el »ritual se vaya al pie de la montaña para »aguardar allí la puesta del sol. Para obedecer á este precepto, los vahabíes que se »hallaban acampados á distancias muy largas, comenzaron á acercarse, llevando á su »frente al sultán Saud y á Abunocta su segundo jefe. En poco tiempo ví desfilar »un ejército de 45.000 vahabíes, casi todos »montados en camellos ó dromedarios, con »otro millar de viajeros conduciendo agua, »tiendas, leña y yerba seca para los camellos »de los jefes. Un cuerpo de 200 caballos llevaba banderas de todos colores, arboladas »en lanzas.....

»Bien pronto se vieron cubiertos de va»habíes, la montaña y sus alrededores. Acer-

»cáronse luego á ella las caravanas y los pe-
»regrinos sueltos.....

»El sultán Xerif había enviado, como se
»practica todos los años, parte de sus tropas
»con cuatro piezas de artillería.

»Es costumbre, luego que llega cada año
»un imam del Xerif, predicar un sermón so-
»bre la montaña. El que vino aquel día fué
»despedido por Saud antes de empezar. Un
»imam suyo fué quien predicó, pero no pu-
»de oirle por hallarme muy distante. Aca-
»bado el sermón los vahabíes dieron todas
»las señales de aprobación y aplaudieron á
»porfía.

»Entretanto aguardábamos el momento
»de ponerse el sol. Llegado el tal momento...
»¡qué torbellino! Figúrese cualquiera una
»reunión de ochenta mil hombres, dos mil
»mujeres y un millar de niños, con sesenta
»ó setenta mil camellos, asnos y caballos,
»que á la entrada de la noche quieren me-
»terse, todos á paso acelerado, según el ritual,
»por un angosto valle, marchando unos so-
»bre otros á través de una nube de polvo y
»una selva de lanzas, fusiles y espadas: así

»forzando el paso como podíamos, apiñados »y empujados mutuamente es como volvi- »mos á Mozdálifa en hora y media, mientras »habíamos gastado más de dos en ir desde »este punto á la montaña santa. El motivo »de la precipitación ordenada por el ritual »es que no se debe hacer la oración de la »puesta del sol ó del Mogreb en Arafa, sino »en Mosdélifa, al mismo tiempo que la ora- »ción de la noche ó *alaxa*, la cual debe re- »zarse hora y media después de puesto el »sol. Apresurámonos á rezarlas antes de ar- »mar las tiendas y la jornada se terminó con »felicitaciones recíprocas por haber hecho la »peregrinación.

»Al otro día, miércoles 18 de Febrero, »10 del mes de dulhicha y primer día de la »Pascua, partimos á las cinco y media de la »mañana para ir á acampar á Mina.

»Apenas llegamos, se echó pie á tierra y »nos dirigimos precipitadamente á la casa »del diablo qne está enfrente de la fuente. »Llevábamos cada uno siete piedras del »grueso de un garbanzo, que habíamos ex- »presamente cogido la noche anterior en

»Mozdálifa, para arrojarlas contra la casa »del diablo por encima de la pared. Como el »diablo tuvo la malicia de poner su casa en »un sitio tan estrecho, que tal vez no tendrá »treinta y cuatro pies de anchura y se halla »además cortada por grandes rocas, donde »es preciso subir para asegurar el tiro de las »piedras; como finalmente todos los pere- »grinos quieren hacer esta *santa* operación »inmediatamente que llegan á Mina, reina »allí una extraña confusión. Pero en fin con »ayuda de los míos, logré no obstante la »apretura y tumulto, llenar tan *sagrado* de- »ber, saliendo del paso con dos heridas en »la pierna izquierda. Retiréme luego á mi »tienda para descansar de tantas fatigas. »En aquel día hicimos aun el sacrificio pas- »cual.

»Al día siguiente, antes de la oración »del mediodía, fuimos á tirar siete piedreci- »llas contra un pequeño pilar de cal y canto »situado en medio de la calle de Mina, y »según se dice, construído por el diablo; »tiré otras siete á otro pilar semejante al »precedente, elevado por el mismo arquitec-

»to, á cuarenta pasos de distancia; y en fin, »otras siete contra la casucha de que hablé »arriba.

»El viernes 20 de Febrero, 12 de dulhi– »cha, regresé á la Meca.»

XIX

Los Compañeros del Elefante.—Abdelmotáleb.—Lluvia de piedras.—Regreso á la Meca.

LXVII

Y pasamos por el val [1]
A donde fueron destruídos
Las compañas del alfil [2]
Porque fueron descreídos.
Mandó Alá á unas avecillas
Pedrearlos por maldición,
Donde el anabí Edriç [3]
Dende allí subió al çielo.

---

1 Valle.
2 Elefante.
3 El profeta Enoch.

Terminados los tres días de la «Fiesta de los Sacrificios» regresan las peregrinaciones á la Meca.

Nuestro alhichante hace de paso referencia á un punto interesante de la historia de la Arabia: la invasión de los etiopes en el siglo VI; que no son otros los compañeros del alfil ó del elefante, mencionados en la copla anterior.

Abraha Alaxram, rey del Yemen, emprendió una expedición contra la Meca. Era su intento destruir la famosa Caaba y procurar así que los pueblos refluyeran hacia Senaa, capital de su reino.

Abdelmotáleb, hijo de Háxim, hijo de Abdomenaf, de quien hablamos ya, ejercía entonces la supremacía en aquel territorio. Generoso y noble, había sabido conciliarse la estima y la veneración de todos. Era el patriarca de la Meca.

Al ver frente á la ciudad un ejército en son de guerra, creyó de su deber salir á conferenciar con el jefe enemigo y ver qué propósitos alimentaba.

Presentóse ante el invasor y fué tratado

por éste con gran consideración, á causa, dice la tradición muslímica, de la aureola de luz profética que brillaba al rededor de su frente.

«Abdelmotáleb» le dijo Abraha, «pídeme lo que quieras.»

Abdelmotáleb, á quien la rapiña de los yemenitas había arrebatado grandes rebaños, pidió solamente que se los devolvieran.

Abraha asombrado al escuchar tan insignificante petición, replicó: «¿Por qué no imploras mejor mi clemencia para la ciudad, y para el templo amenazado por mis soldados?»

«Príncipe, yo soy el dueño de los camellos; el templo tiene otro dueño que lo sabrá proteger»; contestó Abdelmotáleb. Y se volvió á la ciudad, diciendo: «Habitantes de la Meca, ha venido á atacaros un rey con elefantes cuyos dientes están cubiertos de espuma.»

Y recomendando á los Coraixitas, dueños entonces de la ciudad, que procuraran huir del furor de los enemigos, suspendió unas sandalias del cuello de los camellos y los

dejó errantes por el recinto sagrado del templo, exclamando: «¡Oh Dios, el hombre sabe defender su casa, defiende tú también el lugar donde resides.»

Poco tiempo después, aparecieron en inmensa bandada unos pájaros llamados *ababil*, semejantes á las golondrinas. Cada uno de ellos iba provisto de tres guijarros; y la lluvia de éstos sobre el ejército de Abraha fué tal, que vino á quedar completamente exterminado. Murió Aburrigal que lo mandaba, y el rey Abraha volvió á su país con los dedos mutilados.

Montaba un elefante blanco y fué llamado en adelante el Señor del Elefante; su ejército, los Compañeros del Elefante; y aun el año en que tuvo lugar esta invasión, se llamó después el año del Elefante.

La llegada de Abraha ante la Meca tuvo lugar el lunes 17 de moharram, del año 882 de la era de los Seleucidas.

Y he aquí de qué manera convierten los musulmanes en portentos extraordinarios sus tradiciones, siquiera sean vulgares. Dice Sprengel en su «Histoire de la Medecine»

que los pájaros autores de aquella singular pedrea, no fueron sino una formidable invasión de viruelas que diezmó el ejército de Abraha. Las cuales causaron extraordinario pavor, por ser hasta entonces desconocida semejante enfermedad en la península arábiga. Y esto fué bastante para que los invasores huyeran horrorizados, y los del país atribuyeran á prodigio del Cielo, circunstancia tan favorable para su causa.

Tuvo lugar, según nuestro morisco, la derrota de la hueste de Abraha en el mismo valle que, antes del diluvio, había sido testigo de la desaparición del profeta Enoch.

La tradición relativa á Enoch, tomada del capítulo V del Génesis, fué una de las que adoptó Mahoma en el Alcorán.

El Génesis dice:

«22.—Y el proceder de Enoch fué según »Dios: y vivió después de haber engendrado »á Matusalem, trescientos años; y engendró »hijos é hijas.

»23.—Y todos los días de Enoch fueron »trescientos y sesenta y cinco años.

»24.—Y siguió caminando en pos de

»Dios y desapareciόse, porque Dios le tras-
»ladó.»

Mahoma no se contentó con la sobriedad de la Biblia en este pasaje. Quiso adelantar un paso más y atribuyó á Dios las siguientes palabras: (Alcorán Cap. XIX) «57.—Habla »también (se dirije á Mahoma) en el Alcorán, »de Edrís (ó Enoch). Era verídico y profeta. »58.—Le elevamos á un lugar sublime.»

Del cotejo de ambos textos resulta patente que Mahoma tomó de la Biblia la narración relativa á Enoch, la cual intentó mejorar á su manera, ya que no se atreviera á modificarla por completo. La Biblia dice sencillamente que Dios trasladó á Enoch; el Alcorán, huyendo de una imitación servil que hubiera descubierto la trama, no se contenta con el traslado, eleva á Enoch *á un lugar sublime.*

XX

Medina.—Su mezquita.—Sepulcro de Mahoma.—Tumbas de Abubéquer y Omar.—Los hijos del Profeta.—El doctor de Occidente.

LXVIII

Diros he de la Almedina
De nueso Anabí honrado,
Con su hestoria de alegría,
En su meçquida enterrado,
A donde está acompañado
De dos preciosos cuerpos;
Acompañáronlo en vida
Acompáñanlo de muerto.

LXIX

Allí al cabo del destrado,
Dentro de su rejadura,
Abubácri está con él
Y Omar el de la mesura,
Que Alá el de la altura
Se les dió por gran favor
Y al *adín* [1] por resplandor
Fueron de buena ventura.

LXX

A los piedes del Anabí,
Allí está la mejorada
Fátima mujer de Alí,
En gloria soterrada,
Fija esclareficada
Del Anabí singular,
A la cual debemos rogar
Que sea nuesa abogada.

---

1 Religión.

LXXI

Allí en su compañía,
Salvo fuera del rejado,
Más dentro en la meçquida
Muy ricamente enterrado
Aquel cuerpo emperlado
De Málic, nueso doctor,
Acá y en todo el Algarbe
A él tenemos por mayor.

LXXII

A cuanto Ibrahim el inomante
De fuera está enterrado,
El ficho del aoçelente
De nuestro Anabí honrado:
Que Alá se le hubo dado
Más blanco que un armiño;
Aunque murió chico y niño
Fué muy bienaventurado.

El regreso de la peregrinación oficial de Egipto suele hacerse por Medina. Trece días de marcha emplean las caravanas. Por todas partes igual monotonía: extensas llanuras

sin más vegetación que la mísera y triste de algunas yerbas secas y espinosas; valles estrechos encerrados entre colinas áridas; algún oasis verde y fresco, perdido enmedio de pavorosas soledades; de tiempo en tiempo, de distancia en distancia, algún antiguo pozo rodeado de negruzcas y miserables cabañas formadas con ramas de árboles.

Bajo un cielo eternamente azul y despejado, rodeada por fuertes muros que la separan de las arenas del desierto, abrigada al Norte por el monte Ohorad, Medina, la ciudad del Profeta, la segunda capital del Islam, aparece con sus edificios blancos y cuadrados, sus bazares á la moda arábiga, sus habitantes de color moreno muy subido y su famosa mezquita.

«Ciudad resplandeciente» la llaman los musulmanes, siendo éste uno de los veinte y cinco nombres y alabanzas que la tributan.

Ante la puerta denominada Babalgami, extiéndese la anchurosa plaza de Manaca, donde las caravanas hacen alto. Pronto se cubre de tiendas de campaña y comienza la animación y el movimiento.

Al huir Mahoma de la Meca perseguido por los Coraixitas, abrióle sus puertas una población denominada hasta entonces Yatreb; la cual desde tal punto, y á consecuencia de aquel hecho, tomó el nombre de Medina Anabí, ciudad del Profeta.

Quinientos de sus habitantes salieron á recibir á Mahoma, que entró montado en una camella, con la cabeza desnuda protegida por un quitasol; ya que el turbante suelto servía de bandera.

Rival de la Meca por cuestiones comerciales, honró Yatreb al pseudo-profeta y puso á su disposición una casa y un templo.

Desde aquella fecha comienza á contarse la Era Mahometana; esto es, desde el Viernes 16 de Julio del año 622, primer día del mes árabe de Moharram.

En Yatreb ó Medina, convertida desde entonces en centro de la nueva secta, murió Mahoma.

Hubo gran controversia para decidir el lugar de su enterramiento. Querían unos llevarle á la Meca, otros á Jerusalén. Abubéquer decidió la cuestión, asegurando á

todos que Mahoma había dejado dispuesto se le enterrase allí donde muriera. Y esto se hizo: bajo el mismo lecho donde había espirado, fué abierta la hoya.

Y á visitar el sepulcro del fundador del mahometismo es á lo que van á Medina las peregrinaciones.

Álzase enmedio de la ciudad, la gran mezquita que le guarda. Cinco puertas abren su ingreso y cinco minaretes la coronan.

Entran los peregrinos como en el Haram de la Meca, por la Puerta de la Paz. La planta de la mezquita afecta la forma ordinaria, de un gran patio trapezoidal, limitado por grandes galerías cubiertas, las cuales miden una longitud de ochenta metros por ocho de anchura. Doscientas noventa y seis columnas, diferentes unas de otras, sostienen la techumbre de aquellas. Los muros ostentan por todos lados, relieves é inscripciones.

En medio del gran patio, un pequeño cuadro de diez metros de lado señala, según la tradición, el jardín de Fátima, la hija del Profeta.

Junto al ángulo sudeste, se halla el célebre sepulcro; del cual se cuenta entre nosotros la antigua conseja del «zancarrón» sostenido en el aire por grandes y poderosos imanes. No hay para qué decir que es pura broma todo ello. El «zancarrón», si existe, debe estar dentro de la tumba. Y muy próximos á ella los restos de Abubéquer y Omar, de quienes dice la copla: «Acompañáronlo en vida—Acompáñanlo de muerto.» Aquél, sepultado á la altura de las espaldas, éste, á los pies de Mahoma. Todo encerrado dentro de un pequeño edificio, construído con piedras negras, sostenido por dos solas columnas y oculto bajo un gran tapiz de seda verde. Tres aberturas practicadas en los muros de ambos costados, permiten ver las tres tumbas; y á distancia de metro y medio, una hermosa verja de quince metros de longitud rodea toda la construcción, presentando interesantes labores de filigrana enlazadas con inscripciones de bronce dorado.

Correspondiendo á la cabeza del Profeta, hay suspendida una lámpara ó corona de oro, en la cual aparecen engastadas piedras pre-

ciosas de todo género, algunas de las cuales representan valor inestimable.

Cerca de los pies de Mahoma, hállase también el sepulcro de Fátima su hija, mujer que fué de Alí, cuarto califa del Islam, según dijimos.

Sirve de corona á estos sepulcros y aun á toda la mezquita, la gran cúpula que desde larga distancia se divisa; teniendo por remate un globo de bronce, sobre el cual brilla la histórica media luna.

De otro hijo de Mahoma, Ibrahim, se hace mención en la copla LXXII. No sabemos si su enterramiento existe aún dentro de la mezquita, como parece indicar la copla ó, lo que es más probable, si está en el Baqui, ó cementerio situado á la parte oriental, donde se veneran las tumbas de la familia de Mahoma y las de sus principales discípulos.

La historia de Ibrahim, de quien nuestro cándido morisco escribe que «aunque murió chico y niño, fué muy *bienaventurado*», da bien á conocer las cualidades que distinguían al famoso profeta.

En el año séptimo de la hégira, Hátib hijo de Abubaltaah, regresó de Egipto con grandes presentes del rey Macocas [1] para Mahoma. Entre ellos, traía una bellísima esclava copta llamada María, de la cual se enamoró pérdidamente el severo fundador de la nueva religión, teniendo al poco tiempo de ella un niño llamado Ibrahim, que dicen murió á los 10 meses y 8 días. Fué Ibrahim el último vástago de Mahoma.

Los demás hijos, enterrados también en Medina, tuvieron por madre á Jadicha. Fué el mayor Alcácim. Rocaya y Umcoltum, que nacieron tras él, después de casadas y repudiadas, volvieron á casarse una tras otra con Otmán, que fué tercer califa. Otra hija, Zeyneb, casó con Abulasi; naciendo de este matrimonio Omama que después de Fátima fué también mujer de Alí. El cuarto de los hijos de Mahoma fué Abdala *atáib* y *atáher* (el bueno y el puro). Después de todos éstos, nació Fátima.

Fuera de la verja se hallan asimismo los

---

1 Maçoudi.—Les Prairies d' Or.

restos del famoso doctor Abuabdala Málic, de quien ya se habló, fundador de la escuela tradicionalista musulmana. Sus doctrinas eran especialmente seguidas por los moros españoles y marroquíes. «Acá», dice Puey Monçón, refiriéndose á su propia patria, «y en todo el Algarbe» (esto es, en todo el Occidente), «á él tenemos por mayor». Procedía Málic, según dijimos, de Medina.

XXI

La luz del Anabí.—Imposturas y sacrilegios.—Miserias femeniles.—Sensualismo sin freno.—La esfinge mahomética.

LXXIII

Deciros he más que ví,
Cosa de tanto consuelo;
Ví la luz del Anabí
Que subía fasta el çielo.
Allí todos sin recelo
Dando voces de alabanza,
Demandando perdonanza
Para el día del gran duelo.

LXXIV

Muchos lugares santos,
Vesitamos y de *albáraca* [1]
En el Almedina y en Maca
Por montes y collados,
A donde en tiempos pasados
Se mostró mucha maravilla
De consuelo, sin mancilla
Esto así lo fallamos.

Parecía que ya no podía quedarle nada más que ver á nuestro alhichante, cuando extrema sus entusiasmos hasta decir que vió... «la luz del Anabí que subía fasta el çielo». Y no era esto poco ver tratándose de un hombre como Mahoma, entre cuyas hazañas, cuéntase toda clase de horrores é imposturas. Esta «luz del Anabí», puramente metafórica, es en la imaginación de nuestro fanático peregrino, otro vuelo semejante al «gran resplandor» de que dijo estaban lle-

1 Bendición.

nos los anabíes ó profetas enterrados en el camino del desierto.

Nadie puede librar de la afrenta de impostor á Mahoma, que hacía hablar á Dios para adquirir autoridad, y forjar leyes impuestas á los demás. Así el verso 30 del capítulo XXIV del Alcorán, por ejemplo, dice: «Mandamiento á los creyentes de bajar »sus miradas y guardar continencia. Así se»rán más puros». Y en efecto, Mahoma que, en otro capítulo, permite hasta cuatro mujeres á los musulmanes, se casa sucesivamente con quince, después de Jadicha que le hizo rico. Tuvo además once concubinas.

Condena el adulterio en varios pasajes del Corán; amenaza con grandes castigos á los adúlteros; más en cuanto se trata de su persona, ya es otra cosa: «Oh Profeta», dice el cap. XXXIII, v. 49, «á tí te es permitido »tomar las mujeres que hayas dotado, las »cautivas que Dios haga caer en tus manos, »las hijas de tus tíos y tías carnales que hu»yeron contigo, y toda mujer fiel que haya »entregado su alma al Profeta, si el Profeta »quiere tomarla. Es una prerogativa que te

»concedemos sobre todos los demás creyen-»tes.» «51—Tu podrás dar esperanza á la que »quieras, recibir á las que te gusten, y vol-»verlas á tomar, aún después de haberlas »repudiado.»

No pueden leerse ciertos pasajes del famoso libro de los musulmanes, sin que la vergüenza sonroje el rostro, al observar el impúdico cinismo con que semejante hombre hacía á Dios juguete de sus pasiones, pretendiendo transformar en religión, los más repugnantes vicios; en moral, la más degradante sensualidad.

Cuéntase que, enamorado de la esclava copta María, de quien ya se hizo mención, dedicóse por completo á ella. Pero Hafsa, hija de Omar, otra de las mujeres de Mahoma, sorprendióle junto á ella, en ocasión y tiempo á que se consideraba con derecho. Los celos de Hafsa y sus recriminaciones contra el impúdico marido fueron terribles. Quiso éste calmarla, y *juró* solemnemente que rompería para siempre con la esclava. Mas la irascible Hafsa había descubierto ya el secreto á Aixa (mujer también de

Mahoma), la cual fué á contarlo á Abubéquer su padre. Y toda esta revolución mujeril fué á parar al Corán, ¡al libro divino de los musulmanes!, transformada en un capítulo cuyo segundo verso permitía á Mahoma faltar á sus propios juramentos [1], así como los versos tercero, cuarto y quinto resolvíanse en amenazas de repudiar á Hafsa y Aixa. Con el segundo, se desligaba del compromiso de abandonar la Copta de quien gustaba en extremo, y á la que al fin tomó por mujer; con los demás versos, pretendió contener á las dos irritadas hembras, no pudiéndolo conseguir hasta que hizo callar á Aixa, ofreciéndola que su padre entraría en el califato antes que nadie, y hasta que por otro lado repudió á Hafsa, y se mantuvo por espacio de un mes lejos de sus mujeres, para entregarse á otros amores [2].

¡Espanta considerar en qué extremos de abyección y de estupidez puede verse un

---

1 Oh Profeta, Dios te ha permitido faltar á tus juramentos, él es tu dueño. El es el sabio. (Capítulo LXVI. v. 2.)

2 Cesar Cantú.

pueblo, cuando se deja precipitar por los caminos del error! ¡Y hasta qué altura puede llegar la tiránica perversidad de un hombre arrastrado por la soberbia y por los deleites de la carne! [1].

---

1 Otro caso de miserias femeniles transportadas con toda seriedad á los capítulos del Alcorán, es el referente á la célebre aventura de Aixa y de un oficial islamita.

Corría el año VI de la hégira, cuando Mahoma emprendió la expedición contra la tribu de Mostalec. Al regreso y no lejos ya de Medina, una noche, al levantar el campamento para continuar la marcha, Aixa bajó de su camello y desapareció. Sus servidores, creyéndola ya subida á su asiento, cogieron las riendas del camello y la caravana siguió su camino.

¿Qué pasó á Aixa entre tanto? Ella contó después que al verse abandonada, se tendió en tierra, esperando fueran á buscarla, y que por fin se quedó profundamente dormida.

Poco tiempo estuvo así; un joven llamado Safuán hijo de Elmoatal, pasó por aquel lugar, vió un bulto en el suelo, acercóse y reconoció que era una mujer. La despertó y la ofreció su camello, con el cual pudo Aixa reunirse con los suyos á la mañana siguiente.

No hay que decir si la llegada de Safuán y de Aixa despertaría entre los musulmanes recelos, sospechas y murmuraciones. Tanto ruido metió la cosa que el mismo Profeta estuvo grandemente perplejo, y sólo al cabo de un mes, fué cuando se atrevió á decir que

Bien podemos decir que el fundador del Islamismo no fué un creyente, fué un impostor. Por lo cual su religión no pasó de un naturalismo más ó menos grosero. Varios golpes afortunados, cimitarra en mano; gran dosis de sensualidad para cebo de aquellas naturalezas ardientes; unas cuantas tradiciones bíblicas y judaicas más ó menos ajustadas á la verdad, algún recuerdo de las verdades que el cristianismo había difundido por el mundo antiguo; una dosis increible de audacia para imponerse y subyugar al

---

por revelación divina conocía la verdad del suceso: ¡Aixa había sido calumniada!

La revelación de su inocencia pasó á formar el capítulo XXIV del Alcorán cuya aleya 13, dice así: «¿Por que los calumniadores no han presentado cuatro testigos? No habiéndolos presentado, son embusteros ante Dios.» El razonamiento no dejaba de tener peso.

Hay que advertir que entre la edad de Mahoma y la de Aixa mediaba una diferencia de cuarenta y tres años. Quedó viuda á los veinte. Odiaba grandemente á Alí que fué quien descubrió á Mahoma la aventura del oficial. Lo cierto es que llegó un tiempo en que se vió á Aixa montada en un camello, á la cabeza de 30.000 hombres, librar sangrienta batalla contra aquel califa.

vulgo: tales fueron los elementos que utilizó Mahoma para fundar y propagar su fe [1].

Por efecto sin duda de los conocimientos que había adquirido durante sus viajes, comprendió la deplorable situación moral en que los árabes se encontraban, y se creyó con fuerzas para cambiarla. Espíritu inquieto y soñador como él era, dícese que andaba á menudo errante por los contornos de la Meca, pensando que Dios había de hablarle desde el seno de una montaña. Tal idea era para él una verdadera obsesión, desde que familiarizado durante sus viajes con los cristianos y los judíos, había oído contar la historia de Moisés y cómo Dios le había hablado en la montaña del Sinaí. Mahoma pretendió ser otro Moisés; y exaltada aquella imaginación por semejante idea, pronto corrió sin freno por el camino de la perdición. Sertorio sugestionaba á los españoles teniéndolos pen-

1 Dícese que de niño estuvo ya sujeto á una enfermedad atribuída á influjo del demonio. Es indudable que Mahoma fué epiléptico; mas la influencia directa del espíritu de las tinieblas, es acaso la única explicación que puede tener el establecimiento y propagación del Islamismo.

dientes de las muecas de la famosa cierva que le hablaba al oído; Mahoma subió más alto, dijo que era el mismo Alá quien le hablaba por medio del ángel Gabriel.

Tenía la costumbre de retirarse durante el mes de Ramadán [1] á los montes de Hira, próximos á la Meca. Una noche, Jadicha no hallándole á su lado, envió sirvientes que le buscaran. Fué entonces cuando Mahoma apareció, por vez primera, haciendo intervenir á la Divinidad en sus proyectos. «Dormía yo profundamente,» dijo á su mujer, «cuandoen »sueños apareciósemе un ángel que llevaba

---

1 Como varias veces han sido citados, en el curso de esta obra, nombres de meses árabes, se ponen todos á continuación: *Moharram* llamado así por estar durante él prohibidas la guerra y el botín; *Safar* ó de las ferias que se tenían en el Yemen; *Rebia* primero y *Rebia* segundo en que los árabes llevaban sus rebaños á los pastos, *Chumada primero* y *Chumada segundo* tomaban su nombre de la conjelación del agua; *Recheb* nombre que significa «temor»; *Xabán* mes en que los árabes se dispersaban en busca de cisternas; *Ramadán* que debe su nombre al calor ardiente que brotaba del suelo, durante él; *Xaval* así llamado por alusión á la época del apareamiento de los camellos; *Dulcada* ó reposo de la guerra y del pillaje; *Dulhicha*, mes de la peregrinación. (Almaçudí, tomo III, capítulo LIX.)

»en la mano una gran tela de seda cubierta »de letras, y presentómela diciendo: lee.»

Burda imitación de Moisés. Éste recibe las tablas que contienen los Mandamientos de la Ley de Dios; Mahoma vé un trozo de tela con caracteres; pero nótese bien: lo vé durante el sueño.

Porque á pesar de las pretensiones de los mahometanos que, en su exaltación religiosa, atribuyeron milagros á Mahoma, milagros como aquel famosísimo de haber partido la luna en dos pedazos, es lo cierto que el mismo Profeta declara honradamente que á él «no le ha sido dado hacer milagros.»

En cambio, cometió crueldades inauditas como la de enterrar vivos á setecientos judíos, después de una de las batallas que libró contra ellos. Y eso sí, no dejó de reservarse para su propio uso, los bienes que poseían y, por supuesto, la más hermosa de sus cautivas.

Porque este severo reformador de las costumbres del pueblo árabe, confesaba que nada en el mundo le deleitaba como las mujeres y los perfumes; siendo tales sus aficio-

nes sensuales que tenía la costumbre de teñirse de negro los cabellos, de rojo las uñas; usaba cosmético para las cejas y no dejaba de mirarse en un espejo, para arreglar su turbante con la mayor coquetería.

Cambiaba de mujer, ó mejor dicho, tomaba mujer nueva todos los años. Veinte y seis tenía, cuando contrajo sus primeras nupcias con Jadicha, viuda de cuarenta y rica. Murió Jadicha tres años después de la primera *revelación*, y Mahoma se casó con Savadá. Al segundo año de la hégira, consumó su matrimonio con Aixa, niña de nueve años. En el curso del año tercero se casó con Zeyneb hija de Jozaima y luego con Hafsa: á dos por año. Contrajo en el IV con Umçalema; en el V con Zeyneb hija de Chahx; tomó en el VI á Umhabiba hija de Abusofián; y pocos meses después á Chovairía. En el año VII, la brutal sensualidad del Profeta no tiene ya límites: se casa con Maimuna hija de Elhárit, y toma casi á la vez á la esclava Safia, hija de Hoyay, y á María la Copta, de quien queda pérdidamente enamorado á los sesenta años. Y dos después muere

Mahoma, sin abandonar su comercio carnal mientras le queda un soplo de aliento.

¿Quién encontrará extraño, después de tales antecedentes, que toda la gloria prometida por Mahoma á sus secuaces quede reducida á jardines deliciosos, corrientes de agua, frutos exquisitos y mujeres exentas de fealdad y de mancha? [1]

Todos los sueños del Profeta, todas sus ideas de beatitud y de gloria, quedan encerradas en el círculo pobre y mezquino de una voluptuosidad y de una lascivia eternas.

Con tales elementos, la civilización muslímica debía dar por resultado el embrutecimiento de los pueblos; la paralización del movimiento y de la vida.

Y así es como hoy las naciones musulmanas, no tienen mejor emblema de su inmovilidad y aun de su aniquilamiento, que aquel de la esfinge de Tebas; en torno de la cual vuelan al impulso del viento, los detritus del Nilo y las arenas del desierto. Y se amontonan siglo tras siglo, y elevan y ele-

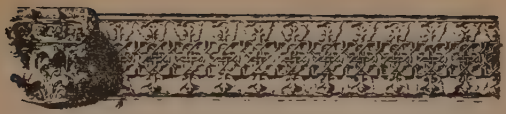
---

1 Alcorán. cap. II. v. 23.

van el terreno; la esfinge húndese más y más cada vez en el fango y en la podredumbre...

Y á esto viene á reducirse, en último término, aquella «luz del Anabí que subía fasta el Çielo» según la expresión de nuestro infeliz compatriota.

Y sin detenernos en los demás «lugares santos» que aun visitó, pero que no menciona, según la copla LXXIV, sigámosle en su excursión y en su regreso al seno de su familia y de su patria.



XXII

Regreso de la Alhiche.—Acaba.—Jerusalén.—La gran mezquita de Omar.—El santuario de Açajra.—Prodigios y maravillas.

LXXV

Cuando partí caminero
De la tierra de bendición
Quebrantóse mi coraçón,
Sábelo Alá el verdadero;
Partiendo del Mensajero [1]
Recreçentó mi fortuna,
Que muero y vivo á una
D' este dolor lastimero.

1 «Mahoma es el enviado ó mensajero de Alá», dice la profesion de fe muslímica.

LXXVI

Pesóme no ir ad Alcodos [1]
Digo á la Casa Santa,
Casa que toda es luz
Y bendición y graçia tanta
Que todo el mundo amanta,
Tanta es su perfición,
La cual moros y cristianos
Van á ella por gran perdón.

Tomó la gran caravana, á su regreso, la dirección del Cairo, por Hichr, Tebuc y Acaba, ruta ordinaria de las peregrinaciones del Egipto.

Es Acaba población situada al extremo del antiguo golfo Elanítico, por el cual surcaron las flotas de Salomón en busca del oro de Ofir. Se la cree fundada sobre las ruinas de Elat que dió su nombre á aquel extenso brazo del mar Rojo.

Algunas pobres cabañas, respirando indigencia y suciedad y albergando á unos

[1] Jerusalén.

cuatrocientos habitantes, labradores y pescadores, constituyen el lugar de Acaba. Es su situación muy pintoresca; abrigada y segura la bahía; altas las montañas que sirven de marco á aquel extenso cuadro.

Júntanse en Acaba las caravanas de Egipto y las procedentes de Siria y de Arabia; y allí renuevan su provisión de agua, por ser varios y excelentes los manantiales que hacen de aquel territorio, delicioso oasis. En cambio los riscos y las breñas, que forman la ribera del golfo, son guarida ordinaria de rapaces beduinos, que no vacilan en atacar las caravanas, en cuanto se juzgan ellos los más fuertes. Y á este propósito, se recordará cómo el Sultán de Egipto había previsto el caso, dando á la «alhiche» poderosa escolta de caballería y artillería.

Hállase Acaba á pocas jornadas de Jerusalén, el «Alcodos» ó Ciudad Purificada, de los musulmanes. Y de aquí procede la pesadumbre que siente Puey Monçón por no haberse llegado á visitar aquella Casa Santa; cuya perfección, dice, es tan grande que se

lleva el amor de todo el mundo, así de los cristianos como de los muslimes.

Por oposición al Haram de la Meca, llaman los mahometanos Haram también, Haram Xerif, á la célebre mezquita de Omar, existente en Jerusalén, á la cual atribuyen extraordinarias prerogativas.

Era el año 637, cuando después de cuatro meses de asedio, el califa Omar se apoderó de la capital de la Judea. Encerraba entonces la plaza unos cincuenta mil habitantes.

Quiso el Califa que inmediatamente le acompañaran al recinto del antiguo templo, y le mostraran la piedra en que Jacob descansó la cabeza durante el milagroso sueño; piedra que en cierta época había formado la cumbre del monte Moria; piedra jamás herida por el hierro; de la cual unos decían que había servido de base, en el templo de Salomón, al altar de los holocaustos, otros, al *Sancta Sanctorum*. Era tenida por el centro del mundo; creíase que ocultaba un abismo sin fondo, del cual se oía á través de ella, pavoroso rumor de embravecidas aguas.

Admitiendo y amplificando las tradiciones hebreas é inventando otras nuevas, la arábiga fantasía que tal predilección tiene siempre por adorar las piedras, creía que la del Moria se hallaba suspendida en el aire, por efecto de constante prodigio; que llevaba escrito en caracteres indelebles el nombre incomunicable de Dios; que era una de las piedras del Paraiso Terrenal; que orando ante ella, quedaba el creyente puro y limpio como el día en que lo parió su madre, y que precisamente de aquella piedra habia partido Mahoma, cuando verificó su famosísimo viaje á través de los siete cielos.

Del cual, á pesar de cuanto atrás se dijo, explícanse allí los más graciosos pormenores: el turbante de Mahoma quedó impreso en la roca, al apoyar la frente para orar; en la peña, existe aún el agujero que hizo el cuerpo del Profeta, al remontarse, atravesándola; el mismo peñasco, para no separarse de él, quiso seguirle por los aires y gracias á Gabriel que le contuvo; pues de lo contrario, el mundo se hubiera visto privado de tan maravillosa reliquia. Por supuesto, que la mano de Ga-

briel quedó también grabada en ella y así mismo el pié de Mahoma. Sólo faltan las huellas que dejara el «hipógrifo violento», ó sea el famoso Alborac montado por aquél; más no faltan del todo, porque dos de sus sillas de montar pónense de manifiesto ante los «creyentes»; dos de sus sillas... que no son sino fragmentos de vetusta cornisa, á los cuales se ha dado forma curva. [1]

Ante aquella piedra se detuvo Omar, limpióla con su manto y dispuso la construcción de un templo que, sin embargo, no fué levantado hasta el año 72 de la hégira, en que Abdelmélic hijo de Merván regía el califado. Fueron consagradas á la gran fábrica, durante cuatro años, todas las rentas del Egipto, siendo el propósito de Abdelmélic, según dicen varios autores árabes, fundar en Jerusalén un santuario que compitiera con la Caaba, á fin de quitar recursos á Abdala hijo de Zobeir que, rival de Abdelmélic, se había hecho proclamar califa en Medina y en Meca.

---

1 Víctor Gebhardt.—La Tierra Santa. t. I. pág. 445.

Tal es la historia de la célebre mezquita de Omar, llamada también de Açajra ó de la Piedra. Encierra su recinto diversos edificios; entre los que descuella por sus vastas proporciones la Coba Açajra ó Cúpula de la piedra, especie de Caaba, donde, con el mayor cuidado, se conserva la famosa rival de la «piedra negra» de la Meca.

También el pozo de Zemzem tiene aquí su competidor en el Bir Alaruah, donde se oye el murmullo de agua de que antes hablamos. Cúbrele una losa de mármol y creen los musulmanes, con la mayor formalidad, que de allí brotan los tres grandes ríos del Oriente: el Tigris, el Eufrates y... el Nilo! [1] Hállase el pozo en la cripta del edificio. El piso superior conserva en el centro de una hermosa rotonda ó cúpula que da nombre al monumento, la famosa roca, la cual se levanta como á la altura de un metro y se extiende hasta 18×14. Un pabellón de seda roja y verde—regalo del Señor á nuestra madre Eva [2]—sirve

1 Víctor Gebhardt.—La Tierra Santa.

2 Sin duda en premio de haberse comido la fatal manzana.

de dosel allí al peñasco, el cual no fué en otro tiempo sino el piso de una era de trillar. La cripta no es sino la cisterna que apagó la sed de los trabajadores: el agujero que abrió el cuerpo de Mahoma, al remontarse al cielo, no es sino la boca de la misma cisterna: nuevos *infundios* alzados sobre el hecho fantástico del viaje de Mahoma á los siete cielos.

Guarda además la Coba Açajra el estandarte del Profeta arrollado al asta, la bandera de Omar desplegada, el Alcorán que usó este califa, un escudo que perteneció á su compañero Hamza y el sable de Alí.

Dentro del recinto del Haram, hay otro santuario llamado Aljama Alacsa, donde adoran los musulmanes otra piedra qne dicen guarda la huella de uno de los pies de Jesucristo nuestro redentor. Y no son los edificios ya descritos, los únicos que se encierran en el Haram. Allí está la Coba Açilçila (cúpula de la cadena) unida al cielo por cadena invisible desde los tiempos de Salomón; el Mahcama Daud (tribunal de David) donde este rey administró justicia; la Coba

Almirach (cúpula de la ascensión) consagrada al nocturno viaje de Mahoma; la Coba Asalua dedicada á las Tablas de la Ley; la Coba Chibril consagrada al arcángel Gabriel; la Coba Aljádir dedicada á San Jorge, [1] y otros edificios que, aun sin contar con la tribuna destinada á la oración de los viernes y la hermosa fuente construída en 1445 por el sultán Málic Aláxraf, hacen del Haram de Jerusalén una ciudad separada, con su administración especial y sus jeques y xerifes que suelen ser personajes de importancia.

Todo esto hubiera podido admirar nuestro morisco de haberse decidido á visitar á Alcodos. Y si gran pesadumbre fué para él, gran pérdida es hoy para nosotros que no llegara á ver las grandes maravillas, en el Haram de Jerusalén, amontonadas.

Él que se entusiasmaba viendo la muela de Fátima; que veía llenos de resplandor á los santones enterrados en los caminos del desierto; que vió «subir fasta el çielo la luz del Anabí»; ¿qué hubiera dicho, cuáles hubieran

1 Cuentan los musulmanes entre sus santos á S. Juan Bautista, S. Jorge. los Siete Durmientes etc.

sido los transportes de su fantasía, al admirar las dos celebérrimas sillas de Alborac, el peñón que, sin el oportuno auxilio de Chibril, se hubiera marchado tras Mahoma dando volteretas por los aires, y el agujero abierto en él por el cuerpo del Profeta, mientras... dormía profundamente en Medina en brazos de su amada Aixa?

XXIII

El Juicio Final y el valle de Josafat.—Dogmas cristianos y creencias muslímicas.—Cincuenta mil años sudando.—El puente de Açirat.

LXXVII

Y más que allí está el val [1]
A donde, según leemos,
Qu' allí todos con gran mal
Juntamente nos veremos;
Donde todos lloraremos
Nuestras faltas y errores,
Los que Alá no serviremos,
¿Qué haremos pecadores?

---

1 El valle de Josafat.

LXXVIII

Allí hombres y mujeres
Todos seremos juntados,
De las obras que haremos
Muy bien seremos pagados,
No nadi [1] perjudicados;
Sino por justa razón
Según haremos las obras
Así habremos el gualardón.

«¡Oh hombres!» dice en su cap. XXVII el Alcorán, «temed al Señor, porque el te»rremoto de la hora del juicio final será te»rrible.» «Cuando la trompeta suene, ya no »habrá lazos de amistad ni de parentesco.» [2] «La nodriza dejará caer al niño que ama»mante; toda mujer embarazada abortará; »los hombres irán como ébrios y locos.» [3] «Llegará un día en que la tierra será pro-

1 Nadie.
2 Alcorán: cap. XXIII, v. 103.
3 Alcorán: cap. XXII, v. 2.

»fundamente agitada; las montañas, hechas »polvo, serán juguete de los vientos.» [1]

Estos y otros pensamientos del Alcorán demuestran que los dogmas cristianos de la resurrección de la carne y del juicio final, han sido constantemente admitidos por los musulmanes; como ha sido constante asimismo entre ellos la afirmación de que el lugar, donde ha de celebrarse el terrible juicio, será el Valle de Josafat.

Corre inmediato á la ciudad de Jerusalén, el torrente Cedrón que forma el fondo del antiguo valle de Savé ó del Rey, donde tuvo lugar la entrevista de Melquisedec y Abraham; y que tomó después el nombre de Valle de Josafat, por haber sido enterrado allí el rey así nombrado. Cementerio de Jerusalén ha sido siempre dicho valle. En él se encuentran monumentos de todos los siglos; do quier se ve cubierto el suelo de losas sepulcrales, antiguas y modernas, bajo las que descansan los judíos que desde Europa, Asia

---

1 Alcorán: cap. XXIII, v. 14.

y África han afluído siempre á Jerusalén, para dormir en aquel lugar el sueño eterno y confundir sus cenizas con las de sus antepasados. A peso de oro adquieren unos palmos de tierra que les sirva de lecho en el campo de sus mayores.

También los mahometanos eligieron este valle como lugar de sepultura. Ocupan la parte opuesta á los judíos; y tuvieron especial cuidado en ocupar la derecha, para estar más seguros en ella, el día de la cuenta.

Desolado aspecto es el que ofrece el Valle de Josafat; no hay lugar en la tierra que evoque más solemnes pensamientos. Ni un solo objeto animado distrae allí la atención del viajero que llega ansioso de meditar en aquella triste soledad. Una ciudad amortajada en sus infortunios, un torrente sin agua, por todos lados fúnebres monumentos, peladas rocas, algunos árboles sin hojas, áridos montes, sepulturas rotas y abiertas, la memoria de los mártires y de los profetas, la agonía del Hijo de Dios y su venida al fin de los siglos para juzgar á los hombres; tal es el espectáculo y tales son las ideas que

llenan el alma de emoción y espanto, al visitar el Valle de Josafat.

Alta y escarpada colina de terreno gredoso y ceniciento forma la vertiente occidental, sosteniendo las góticas murallas, por encima de las cuales asoma la ciudad deicida. Por la parte de oriente sirven de ladera, el monte de los Olivos y el del Escándalo; y una y otra montaña, que se tocan, son áridas y de rojizo y sombrío color. Si alguna vegetación existe, la constituyen algunas matas de hisopo, vides negras quemadas por el sol, y acá y acullá grupos de silvestres olivos que prestan ligera sombra á capillas, oratorios y arruinadas mezquitas.

En último término, allá en el fondo del valle, descúbrese el único arco de un puente que atraviesa el Cedrón, las fúnebres lápidas del cementerio judío y por fin, la arábiga aldea de Siloán.

Tal es el aspecto que presenta el famoso valle donde, según la frase de Puey Monçón, «todos lloraremos nuestras faltas y errores», en lo cual como en lo de juntarse allí todos los mortales, «hombres y mujeres», andan

en completo acuerdo los dogmas cristianos con las creencias musulmanas.

Mas en todo lo relativo al desenvolvimiento y á la acción del drama, sepáranse ya por completo entrambas religiones: el espectáculo se presenta en condiciones completamente distintas.

La tradición arábiga asegura, con toda formalidad que en el día novísimo, la Caaba se trasladará por los aires y sentará sus reales en la mezquita de Jerusalén; allí resonará la fatídica trompeta y, en la acrópolis de Omar, sobre la maravillosa piedra de Açajra, alzaráse el trono del Eterno.

«Entonces Dios reanimará las cenizas de los sepulcros;» dice el Alcorán [1]; aquel que formó al hombre, le hará aparecer ante su tribunal [2]; todos los hombres se juntarán [3]; ningún mortal podrá ocultarse á las miradas del Señor [4].

---

1 Alcorán: XXII, 5—7.
2 Id. X, 4.
3 Id. XVIII, 99.
4 Id. LXIX, 18.

«Todos estarán ante Él humildemente »prosternados [1]. El juicio no durará más que »un abrir y cerrar de ojos, tal vez sea más rá- »pido aún, porque el poder de Dios no tiene »límites [2]. Dios dirá á los idólatras: ¿Dónde »están aquellos dioses que vosotros preten- »díais igualar al Eterno [3]. En aquel día, dice »el Señor, haremos levantar un profeta del »seno de cada pueblo, para que atestigüe »contra él [4]. Dios separará los buenos de los »malos [5]. Pronunciada la sentencia, Satanás »dirá á los condenados: las promesas de Dios »eran verdaderas, las mías engañosas. Yo no »os obligué á creerlas; os solicité y me res- »pondistéis; no os quejéis de mí, la culpa es »vuestra; ahora, yo no puedo socorreros, ni »recibir socorro de vosotros [6]. Los justos for- »marán cortejo al Misericordioso. Los malos »caerán en el infierno [7].»

---

1 Alcorán: XXVII, 89.
2 Id. XVI. 79.
3 Id. XXVIII, 62, 44.
4 Id. XVI, 91.
5 Id. XIII, 38.
6 Id. XIV, 27, 28.
7 Id. XIX, 87, 88.

Constante en su ordinaria vaguedad, no da el libro de los musulmanes mayores explicaciones. Aquel consolador llamamiento de Jesucristo: «Venid, benditos de mi Padre...» en que de tal manera resplandece la misericordia infinita de Dios, no existe en el juicio musulmán; como tampoco existe el terrible «Discédite á me, maledicti...» en que la soberana justicia brilla por modo tan sublime.

Claramente, sin embargo, se ve que Mahoma tomó del cristianismo los dogmas de la resurrección y del juicio final, y no atreviéndose á vestirlos con ropaje propio, los dejó tan oscuros como le fué posible; pero aun así completamente desfigurados. Por eso la tradición vino después á completarlos, y como era de esperar, los llenó de un cúmulo de ridiculeces y de absurdos.

El Catecismo Sunita de Mohámad ben Pir Alí Alberqueví [1] recoge dicha tradición, que hoy se exije á todo musulmán como fundamento de su fe.

---

1 Garcín de Tassy. L' Islamisme.

«Todo muslim», dice Alberqueví, «deberá »confesar que todo cuanto anunció Mahoma »relativo á las señales del último día, es cosa »cierta y seguramente ha de suceder: la apa»rición del Dejal (Antecristo), la bajada del »cielo de Jesús (la paz sea con él) que le hará »morir; la aparición de Mahdí [1] de la familia »del Profeta; la aparición de Gog y Magog [2] »y de la bestia de la tierra [3]; la salida del sol por occidente.»

Todo musulmán está obligado á creer «que todos los vivientes morirán, que las »montañas volarán por los aires como los »pájaros, que los cielos se desharán y caerán. »Pasado así algún tiempo, Dios pondrá de »nuevo en orden las cosas del mundo y re»sucitará á los muertos. Los hombres enton»ces, se levantarán completamente desnu-

---

1 Duodécimo y último imam de la raza de Alí. Creen los Sunitas que vive todavía y vendrá al fin de los tiempos, para llamar los pueblos al islamismo.

2 Pueblos septentrionales.

3 Llevará en su mano la vara de Moisés y el sello de Salomón para señalar á los creyentes y á los infieles.

»dos [1]. Los profetas, los santos, los doctores »y las gentes de bien tendrán á su alcance »vestidos y caballos del Paraíso y, montados »en ellos, irán á sentarse á la sombra del »trono del Todopoderoso. Los demás hombres »á pié, hambrientos, sedientos y desnudos, »se reunirán, apretándose unos contra otros. »El sol se colocará entonces á una milla de »distancia de sus cabezas, de manera que »según la culpabilidad de cada uno, será »presa de un sudor extraordinario. El sudor »llegará á unos hasta el tobillo, á otros hasta »la rodilla, á estos hasta la boca, á aquellos »hasta encima de la cabeza. Y se verán obli- »gados á sudar durante cincuenta mil años...

»Pasados los cuales, recibirá cada indivi- »duo un libro en que habrán escrito sus ac- »ciones los ángeles. Y entonces Alá, en perso- »na, interrogará á todos los hombres; vengará »sobre el opresor los derechos del oprimido;

1 Cuéntase que Aixa no encontraba decente esto de aparecer desnudos todos los humanos; hizo á Mahoma la observaciòn consiguiente y el Profeta contestó que los sucesos de aquel día serian tan graves, que no permitirían á los hombres y las mujeres mirarse unos á otros.

»si aquel hubiera hecho buenas obras, Dios »se las adjudicará á éste; si no las hubiera »hecho, le cargará en cuenta las faltas de »aquel á quien oprimió.»

Continúa el catecismo: «Todo musulmán »deberá creer que aparecerán unas balanzas »para pesar las acciones de los hombres. »Aquellos cuyas acciones buenas pesen más »que las malas, irán al paraíso; los otros al »infierno, á no ser que Dios les perdone ó »que los profetas, santos y doctores interce- »dan por ellos. Esta intercesión sólo puede »tener lugar respecto á los que hayan muer- »to en la fe musulmana. Todo aquel que haya »muerto con un átomo de fe, saldrá *necesa- »riamente* del infierno y entrará en el paraíso.

»Todo musulmán debe creer que por en- »cima del infierno hay un puente, el puente »de Açirat, más estrecho que el filo de una »espada. Por él han de pasar todos los hom- »bres. Unos lo atravesarán con la velocidad »del rayo; otros con la de un caballo esca- »pado; otros al paso; otros arrastrándose »cargados con el peso de sus pecados, otros, »por fin, al pasarlo, caerán en el infierno.»

Todo musulmán está obligado á creer: «que el paraíso y el infierno son lugares de »existencia actual, real y cierta. Que los ele- »gidos entrarán en el paraíso para no salir »jamás de él. Que allí no morirán, no envejе- »cerán, no tendrán enfermedad alguna, esta- »rán libres de las necesidades de la vida, que »sus vestidos permanecerán siempre en buen »estado. Que las huríes y mujeres estarán »exentas de las enfermedades propias del »sexo, que no tendrán hijos. Que tendrán, »los elegidos, cuantos manjares y bebidas »quieran, sin más que alargar la mano y to- »marlos; que la tierra del paraiso será de »almizcle y los ladrillos de los edificios se- »rán alternativamente, uno de plata, otro »de oro.

»Los infieles y los demonios, una vez »dentro del infierno, no saldrán ya de él; y »serán atormentados por enormes serpientes, »tan gruesas como el cuello de los camellos; »por escorpiones del tamaño de mulos con »jaez; y por el fuego; y por el agua hirviendo. »Así los cuerpos arderán y una vez reducidos »á carbón, Dios los vivificará de nuevo y les

»hará crecer nueva piel, para hacerles sufrir »nuevos tormentos. Sus torturas no acaba»rán nunca; ellos no morirán jamás.»

Como se ve, el infierno de los mahometanos no es tal infierno; el hombre más rebelde y malvado saldrá *necesariamente* de él como haya muerto con un átomo de fe muslímica. Y si esto es así, la justicia de Dios no existe, ya que la malicia de un hombre podría, en semejante caso, prevalecer contra ella; no existe, ya que se admiten recomendaciones de profetas y doctores que pueden llevar al paraíso á cualquier malvado, con tal que sea musulmán; no existe, puesto que no hay equidad entre la suerte reservada á los muslimes y la que aguarda á los demás mortales. Para éstos es en realidad el infierno; para aquéllos, no hay sino un purgatorio más ó menos *ilustrado*.

Y así el dios de Mahoma no es justo, y por lo tanto no es Dios, ni es Alá ni cosa que se le parezca: última consecuencia á que nos traen las doctrinas, en fin de cuenta eminentemente materialistas, del Islam.

Y aquí entra nuestro morisco á mejorarlas.

Por efecto sin duda del medio cristiano en que de ordinario vivía, el poema de Puey Monçón encierra una tendencia cristiana hacia la que, ya antes, llamamos la atención. Tal fenómeno vimos también que no es un hecho aislado, es consecuencia natural del predominio de los cristianos en la Península Española; predominio que daba ocasión á que la verdad se abriera paso aun entre los corazones mahometanos, rebeldes siempre á ella á causa de la envoltura de materia y de sensualidad que los ciega y entenebrece.

Así es como Puey Monçón asegura en su estilo sencillo, pero ingenuo, que

«según haremos lás obras
así habremos el gualardón.»

Con lo cual afirma la justificación por medio de las obras, dando margen á las estrofas LXXVII y LXXVIII motivo del presente capítulo. Una y otra dejan ver de qué manera el mahometismo de nuestros moriscos iba fundiéndose, al fuego irresistible de la ortodoxia hispano cristiana.

«Los que Alá no serviremos
¿Qué haremos pecadores?»

Esto es, ¿qué harán en aquel día terrible los que no hayan servido á Dios? ¿qué será de ellos?

«Según haremos las obras,
Así habremos el gualardón.»

No hubiera hablado mejor un poeta cristiano.

XXIV

La península sinaítica.—Sálih el anabí.—La montaña del Sinaí.—La ciudad de Farán.—El valle de la escritura.—El desierto de Ethan.—Fin de la peregrinación.

LXXIX

Mas fué al pie de la montaña
Nombrada Toriciné [1]
Que me pesó en las entrañas
Porque arriba no puyé: [2]
Allí donde Muçé [3]
Con Alá tuvo razón;
Si en estas dexar pequé,
Por ello ad Alá pido perdón.

1 El Sinaí.
2 Del catalán «puyar» qne significa «subir».
3 Moisés.

Dejamos á nuestro intrépido alhichante en la población de Acaba, doliéndose amargamente de no haber podido visitar á Jerusalén, una vez que se hallaba tan cerca.

No es menor el sentimiento que manifiesta en la LXXIX y última copla de su poema, por no haber logrado remontar el Sinaí, siendo así que necesariamente había de atravesar toda la península del mismo nombre, en su marcha desde Acaba al Cairo ó tal vez á Alejandría, donde tomó sin duda pasaje en alguna embarcación que le condujera á España.

Al norte del mar Rojo, entre dos golfos de escasa anchura pero de grande longitud, avanza una península de superficie triangular, cuya base, coincidiendo casi con el paralelo 30, arranca de Acaba y termina en Suez, después de un recorrido de sesenta leguas. Cincuenta y sesenta y cinco miden los otros dos lados de aquella extensa punta de tierra, á la cual da nombre la célebre montaña del Sinaí (Toriçiné [1] de nuestro mo-

[1] De طور montaña y سيناء Sinaí.

risco) situada cerca del vértice y cuna de la legislación del mundo entero.

El desierto, con todos sus horrores, se extiende por aquel territorio, hoy habitado por varias tribus de beduínos que, errantes por aquellas soledades, llevan sus tiendas de un lado para otro, según las estaciones. Aparte de esta población nómada, no hay allí más seres vivientes que escorpiones, víboras y culebras de ponzoñoso aliento, que constituyen un verdadero peligro para el viajero. Y sin embargo, importa allí más precaverse de los hombres que de los reptiles, pues los beduínos viven sólo, como ya se indicó, del robo y del pillaje.

Dista Acaba 50 leguas del monte Sinaí. Al recorrerlas, no dejaremos de encontrar lugares de veneración para los peregrinos musulmanes, á pesar de ir atravesando países, por manera especial, enlazados con las tradiciones hebreas y cristianas.

En una de las revueltas del valle denominado Vadi [1] Saal, hállase el oratorio de

---

1 Vadi = Valle.

un «profeta», á quien los habitantes del país colocan á la altura de Mahoma. Es el anabí Sálih cuya existencia es anterior de muchos siglos al advenimiento del Islam; como que vivió durante el gobierno de Chunda, séptimo nieto de Noé y rey de los Temudíes.

Eran los Temudíes pueblos que trajeron su origen del mismo Noé, por un biznieto suyo que reinó en el país que se extendía entre la Siria y el Hechaz, hasta las riberas del mar de los abisinios [1] (el mar de las Indias).

Sálih fué sin duda uno de los «anabíes llenos de gran resplandor» á que se refirió Puey Monçón en la copla XXXIX, donde cuenta su marcha del Cairo á la Meca.

Y de este anabí, cuenta Maçudí una curiosísima anécdota.

Había sido enviado por Dios para predicar la verdad á los temudíes; mas éstos no querían escucharle. Multiplicó sus esfuerzos y conminóles con toda clase de castigos. Ellos entonces le exigieron pruebas de que su misión era real y verdadera. «O Sálih», dijé-

---

1 Almaçudi = Les prairies d' Or. Tomo III p. 85.

»ronle, si tu eres sincero en tus palabras al »predicarnos en nombre de tu Dios, haz que »de esa roca brote una camella negra, emba»razada de diez meses y á punto ya de parir. »Ha de ser negra tirando al rojo, ha de tener »un moño en la frente, largo pelo, y el co»rrespondiente vello.»

El profeta imploró el auxilio de su Dios, é inmediatamente se extremeció la roca, balancéose ligeramente, se oyó un gemido y tras él un grito de dolor. Se abrió la piedra después de haber experimentado, dice la tradición, extraordinarios dolores, lo mismo que si fuera una mujer que estuviera de parto, y apareció una camella seguida de su correspondiente cría. Una y otra se pusieron á pacer tranquilamente, dejando estupefectos á los espectadores.

Es inútil decir que los temudíes se convirtieron y con ellos Chunda su rey, hijo de Amrú.

Y sigue el cuento; pues la camella, en justa correspondencia, daba su leche con tal abundancia que bastaba para toda la tribu. En cambio no había bastante yerba ni bas-

tante agua en todo el país para el animalito.

Y sucedió que había entre los temudíes dos mujeres bellísimas, llamadas Onaiza y Saduf, las cuales emborracharon á sus novios y les sugirieron la idea de matar la camella, á fin de no verse en el triste caso de no tener agua para beber, puesto que toda se la tragaba el dichoso animal.

Matáronlo en efecto, así como á la cría, mediante el auxilio que algunos de la tribu les prestaron.

Y apareció Sálih, en el momento en que se hallaban todos ocupadísimos en distribuirse la carne. Hicieron mofa de él, y le dijeron: «Sálih, ¿cuándo será el castigo con que nos amenazas de parte de tu señor?»—«Hoy es lunes contestó el profeta; vuestras caras comenzarán á volverse amarillas en la aurora del jueves, al día siguiente se pondrán rojas, el sábado se quedarán negras. Con el primer día de la semana (el domingo), veréis cómo vendrá el castigo.»

Esta amenaza causó tan mal efecto á los conjurados, que determinaron matar á Sálih. Y hubieran llevado á cabo su mal pro-

pósito durante la noche, si un terrible pedrisco no hubiera venido, con la mayor oportunidad, á impedirlo.

Al día siguiente comenzaron á teñirse de amarillo las caras de aquellas gentes, hasta el punto de que parecían enfermos de ictericia; la constitución de sus cuerpos se iba á la vez alterando. Nadie dudaba ya del terrible castigo que iba á caer sobre ellos. El viernes sus rostros parecían de fuego, el sábado aparecieron negros como el carbon, el domingo murieron todos ellos, víctimas de la ceguedad impía de sus corazones.

Tal es la historia del profeta Sálih, cuyo santuario dejaremos atrás para visitar la montaña santa del Sinaí, á fin de no tener que pedir perdón á Alá, como Puey Monçón, por nuestra negligencia.

Dos son las principales cumbres del Sinaí: la Chebel Musa ó montaña de Moisés (2.250 metros sobre el nivel del mar), donde se encuentra el monasterio de Santa Catalina, fundado por el emperador Justiniano, y el Ras Safsafa que se alza á 2.814 metros. Todos los testimonios hállanse de acuerdo en

suponer que tuvieron lugar en la primera, los misteriosos coloquios de Dios con Moisés y la aterradora aparición de la omnipotencia y majestad divina al pueblo de Israel, entre el fulgor de los rayos y el estampido de los truenos.

Copiaremos de la moderna obra de Víctor Gebhardt, las preciosas páginas que dedica al monte Sinaí.

«A la salida del monasterio (de Santa »Catalina) comienza la subida, y á los veinti»cinco minutos hacia el sud-oeste, encuén»trase, en el fondo de una gruta, una fuente »de agua cristalina y fresca, llamada Maian »Musa, fuente de Moisés; en ella es tradi»ción que abrevaba los rebaños de su suegro. »Esta primera parte del camino, aunque en »gran pendiente, puede recorrerse á caballo: »las acémilas llegan hasta una hora del mo»nasterio; pero luego hay que desmontar y »continuar á pié, venciendo obstáculos que »de cada vez se multiplican. El sendero se »presenta cortado á pico, ó por mejor decir, »es como escala formada por peñas amonto»nadas una sobre otra, por la cual es preciso

»trepar, ayudándose muchas veces con las »manos. El viajero que se detiene para mi- »rar á su alrededor, hállase como punto sus- »pendido en el espacio, teniendo sobre su »cabeza un cielo sin nubes y radiante de »luz, á sus piés espantosos abismos, y junto »á sí, tristes y peladas rocas, entre las que »apenas crece un tallo de hierba.

»A poco de esta fatigosa marcha, ense- »ñan los guías una capillita consagrada á la »Santísima Virgen; dice la tradición que »allí se detuvo la Sacra Familia en su huída »á tierra de Egipto; mas no parece verosímil »que hasta aquel punto casi inaccesible, »apartándose del camino trillado, llegasen »los santos viajeros.

»Una hendidura en la peña es tenida por »la huella del camello de Mahoma, de quien »dicen los musulmanes haber visitado la »montaña, dejando en ella esta señal de su paso.

»El sendero gira luego hacia poniente, y »después de atravesar dos arcos abovedados, »llégase á una fuente, á la que presta sombra »añoso y gigantesco ciprés, invitando á un

»instante de reposo. Continuando la subi-»da, se encuentra una capilla consagrada á »Elías y á Eliseo, »y junto á ella, la gruta en »que el primero buscó asilo huyendo de la »ira de Jezabel. »Una pequeña meseta alfom-»brada de hierba convida al descanso, tanto »más cuanto el pozo de Elías proporciona »clara y abundante agua.

»De la capilla de Elías y Eliseo á la cima, »se emplean treinta y cinco minutos, por un »sendero cada vez más escabroso; en los pun-»tos en que la subida sería más difícil, se han »abierto en la peña escalones. La intensidad »del frío y la fuerza del viento aumentan; »de las quebradas expuestas al cierzo, la nie-»ve no desaparece jamás. Por fin, con pena »y constancia se llega á la cumbre del Che-»bel Musa, á setecientos metros sobre el mo-»nasterio de Santa Catalina y á dos mil dos-»cientos y cincuenta sobre el nivel del mar.

»El espectáculo que desde allí se disfruta »no tiene quizá rival en el mundo; es la »más sublime, la más grandiosa soledad, en-»tre peñas, que imaginar se puede. Moles de »granito terminadas en agrestes picachos y

»resquebrajadas por las más irregulares y »caprichosas hendiduras, se alzan por todos »lados y hasta gran distancia al derredor del »viajero, sin que un bosquecillo, un campo, »un prado ni el lecho plateado de un arroyo »interrumpan ó suavicen la severidad del »cuadro.

»Figuraos, «dice Mr. León Laborde,» un »ancho mar que al impulso de la tempestad »alza sus olas hasta el cielo y abre entre »ellas profundos abismos; supóngase que el »mar ha sido inmovilizado en aquel violento »estado y petrificado en masas de basalto, de »granito y pórfido, y se tendrá idea del cua- »dro que se descubre en toda su majestad, »al llegar á la cumbre del Sinaí. Es un es- »pectáculo de horror sublime.» «El viento »pasa suspirando, por entre las encrespadas »peñas, lúgubres sonidos; allí nada florece »ni nada se agosta señalando de este modo la »sucesión de las estaciones; diríase que el »tiempo ha quedado inmovil, y que lo »pasado se impone á lo presente, con toda »la fuerza de un gran suceso inviolable y »sagrado. Allí, 1491 años antes de J. C.,

»dictó su ley el Omnipotente entre rayos y »truenos, y no parece sino que los inflexibles »mandatos permanecen aún grabados por »eterno buril en los peñascos.

»En la meseta de 25 á 30 metros que for- »ma la cumbre, levantaron piadosas manos »una capilla, á la que de vez en cuando su- »ben los monjes del Sinaí, para celebrar los »divinos oficios. Junto á ella existe una mez- »quita, hoy casi arruinada. A poca distancia, »muestran los guías la cueva irregular y de »poca profundidad, donde se escondió Moisés »á la aparición del Señor, para no ser ano- »nadado por el explendor de su gloria.

»El segundo pico de Chebel Musa está »separado del anterior por un espacio de tres »kilómetros y medio hacia el noroeste, y »lleva el nombre de Ras Safsafa, que es el »de un árbol, el sauce. A una altura de 600 »metros por lo menos, domina verticalmente »toda la llanura de Rahab, nombre que sig- »nifica *alto ó descanso*, y por esto, y también »por su gran extensión, pudo ser el principal »lugar en que acamparon los israelitas al »llegar al Sinaí. De todos los puntos del Vadi

»Rahab, distínguese perfectamente el pico »Safsafa; y así es que varios viajeros y en- »tre ellos Robinsón y Palmer, opinan que »en él, con preferencia al anterior, acaeció »la promulgación de la ley divina.

»El viajero que desea recordar el cúmulo »de portentos de que fué, el Chebel Musa, »teatro y testigo hace más de tres mil años, »vea los diferentes capítulos del Exodo á ello »referentes; y dejando la majestuosa cumbre, »emprendamos ya el descenso que, más to- »davía que la subida, es difícil y peligroso. »Al subir hemos tenido que vencer, sin duda »alguna, grandes dificultades; pero el terreno »que pisábamos era sólido, los ojos podían »descansar en él seguros, y con la ayuda de »piés y manos, asiéndose fuertemente á la »peña, al fin y con esfuerzo, se subía. A la »bajada, por el contrario, hallámonos de con- »tinuo frente á frente con un precipicio »abierto á nuestros pies; cada grada de la »peñascosa escalera, parece ser el borde de »vertiginosa ruina. Un paso dado en falso, »un vahido, el menor desliz al encontrarnos »sin apoyo, puede precipitarnos de peñasco-

»en peñasco, hasta lo más hondo del abismo. »De esta situación, nace para el viandante »la necesidad de recurrir á mil ejercicios »gimnásticos á cual más peligroso, y fortuna »es que pueda aferrarse con indisoluble la- »zada al brazo de su jeque ó guía, quien, por »lo general, enjuto de carnes y nervioso, sin »vestidos que le estorben, salta de peña en »peña con una serenidad y destreza que lle- »nan de admiración y envidia á su atribu- »lado compañero, hasta que al fin deja á este »sano y salvo, en el camino abierto y espla- »nado por mano de los monjes.

»De nuevo en la falda del monte, á unos »veinticinco minutos del monasterio, hacia el »noroeste, veremos la peña en que rompió »Moisés las tablas de la Ley. Más lejos, en »la misma dirección, un altillo, en el punto »donde se unen el Vadi Choaib y el Vadi »Echeic, es tomado por el sitio donde es- »tuvo Aarón mientras danzaba el pueblo al- »rrededor del becerro de oro.

»Todo en estos sitios nos habla de Dios, »dice un piadoso peregrino que recientemen- »te los ha visitado, y hasta las piedras re-

»fieren prodigios: es éste el país de los mi-
»lagros, y el alma creyente quisiera perma-
»necer en él días y días, y no sabría apartarse
»de su portentosa influencia, si la Tierra
»Prometida, si Belén y Jerusalén y otros
»lugares santos, no le atrajesen con la memo-
»ria y contemplación de otros portentos aún
»más admirables.»

Continuar el paseo por la península sinaítica sin que los recuerdos bíblicos mueven á una el corazón y la fantasía, es imposible. Antes aun de llegar á las ruínas de la antigua ciudad de Farán, sede episcopal en el siglo IV, situada en medio de portentoso oasis y visitada en los siglos XII, XIII y XIV por los peregrinos de todas las naciones, tropiézase con la peña de Horeb, célebre por la maravillosa fuente que hizo brotar Moisés, para que los hebreos pudieran apagar la sed.

En Farán es donde libró contra los amalecitas, el pueblo hebreo, la famosa batalla en la que vencía cuando Moisés tenía alzados los brazos hacia el cielo, y era derrotado en cuanto los bajaba; por lo cual hubo que sostenérselos, hasta que se alcanzó la victoria

que abrió á los hebreos el camino del Sinaí.

El Vadi Mocátib ó valle de la Escritura, largo de unos diez kilómetros y famoso por las inscripciones que aparecen por doquier en los peñascos, conduce después al desierto denominado de Sin en la Sagrada Escritura. Durante mucho tiempo, las inscripciones llamadas sinaíticas fueron atribuídas al paso de los israelitas; mas después de los estudios hechos en 1868 por M. Palmer, quedó ya demostrado no ser posible darlas mayor antigüedad que la de los primeros siglos de la Iglesia; al contrario de otras inscripciones existentes en Magara y en Sarabit Alcádim, lugares próximos también al Sinaí, las cuales alcanzan remotísima antigüedad: como que en alguna de ellas se encuentra grabado el nombre de Cheops, el rey constructor de la gran pirámide.

Fué en el desierto de Sin, donde el pueblo hebreo murmuró contra Moisés y Aarón, lamentándose de haber dejado las célebres ollas de Egipto; y allí fué también donde, después de haber sido inundado el campamento de grandes bandas de codornices, á la

mañana siguiente, apareció por primera vez el maná, de que se alimentaron los hebreos durante su largo viaje. Hállase en aquel territorio la Elim del Exodo, donde acamparon, y de la cual dice la misma Sagrada Escritura, que tenía doce fuentes de agua y setenta palmas.

Siguiendo hacia el noroeste, para tomar la vuelta del Cairo, hállase otra fuente llamada Ain Alhavara, donde también se detuvo el pueblo de Dios.

Son las aguas amargas; los hebreos se quejaron á Moisés diciendo: «¿Qué beberemos? »Mas él clamó al Señor, el cual le mostró »un madero; y habiéndolo echado en las »aguas, se endulzaron.» [1]

Setenta kilómetros, hasta Suez, le quedaban de camino á nuestro morisco, parte de los cuales debían ser empleados en recorrer el desierto llamado de Ethan en el libro de los Números y de Sur, en hebreo Chur, (muralla) en el del Éxodo. Lugar triste y monótono si los hay, estéril por todo extremo, donde

---

1 Éxodo. Cap. XV.

apenas si pueden los ojos descansar en algunos escasos y raquíticos arbustos espinosos, de hojas descoloridas y cenicientas que los camellos comen con avidez.

A poco más de mitad de camino, llégase á Ain Musa (la fuente de Moisés), oasis sombreado de palmeras, que debe su nombre á los manantiales que lo riegan, y á la tradición que fija en aquel lugar el primer campamento de Moisés, después del paso del mar Rojo. Allí, el inspirado caudillo y el pueblo israelita cantaron en acción de gracias aquel hermoso himno, que nos ha conservado el libro del Éxodo; allí María, hermana de Moisés y de Aarón, tañendo la pandereta y seguida de todas las mujeres, que alegres se daban á músicas y danzas, entonó el sagrado cántico, diciendo: «Cantemos al Señor que ha hecho patentes su poder y gloria, derribando al mar caballo y caballero.»

Sólo seis leguas separan este punto de la hoy famosa ciudad de Suez, llave y entrada del moderno canal de su nombre.

Al llegar á ella primeramente y después á Alejandría, pudo respirar Puey Monçón:

había terminado la parte esencial y aún la más peligrosa de su peregrinación. Sin que por eso la travesía del mar hasta las costas españolas, estuviera exenta de graves dificultades. Vimos cuan grandes fueron las que tuvo en el comienzo de su viaje; por ellas debemos juzgar de las que pudieron asaltarle en el regreso.

Tiempos eran aquellos en que sólo con un valor á toda prueba y con un entusiasmo superior al valor, podía lanzarse un hombre á través de los mares y de los desiertos, desafiando todas las inclemencias de los distintos climas y todos los contratiempos y dificultades del mundo: hambre, fatiga, enfermedades, naufragios, lucha con los hombres y con las fieras, todo se podía esperar, con todo se debía contar.

No conocemos la personalidad del insigne Puey Monçón; pero bien podemos afirmar que su naturaleza era de hierro, su voluntad de acero, su fanatismo sin límites. ¡Quién sabe si aquellos disturbios que motivaron medidas extraordinarias de rigor en 1591, contra los moriscos del lugar de Pueyo, según

vimos en el capítulo II, fueron debidos al mismo entusiasmo, que llevó á nuestro celebérrimo alhichante, á través de los mares y los desiertos!

Da fin con la copla LXXIX la parte esencial de su trabajo; mas si abandona el plectro, no por eso deja la pluma.

Los datos recogidos durante su viaje, permítenle presentar un estudio geográfico muy completo de la distribución de las cuatro sectas muslímicas por las regiones del mundo antiguo; y Puey Monçón no es hombre que se resigne á dejar de aportar cuantos datos puedan servir para exaltar el ánimo, tan decaído á la sazón, de sus convecinos y hermanos en la religión mahometana.

XXV

Geografía musulmana.—Países afectos á cada una de las cuatro sectas.—Los geógrafos árabes.—Las principales regiones del Islam.

No deja de ser interesante la exposición geográfica con que finaliza nuestro insigne morisco su poema. Los países afectos al Islam en los albores de la centuria XVII, aparecen allí con las propias denominaciones arábigas, y en estudiarlas y conocerlas, hállanse á la vez interesadas la historia y la geografía.

Comprendiendo lo que podía importar á dichas ciencias, el estudio de esta última parte de las «Coplas de Puey Monçón», rogamos

á nuestro ilustre amigo D. Pablo Gil, nos concediera las primicias de la publicación; ya que ni los «Textos Aljamiados» ni la revista de D. Roque Chabás habían dado á conocer tan curioso trabajo. Galante siempre y bondadoso dicho Sr. Gil, accedió á la súplica; y he aquí la circunstancia á que es debido que hoy, por vez primera, logre ver la luz el trabajo que da ocasión al capítulo XXV de esta obra.

Inmediatamente después de la copla LXXIX continúa, en los términos siguientes, el manuscrito del Morisco:

Estas son las partidas que siguen las cuatro reglas al açala en Maca:

Primeramente los de la regla de Safi (que Alá esté satisfecho de él) son Alixandría y su tierra y Alcahra [1] *y las tierras d'Egypto y las tierras de Çid* [2]*, que son tres meses de andadura por el río de Anil* [3] *arriba, y tierras de Promisión* [4] *y tierras*

1 El Cairo.

2 Çaid, nombre dado por los árabes al Alto Egipto.

3 El río Nilo.

4 La tierra de Canaán prometida al pueblo hebreo.

de Halab [1] *y tierras de Axam* [2] *y tierras de Jerusalem y tierras de Maca y tierras de Bagdad y muchas del rey de Halacham* [3] *y todos los girquescos* [4] *y todas las tierras de nuestro padre Adán* [5] *(la salud sobre él).*

Los de la regla de Abuhanifa (que Alá esté satisfecho de él) son todos los de la Turquía [6] *y la mayor parte de los de Alacham* [7] *y el emperio de Gostantinoble* [8] *y tierras de la Romania* [9] *y de Nogbalía* [10] *y de los Golofanes* [11] *y toda la tierra*

1 Alepo.

2 La Siria: territorio que tenía por capital á Damasco.

3 La Persia.

4 Los circasianos (Abulfeda)

5 ¿Arabia?

6 Turquía Asiática.

7 Resto de la Persia, á que antes se ha hecho referencia.

8 Constantinopla.

9 Región del imperio turco, la cual se cree correspondía á la Tracia, Macedonia y Tesalia.

10 Según la ilustrada opinión de D. Eduardo Saavedra, puede reducirse á Nicópolis; bien sea la capital del Ponto bien la de Bulgaria.

11 ¿Serán los habitantes tártaros de Golam, que fué capital de un canato y hoy pertenece al de Cunduz?

En la Senegambia existe el país de los Ghiolofs; pero su situación se aparta mucho de la región de Abuhanifa.

del rey de Alhazrac [1] *y el rey de Andarnápol* [2] *y toda la tierra del Gran Tártalo* [3] *y las tierras del Lidol* [4] *y toda la tierra del rey de Lincobia* [5] *fasta los muslimes de donde sale el sol.*

Los de la regla de Málic (que Alá esté satisfecho de él) son tierras del rey Ipno Debira [6] *d' esa parte de Maca, y tierras del rey Quinouanbi* [7] *y tierras del rey de Açom* [8] *que son d' esa parte de poniente y toda la Berbería, de Alixandría abaxo, los más de los alárabes.*

---

1 Opina el Sr. Saavedra que podría ser un país de la Armenia denominado en Abulfeda, 387, خزران Jazrán ó Hazrán.

2 Andrinopolis.

3 Procedían los tártaros de la tribu Tátars, en el Turquestán.

4 Podría referirse á la antigua Adulis en la costa africana del mar Rojo, aunque se aparta ya de la zona de los otros países de Abuhanifa.

5 ¿Sería el Ceilán? A ello se inclina el Sr. Saavedra, teniendo en cuenta el nombre لنكى Lancabá dado en Abulfeda (pág. 11) á dicho país.

6 ¿Las islas Barein situadas efectivamente «d' esa parte de Maca»?

7 Quinovanbi: ¿podría referirse á Cairván, ciudad del estado de Túnez? El Sr. Saavedra se inclina por Canem, en Africa, junto al lago Chad (Sudán).

8 Axum, ciudad del Tigré en Abisinia. También podría referirse al país de los Somalis situado más al Sur.

Los de la regla de Hambal (Alá esté satisfecho de él, son tierras de El Irac [1] *y de El Yemen, y de Bechia* [2] *y de Sindic* [3] *y de Halhinde* [4] *y de la Media India* [5]*, y tierras del Gran Tamorbec* [6] *y tierras del rey Dumbuctu* [7]*, y todo el reyno de Hambaxia* [8] *y del rey de Cailacuta* [9] *y mucha partida de la Cajra* [10] *y tierras de los negros de donde vie-*

---

1 Conócese el Irac Achemí ó Pérsico y el Irac Arabí ó Arábigo. Comprendía aquél una parte de la antigua Media; éste se extendía por la Turquía Asiática y Norte de la Arabia.

2 Los Bechas البجه fueron pueblos que habitaban la Nubia. Tenían constante comunicacion con los árabes del Yemen, á consecuencia de riquísimas minas de oro nativo y de esmeraldas que poseían en su territorio. (Maçudí, III. 33).

3 Sind, estado de la India hacia la desembocadura del Sind ó Indo.

4 La India propiamente dicha.

5 ¿La India Central?

6 Timur Lenc o Tamerlán, conquistador mogol descendiente de Gengiscán; vivió entre los años 1336–1405.

7 Probablemente Tumbuctu, país del Africa Central que llegó á ser, para los negros musulmanes, una especie de Tierra Santa.

8 Abisinia: الحبشية Alhabaxia de los geógrafos árabes.

9 Calcuta ó tal vez Calicut.

10 El desierto de Sahara.

ne el oro de Tibre [1] *y d' estos negros algunos hay de la regla de Málic.*

Aquí se acaban las coplas del alhichante de Puey Monçón.

Y gloria á Dios señor del universo [2].

La interpretación de esta parte del códice, presenta serias dificultades. Por un lado los conocimientos geográficos de Puey Monçón no pueden inspirarnos gran confianza: por otro, existe el peligro de que la transcripción de nombres que él hizo, quizá después de haberlos oido de viva voz, no sea exacta. Los copiantes del manuscrito han venido además alterando su texto en ejemplares sucesivos, según quedó indicado: todo contribuye á dificultar más y más el estudio de este final de nuestro poema.

Poco se ha trabajado aún en España acerca de la geografía del mundo islámico en

---

1 Según Cazuini el Tibre es un país situado en el Sudán en las partes occidentales. بلد تبر o Costa de Oro, según Marcel Deric.

2 Ésta frase está en árabe en el original, así como las que acompañan los nombres de los Doctores.

general, por más que la publicación de hermosos textos como los de Yacut [1] y Cazuiní [2], la *Description de l'Afrique et de l'Espagne* por Edrisí [3], la *Bibliotheca Geographicorum*, editada por Goeje y otros, estén á disposición de los hombres doctos, que sobre tales bases podrían elevar interesantes monumentos. Esta es la principal razón, para que sea tan escabroso el campo de interpretación que nos ofrece el aljamiado escrito de nuestro alhichante; y gracias aun al entusiasmo que por los estudios arábigos siente el insigne profesor de Zaragoza, doctísimo y bondadoso amigo nuestro D. Julián Ribera, que ha tenido siempre abierto, podríamos decir á caño libre, el copioso raudal de sus conocimientos, para ilustrar al autor del presente libro. Sean para el Sr. Ribera testimonio de gratitud, á la vez que monumento de

1 Jacut's, Geographisches Worterbuch von Ferdinand Wustenfeld.

2 Zakarija ben Muhammed ben Mahmud el Cazwini Kosmographie.

3 Texto árabe publicado por primera vez con arreglo á los man. de París y Oxford; con traducción, notas y un glosario, por R. Dozy y M. J. de Goeje.

admiración, estas líneas que brotan espontáneamente de la pluma.

Hallábase extendido el islamismo, á fines del siglo XVI, por gran parte del mundo antiguo.

Nacido en Asia en el siglo VII, se había derramado en primer término por casi todo el continente, al empuje feroz de aquellas tribus semisalvajes que fanatizadas por Mahoma, no hallaban obstáculo que no vencieran, barrera que no saltaran, frontera que no borrasen y destruyeran. No había transcurrido un siglo desde la muerte del Profeta, cuando ya el estandarte verde se había enseñoreado con Omar de la Siria, la Palestina y el Egipto; con Otmán de la Persia y gran parte del África; y después con los Omeyas, del África y de España. Hacia la mitad del siglo VIII, la dominación musulmana se extendía ya desde el Atlántico hasta el Indo, llegando por el Norte á los Pirineos, el Cáucaso y el Yasartes, y por el Sur, hasta el desierto de Sahara y el mar de las Indias; habiendo conquistado en ochenta

años más países que Roma en ocho siglos.

Damasco, Bagdad, Córdoba, El Cairo, Samarcanda, Constantinopla fueron sucesivamente centros de donde irradiaron las grandiosas empresas de aquel pueblo, que sino hubiera llevado, en su misma constitución, el germen de la discordia y el desorden de la voluptuosidad, habría acabado por convertir al mundo entero en juguete de su fortuna; á los hijos de Adán, en manada miserable de eunucos y de esclavos.

Durante el siglo XVI, sin embargo de estar iniciada ya la decadencia del poder mahomético, todavía aparecían sultanes, como Solimán el Magnífico, que llevaban á su apogeo el imperio otomano, penetrando en Hungría, amenazando á Viena, dominando una parte de Rusia. De manera que á fines de dicha centuria, la ley alcoránica era aún respetada en extensísimo territorio que abarcaba, según hemos dicho, gran parte del antiguo mundo.

La secta de Safi contaba partidarios

en todo el Egipto, parte de la Arabia Septentrional y de la Persia, en la Siria y en la Palestina.

Egipto.—Del Egipto, cuya parte superior era llamada Çaíd por los árabes, cuentan sus historiadores cosas peregrinas.

Maçudí atribuye á un sabio la siguiente frase: Es el Egipto, por espacio de tres meses, una perla blanca; es almizcle negro durante otros tres; por espacio de tres más, una esmeralda; oro puro, en los tres meses restantes del año. Perla blanca es cuando, extendidas las aguas del Nilo, parece una sábana inmensa todo el territorio. Mas, retirado el Nilo y vuelto á su cauce, deja ver el sedimento negruzco dispuesto ya para recibir las semillas. Aquel sedimento exhala un olor como de almizcle. Tres meses después brillan las llanuras con el verde esmeralda propio de los prados; y más tarde, en los meses de abril, mayo y junio, ya las mieses aparecen doradas, cúbrense de trigo los terrenos y entonces el Egipto adquiere el aspecto y el valor del oro puro.

No es posible detenernos en pormenores

curiosísimos [1] que respecto del Egipto han conservado los autores árabes, ni aquí puede intentarse otra cosa que dar la nota característica de las principales regiones; lo que acerca de ellas pensaba ó soñaba tal vez, la fantasía de los que un día fueron nuestros dominadores.

---

1 A propósito del Egipto, cuenta Maçudí la siguiente anécdota:

Ahmed, hijo de Tulún, supo que en el territorio de Caíd habitaba un anciano de ciento treinta años, lleno de experiencia y de sabiduría. Hizo que lo trajeran á su corte y obsequiole cuanto pudo. Pasaba Ahmed los días y aun las noches con el anciano, admirando sus respuestas y escuchando los recuerdos y tradiciones que guardaba. Respecto de España, decía que, en antiguos tiempos, se hallaban sus costas y las del Africa tan próximas que un puente de piedra y ladrillo las unía. Pasaban por él las caravanas que iban de un país al otro. Las pilas de dicho puente establecidas solidamente sobre rocas, dividían el mar en muchos brazos. La longitud del monumento era de doce millas; la anchura y elevación eran también considerables. Con el tiempo, fué elevándose el nivel del Mediterráneo, el puente quedó sumergido; mas sus ruinas aparecen á veces, bajo las aguas, á los ojos de los marinos. La existencia de dicho puente recordábase aún públicamente en Fez y en todo el Magreb (Maçudí, t. 2, cap. XXXI.)

La Siria.—Cuenta Maçudí que Omar, hijo de Aljatab, escribió á un sabio de su tiempo: «Somos árabes y Dios nos ha concedido la »conquista del mundo; por lo cual deseo que »me des noticia de los principales países de »la tierra, del clima y posición de cada uno, »y de la influencia que el suelo y la tempe- »ratura ejercen sobre sus habitantes.»

He aquí la respuesta del sabio respecto á la Siria, país en el cual dominaba la secta de Safi: «En Siria brotan del suelo va- »pores en gran cantidad, y se acumulan for- »mando nubes que se deshacen luego en llu- »vias torrenciales. El clima debilita el cuer- »po y enerva el espíritu; pero en cambio »presta á la tez gran pureza de líneas, sobre »todo en la provincia de Emesa, donde los »habitantes se distinguen por la belleza de »sus formas. Es la Siria un país fértil y her- »moso, regado con abundancia, cubierto de »vegetación, surcado por ríos y torrentes, con »un suelo bien cultivado. Es la patria de los »profetas, el país donde se alza Jerusalén, la »ciudad elegida, el país donde vivieron las »más nobles criaturas de Dios, los más aus-

»teros devotos, y los más santos anacoretas.»

El Hechaz.—Del Hechaz, región occidental de la Arabia cuya capital es la Meca, decía á Omar, el sabio consultado por él: «Es el Hechaz una barrera [1] inmensa alzada »entre la Siria y el Yemen y las riberas »del mar. Allí la temperatura es ardiente, las »noches hermosísimas. El clima consume y »enflaquece los cuerpos, turba el cerebro, »fortifica el corazón, destruye los pensamien- »tos generosos; predispone al odio, destruye »la compasión, desenvuelve el valor y mata »hasta el menor sentimiento de humildad. »Los habitantes son por lo tanto, arteros, fal- »sos é inclinados al mal.

»Cuando llegue el fin de los tiempos, el »Hechaz se hará famoso por acontecimientos »extraordinarios de que será teatro.»

La regla de Abuhanifa había penetrado en Europa y puesto bajo sus banderas á la que aún es hoy Turquía Europea, y á la Rusia Meridional; dominando además en el Asia Me-

1 De la palabra árabe «hachiz» equivalente á «barrera».

nor, en casi toda la Persia con la región Caucásica, en el Turquestán y en la Tartaria. Eran pues los turcos europeos y asiáticos los que principalmente seguían al célebre doctor de Bagdad.

Los turcos.—Los autores árabes hacen á los turcos descendientes de Amur, hijo de Subil, hijo de Jafet, hijo de Noé. Una buena parte de ellos, los descendientes de Aru, corriéronse hacia el norte y fundaron muchos reinos; estableciéndose además en el Cáucaso, en Trebizonda y en la Bulgaria.

Otros, descendientes de Amur se dirigieron á la China y otros, apartándose, poblaron las llanuras: entre ellos los turcos, los jozloches y los tagazgaces. Estos que ocupaban la ciudad de Cuxán situada entre el Joraçán y la China, llegaron á ser poderosos entre todas aquellas razas y tribus. Como lo fueron asimismo los Jozloches esparcidos por los países de Fergana [1] y de Axax, de quienes descendía el Jacán de los Jacanes; raza que llegó á reunir también bajo su imperio, á todos los

---

1 En el Turquestán.

reinos turcos y ejerció sobre todos sus reyes, gran supremacía [1].

La Persia.—Según Maçudí, distinguíase el Irac persa por tener un suelo duro y compacto, aire denso, temperatura variable hasta el extremo. A consecuencia de lo cual, los habitantes eran rudos también, puesto que aquel clima embotaba la imaginación y mataba los instintos nobles.

De las demás regiones de la Persia, el Joraçán distinguíase por la gran estatura de sus moradores y por su espíritu reflexivo; el Fars por la fertilidad del suelo y por la avaricia de sus gentes; el Jucistán por la vil inclinación de las suyas, que más que hombres parecían bestias, «manadas de rumiantes».

El Cáucaso.—Célebres son también en los anales Hanifitas, las montañas de Alcáboj (el Cáucaso) que encerraban en su vastísima extensión, considerable número de reinos y de tribus, con gobiernos y con idiomas diferentes.

Están surcados dichos montes por tortuosos desfiladeros y profundos valles, á la en-

1 Maçudi, t. I cap. XVI.

trada de uno de los cuales se encuentra la ciudad de Bab-Alabuab, edificada por Cosroes Anuxirván.

El mismo rey construyó la célebre muralla que de una parte llegaba hasta el mar, y de la otra, atravesando valles y montañas, en una longitud de 40 *parasangas*, llegaba á una plaza fuerte denominada Tabaristán. De tres en tres millas tenía puertas de hierro y poblaciones destinadas á la comunicación y defensa del país. Barrera infranqueable para las tribus vecinas, entre las cuales precisamente se contaban los turcos, los aljazares, los alanos, los serires y otros.

»Para recorrer las escarpadas montañas »del Cáucaso», dice Maçudí, «son necesarios »dos meses por lo menos. Dios creador es el »único que puede contar las tribus que las »habitan. Uno de los desfiladeros desemboca »en el mar de los Aljozares (mar Caspio), otro »llega hasta el mar Mayotis, al cual acude »también el canal de Constantinopla. Y junto »al mismo mar, hállase la ciudad de Trebi»zonda, donde todos los años se celebran »notables ferias, á las cuales acude gran nú-

»mero de negociantes: musulmanes, rumíes [1], »armenios y de otros países, sobresaliendo en- »tre ellos los procedentes del Quex (Circasia).

La secta de Málic se había extendido por el continente africano, habiendo echado profundas raíces en algunos países del África Oriental y «en toda la Berbería de Alixandría abaxo, los más de los alárabes.»

Berbería.—El país natal de los bereberes fué la Palestina. Como tribus nómadas que eran, [2] dirigiéronse después hacia el Magreb (Occidente) y allí se diseminaron. Los zenetas, los maguilas y los darisas fijaron su residencia en la parte montañosa, y así mismo en la provincia de Barca. Los hoveras ocuparon el país de Yias, llamado también Trípoli ó «las tres ciudades» del Magreb.

Y continuaron los bereberes exparciéndose por el norte de África hasta llegar á las ex-

1 Llamaban *rumíes* los árabes, á griegos y romanos.

2 Dice Edrisí que el gigante Chalut (Goliat), muerto por David, perteneció á una de estas tribus, á la de los Zenetas, y que la causa de la salida de éstos de Palestina fué precisamente la muerte de aquél.

tremidades de Diar el Magreb (Marruecos), siendo límite de sus posesiones por aquella parte, Cabuça que dista de Alcairván más de dos mil millas [1].

La secta de Hambal se había extendido por la parte meridional del Asia, y pasando el mar Rojo, había penetrado en Abisinia y en las tierras de los negros de la zona central de África. Habiendo contribuído á esto, sin duda alguna, la constante comunicación que tuvieron entre sí durante la edad media, la Abisinia y el Yemen.

El Irac, el Yemen, la India, la Abisinia y el Sudán eran, pues, hambalitas.

El Irac.—Dicen del Irac los autores árabes [2] que era antorcha y llave del Oriente, camino de la luz, centro y corazón de la tierra; que los habitantes aventajaban á todos los del mundo en hermosura de la raza y en el vigor y fuerza del temperamento. Que sus cualidades eran eminentes: germen de todo lo bueno. Que gozaban de

1 Edrisi, Description de l'Afrique et de l'Espagne.
2 Del Irac Arabi.

cielo purísimo, aires frescos y saludables, suelo fecundo, aguas abundantes, vida cómoda y fácil.

Ocupaba el rango más ilustre entre las poblaciones del Irac, la «Ciudad de la Paz», como llamaban los árabes á Bagdad, cuyos habitantes eran, según hemos visto, safiitas.

Cuentan los biógrafos de Omar, que al tener éste noticia de la concentración del ejército persa en Nehavend, resolvió marchar al Irac. Con tal ocasión, interrogó sobre dicho país á Caab Elahbar, el cual contestó en los términos siguientes: «Príncipe de los creyentes, cuando Dios hizo el mundo, las criaturas juntáronse unas con otras. La Razón dijo: «Yo quiero unirme al Irac.»—«Te seguiré»: dijo la Ciencia. «Yo», exclamó la Riqueza, «quiero establecerme en la Siria».—«Iré contigo», añadió entonces la Discordia. La Salud se fué con las nómadas del desierto, y con ella se unió la Sinceridad.

El Yemen.—Del Yemen (de, «yemin» derecha) llamado así por estar situado á la derecha de la Caaba, escriben los autores islamitas que tenía un clima muy perjudicial para

la salud, pero muy favorable para la inteligencia. Sin embargo, la humedad, en él reinante, dicen era contraria á la concepción de pensamientos elevados; en cambio, parece que el pueblo se distinguía por la nobleza y pureza de su raza. Los valles del Yemen eran fértiles; el cielo muy variable, los habitantes no se distinguían por la constancia, pero eran de hermoso tipo y elocuentes de su natural.

La India.—Compréndense en esta región tres países que denomina Puey Monçón, Sindic, Alhinde y la Media India. La situación de los dos primeros, puede calcularse, por la descripción que de ellos nos hace Almocadasí [1]:

«Saliendo del Carmán (Caramania, en la Persia) hacia Oriente, hállase el Mocrán (Mecrán, en el Beluchistán), después el Turán (Chalaván), tras él viene el Sind (Principado de Sindy), luego el Hind (Indo), después el Canuch [2] y por fin el Moltán, (Mul-

1 *Bibliotheca Geographorum arabicorum* de J. de Goeje.

2 Canuch, país situado sobre la orilla izquierda del Ganges.

tán)». Y eran respectivamente «alcazabas» ó capitales de todos estos países, comenzando por el Mocrán: Banachbur, Cozdar Almançura, Vayhind, Canuch y Moltán: representantes de la extensa zona comprendida en lo què hoy se llama Afganistán, Beluchistán, é Indostán.

De esta manera repartido, entre las cuatro sectas, el mundo musulímico aparecía dividido en cuatro grandes imperios, ocupando el centro los sectarios de Safi, el norte los hanifitas, los hambalitas el mediodía, y el occidente ó sea el algarbe, como dice Puey Monçón, los maliquíes ó maliquitas.

XXVI

Fecha probable del viaje de Puey Monçon.—El mahometismo y el descubrimiento de América.—Conclusión.

No es posible dar por terminados estos comentarios al viaje á Oriente de nuestro insigne aragonés, sin hacer un ligero cálculo de la fecha probable en que llevó á cabo su expedición. Ni el trabajo quedaría completo ni deja de ser el punto bastante importante, para que no se le preste la atención que merece.

En «Las Coplas de Puey Monçón», refléjanse, como es natural, las tendencias de la época en que nuestro morisco vivió. Como toda obra humana, está en relación íntima con

el medio que la rodea. El estado social del pueblo aragonés; los elementos de una época memorable para las letras españolas; el habla de una zona en que aparecen, en constante lucha, frases y modismos de tres distintas procedencias: la castellana, la provenzal y la arábiga; la facilidad de comunicaciones que revela el lanzarse á tal excursión por paises extraños; la situación de éstos: todo es importante y de todas estas circunstancias pueden sacarse nuevos elementos, lo mismo para la historia aragonesa que para la general de los pueblos orientales.

¿Presenta el que varias veces nos hemos permitido llamar «poema de Puey Monçón», datos bastantes para poder calcular, aproximadamente siquiera, la época en que fué escrito?

Esto es lo que, en breves términos, vamos á ver. Y en tal disquisición serán nuestros primeros guías, ciertos países que, según se vió en el capítulo anterior, estaban dominados por la ley islámica, al tiempo en que el Morisco realizaba su peligroso viaje.

El «imperio de Constantinopla» en pri-

mer término, el cual se hallaba en poder de los turcos, desde que Mahomet II había completado la conquista en el año memorablemente fatal de 1453. Y tenemos, con esto, fijado ya un límite al espacio á que deberá circunscribirse nuestro cálculo. Espacio que puede cerrarse más, teniendo en cuenta que entre los reinos señalados por Puey Monçón como afectos á la secta de Málic, no aparece ya el de Granada, conquistado por nuestros reyes Católicos en 1492.

Son pues evidentemente posteriores á ambas fechas, nuestras famosas coplas.

Por otra parte, cuando la estrofa LXXI habla del sepulcro de Málic, llámale «nueso doctor» y añade: *Acá* y en todo el Algarbe ó en todo el Occidente, á él tenemos por mayor.» Lo que manifiesta bien á las claras que, si Puey Monçón escribió sus memorias, cuando ya ninguna de las regiones peninsulares era oficialmente musulmana, en cambio todavía quedaban gentes en España y aun en Aragón que, de un modo público, profesaban la ley alcoránica. Lo cual tuvo lugar durante el transcurso de todo el

siglo XVI y primeros años del XVII; ya que la expulsión de los moriscos españoles no se realizó hasta el 1609.

Los años 1492 y 1609 señalan, pues, los extremos de la línea en que ha de resolverse nuestro problema.

Bien puede asegurarse que el alhichante, efectuó su viaje, cuando la primera mitad de nuestro siglo de oro había ya transcurrido. La tendencia cristiana del poema; la prosperidad del Cairo, «tan claro y alumbrado por la noche como durante el día»; la visita á la «Gauriya» ó Mezquita de Algurí edificada precisamente en esa primera mitad del siglo XVI: todo viene en apoyo de tal creencia.

Pero hay más: los años árabes son lunares, los nuestros, por el contrario, siguen el curso del sol. Por lo tanto, son aquellos más breves que éstos. La diferencia será de 10, 11 ó 12 días, según las circunstancias. De lo cual resulta que en un período de treinta años, nosotros contamos uno más: como resulta que durante ese ciclo, los meses árabes han ido coincidiendo sucesivamente con todos nues-

tros meses. Y así es como se da el fenómeno, para nosotros extraordinario, de que los meses árabes no guarden relación alguna con las cuatro estaciones del año. Entre nosotros, Enero, por ejemplo, cae siempre en invierno, Julio en verano; mas no sucede así entre los árabes: si el Ramadán viene un año en invierno, á los ocho coincidirá con la primavera, ocho después con el verano, después con el otoño, etc.

Ahora bien; tenemos consignada en «Las Coplas de Puey Monçón» una fecha, la del segundo día de Navidad en que salió de Túnez. Sabemos, además, que la llegada á Alejandría verificóse al «diziocheno día» [1]. Llegó, pues, el día 12 de Enero.

No era posible entonces proyectar los viajes con previsión matemática, según lo hacemos hoy. Debía contarse, en el de Puey Monçón, con las dilaciones y con los percances de una larga navegación; el tiempo no podía ser tan limitado que expusiera al peregrino á perder la salida de la «alhiche» de

1 Copla XXIV.

todo lo cual podemos deducir que llegó al Cairo, con tiempo sobrado para visitar despacio la ciudad y sus contornos. Es la población con más abundancia de datos presentada en el poema, con mayor lujo de pormenores descrita. Supongamos que pasó allí un mes, lo cual no parece muy aventurado, y que la «alhiche» emprendió su marcha para Meca, una vez mediado Febrero.

Después de dos meses de camino á través del Hechaz, la caravana llegaría á mitad de Abril. «Los arenales estaban ya muy vivos [2];» esto es, comenzaba á molestar el calor, circunstancia que comprueba evidentemente nuestro supuesto.

Las ceremonias de la peregrinación debieron, en tal caso, tener lugar durante la segunda quincena de dicho mes. La pascua musulmana coincidiría con los últimos días del mismo Abril.

Pero sabemos que dicha fiesta se celebraba siempre en el décimo día del mes de Dulhicha; luego en el año del viaje de Puey

---

2 Copla XXXVII.

Monzón, el 11 de Diciembre tendrá lugar con los últimos días de nuestro mes de Abril.

¿En qué años tuvo lugar esa coincidencia, durante la segunda mitad de la centuria XVI?

En 1572, repitiéndose después el fenómeno hacia el 1613, fecha que parece más probable por lo que de la estrofa XXX se deduce.

En ella, Paey Monzón asimila al árbol de la Sagrada Familia más de 1700 años de existencia "Contaba el Moreno por años de la era cristiana, y es muy singular que estampase, en números redondos, esa cifra.

¿Qué fundamento pudo tener para hacerlo? Sin duda el de los años transcurridos desde el nacimiento de Jesucristo.

Y, ó bien consideró ya con un siglo de edad al sicomoro, en aquella fecha ó la cifra estampada en el códice contiene error de copia. Lo cual parece más probable ya

---

1 «Pas muy y seyscientos años
Y en aquese punto era.»

que la medida del verso resulta exacta con el «mil seiscientos» y no con el «mil y setecientos»; y ya que el verso parece medido con tal cuidado, que se tuvo el de elidir una sílaba, dejando mutilado el verbo «pasar».

Y así calculando que el viaje de Puey Monçón pudo tener lugar hacia los años 1603, es como concuerdan perfectamente, cuantas circunstancias de tiempo y lugar tienen relación con el manuscrito.

Así puede tener explicación la circunstancia de hallarse establecido en el Cairo el alumbrado público; así se explica la visita á la gran mezquita de Algurí que, sin duda por tener fresca todavía su ornamentación, excitó el entusiasmo del peregrino; compréndese así la cita relativa á Calcuta, ciudad que se fundó precisamente por aquel tiempo; así tiene explicación perfecta la edad atribuída al célebre sicomoro de Heliópolis; así se comprende la razón que tuvo Puey Monçón para no mencionar, en su parte geográfica, región alguna de nuestra península y así, finalmente, podemos admitir la exten-

sión considerable que atribuye á los dominios del Islam.

Cual densísima niebla que ofusca la hermosura del sol y deja sumergida en profunda oscuridad la tierra, así el mahometismo había extendido sombras de muerte por casi todo el mundo antiguo, dejando libres únicamente algunos países del centro de nuestra Europa.

La hidra del sensualismo, agitando con sus crispadas manos, la espada de doble filo de los califas y la antorcha fatídica del Profeta, detuvo los ejércitos de la Cruz en lo mejor de su carrera, abrió un paréntesis de ocho siglos en la marcha de la humanidad y paralizó durante ellos el impulso civilizador del cristianismo.

Otros imperios tuvieron su edad de sangre, pero también conocieron días de paz y de ventura. Mas el imperio del Islam no gustó un solo instante de reposo: estuvo expuesto de continuo á agitaciones y vaivenes por parte de facciones políticas y de sectas

religiosas: «la historia política y religiosa »del califado, no ofrece mas que el espectá»culo desconsolador de atrocidades, asesina»tos, traiciones y excesos del género más »abominable.» [1]

Bagdad y Córdoba brillaron tal vez un instante con luz propia, luz puramente sensual como las fosforescencias de antiguas necrópolis; mas como si aquel fulgor despidiera de sí gases deletéreos ó irrespirables, toda región expuesta á ellos quedó yerta y paralizada, atrofiados los misteriosos y profundos centros de la vida, para llegar por fin á la barbarie que es la destrucción y la muerte de las naciones.

Dígalo Alejandría, emporio de la civilización del mundo antiguo, asilo de las ciencias durante las invasiones de los bárbaros; la ciudad de las bibliotecas y de las maravillas, la ciudad de los exégetas y de los retóricos, hecha «accesible á todos como la morada de una prostituta» según la frase de Amrú, su conquistador.

Berenice la poética ciudad de las Hespé-

1 Hammer—Min. del Oriente, I, 385.

rides: Cirene la antigua rival de Cartago: Cartago la ciudad de Aníbal y de Escipión: Hipona que guardaba en los senos maternales de sus templos, los ecos elocuentísimos del grande Agustín: Útica, la ciudad del insigne Catón á cuya sombra se unieron para siempre, las virtudes cívicas del pueblo romano.

Constantinopla que bastó sola para ilustrar al mundo, cuando acosada por las murallas por Mahomet II, esparció por todas partes aquellas insignes pléyades de sabios, de filósofos y de artistas que promovieron el renacimiento de los pueblos á la vida moderna.

Todo envenenado por el influjo fatal de la Media Luna: la vida intelectual huyó por completo de tales centros, la vida moral desapareció de tales regiones, quedó aniquilada la vida material: montón informe de ruinas, hoy desierto espantoso por el cual se mueven como fantasmas las sombras que *fueron y que ya no son...*

Una vez más, bendigamos la Providencia de Dios que guardaba oculto en los misterios

del mar Tenebroso [1] un tesoro hermosísimo, un continente virgen de toda mancha muslímica, sangre nueva para vivificar el organismo de los antiguos pueblos, fuerza para restablecer el equilibrio de las naciones, un mundo nuevo que había de ser revelado á las gentes, cuando ya la gran bestia del Apocalipsis no pudiera plantar su inmunda garra sobre él.

Y admiremos el plan divino regenerador de la vida, que atribuye la misión de descubrir ese Nuevo Mundo á la raza antimuslímica por excelencia, á la raza española fortificada en una lucha de siete siglos, vencedora del poder musulmán en mil combates.

Hay más: podríamos decir que impaciente el Cielo por ver entrar en el concierto del cristianismo aquellas dilatadísimas regiones americanas, no consiente un momento de dilación; y el mismo año de la toma de Granada, de la ruina y destrucción del último baluarte mahomético en la Península; el mismo año de 1492 en que elevado hasta las

---

1 Así llamaban los árabes al Océano Atlántico.

estrellas el nombre español, comenzaba á hundirse para siempre el poderío universal de la raza árabe; el mismo año, suscita el Cielo al hombre providencial que había de abrir á la luz del Evangelio, inmenso campo de magnífica producción.

Lazo maravilloso unió á Granada con América en aquella ocasión. Los esfuerzos de ocho siglos reconcentrados en Santa Fe, la sangre de tantos y tantos mártires de la Cruz y de la patria, el esplendor de una civilización representada por un pueblo de teólogos y guerreros, todo fué como en germen dentro de la nave «Santa María»; y de aquel germen brotó manantial purísimo, y el manantial se trocó en río, y, como río de oro, esparcióse por las selvas americanas, corrió de un mar al otro mar con la elocuencia de nuestros misioneros y con los estandartes de nuestros capitanes, y el Nuevo Mundo salió de su letargo, abrió los ojos á la luz de la verdad é hizo famosísimo el nombre español por toda la tierra.

Sólo con un Mundo Nuevo podía equilibrarse la balanza de los destinos de la huma-

nidad; sólo por él podía ya derramarse la civilización, sin hallar en su camino esos abismos de muerte, compañeros eternos del mahometismo.

Una vez más, la Providencia intervenía maravillosamente en los destinos de la humanidad, para sacarla del abatimiento en que el orgullo y la concupiscencia la habían sumido.

¡Oh! Cuán cierta es aquella sentencia de Fenelón: «el hombre se agita y Dios le guía».

Los que alardean negando á Jesucristo, no conocen la historia del mundo.

ÍNDICE

Páginas

Dedicatoria de la Colección de Estudios Árabes al Excmo. Sr. D. Pascual Gayangos. . . VII
Introducción por D. Eduardo de Saavedra. . . . IX

VIAJE Á LA MECA

I

El hallazgo de Almonacid de la Sierra.—Viajeros y peregrinos. 1

II

El valle del Cinca.—Monzón y Pueyo de Santa Cruz.—El Morisco de Puey Monçón. . . . 13

III

El Alcorán y las peregrinaciones á la Meca.—El peregrino de Puey Monçón. 19

IV

Literatura morisca.—Las Coplas de Puey Monçón. 25

Páginas

V

El códice de Puey Monçon —Exposición de las primeras estrofas.— Sale el peregrino de Valencia.—Descripcion de Túnez.—Hamameta. — Heraclia. — Çuça. — Monestir.—Almahdía.—Sfax.—Milhraça.—Isla de Cherba . 33

VI

Partida de Cherba.—Gran tempestad.—El pais de Barca.—Alejandría 47

VII

Visita al Cairo.—Esplendor y magnificencia de la ciudad.—Sus mezquitas.—Santones enterrados en el Cairo. 55

VIII

Mataría.—El árbol de la Sagrada Familia.— Las ruinas de Heliópolis. — Los obeliscos del templo del Sol. 63

IX

Organización de la Alhiche ó caravana de peregrinos.—Salida del Cairo.—Número prodigioso de alhichantes. — Precauciones y defensas.—El sepulcro de Eva.—Llegada á la Meca. 73

Páginas

X

Recepción de la Alhiche.—El Emir Alhach y el Safi de la Meca.—El velo de la Caaba.—La puerta de Asalem. 85

XI

Descripcion de la Mezquita de la Meca. — Llegada de Alí Bey el Abassí.—El açala.—Los almihrabes.—El Macam Ibrahim. 91

XII

La Caaba.—La piedra negra.—El mizab.—Ceremonia de la Purificación. 103

XIII

Ceremonias del açala. — Los cuatro doctores musulmanes. — Ortodoxos y heterodoxos 121

XIV

Resumen de la visita á la mezquita.—El pozo de Zemzem.— Tradiciones. — El juramento de Abdelmotáleb.— Fanatismo increible.— Envenenador en jefe. 133

XV

La ciudad de la Meca.—El sepulcro de Jadicha. La casa de Mahoma.—El açala y el preguen. La secta de los vahabíes.—La muela de Fátima.—Safa y Merva. 147

Páginas

XVI

Ceremonias y ritos.—Contornos de la Meca.—La gota negra.—Viaje maravilloso.—Las cavernas de Tor 155

XVII

El monte Arafa.—El encuentro de Adan y Eva.—La peregrinación del «Adios».—El sermon de la montaña.—Desfile general. 163

XVIII

La fiesta de los sacrificios.—El sacrificio de Abraham.—Los pilares del diablo.—El valle de Mina.—Horrible hecatombe.—El cólera morbo.—Peregrinación de los vahabies . . 171

XIX

Los compañeros del Elefante.— Abdelmotáleb. Lluvia de piedras.—Regreso á la Meca. . . 187

XX

Medina.—Su mezquita.—Sepulcro de Mahoma. Tumbas de Abubéquer y Omar.—Los hijos del Profeta.—El doctor de Occidente. . . . 193

XXI

La luz del Anabí.—Imposturas y sacrilegios.—Miserias femeniles.—Sensualismo sin freno.—La esfinge mahomética. 203

Páginas.

XXII

Regreso de la Alhiche.—Acaba. — Jerusalén.— La gran mezquita de Omar.— El santuario de Açahra.—Prodigios y maravillas. . . . 217

XXIII

El juicio final y el valle de Josafat.—Dogmas cristianos y creencias muslímicas.—Cincuenta mil años sudando.—El puente de Açirat. 227

XXIV

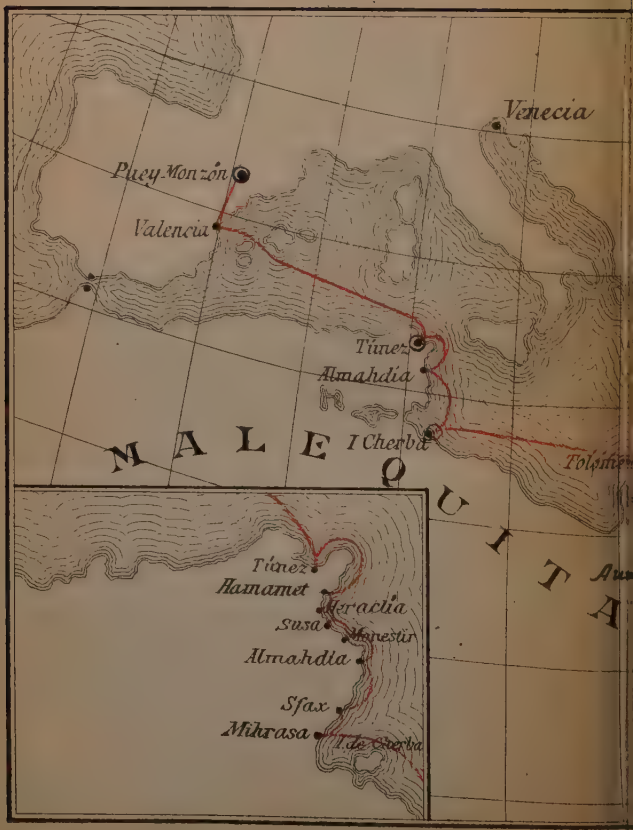
La península sinaítica.—Salih el Anabí.—La montaña del Sinaí.—La ciudad de Farán.— El valle de la escritura.—El desierto de Ethan.— Fin de la Peregrinación 243

XXV

Geografía musulmana.—Países afectos á cada una de las cuatro sectas.—Los geógrafos árabes.—Las principales regiones del Islam 263

XXVI

Fecha probable del viaje de Puey Monçón.— El mahometismo y el descubrimiento de América.—Conclusion. 285


Venecia
Puey Monzón
Valencia
Tunez
Almahdia
I Cherbi
MALEQUITA
Tunez
Hamamet
Heraclia
Susa
Monestir
Almahdia
Sfax
Mihrasa
I de Cherbi

A NIFITAS
Damasco
Jerusalén
Ain Haueri
Petra
Alejandria
Suez
Acaba
El Cairo
Sinai
SAFIITAS
Medina
Badr Honen
Sariba
Cholais
Meca
Chéda
Rio Nilo
HAMBALITAS

OBRAS DE ARABISTAS ESPAÑOLES

que están de venta en las librerías

Bibliotheca arabico-Hispana

To. I y II. ABEN PASCUALIS ASSILA (Dictionarium biographicum) ad fidem codicis Escurialensis arabice nunc primum edidit et indicibus locupletissimis instruxit *Franciscus Codera* in Universitate Matritensi Arabicæ linguæ professor ordinarius et Regiæ Historicæ Academiæ Sodalis. Matriti, 1882 et 1883. Dos tomos en 4.° con foliación única, XX y 767 páginas, 4 ptas.

To. III. DESIDERIUM QUÆRENTIS HISTORIAM VIRORUM POPULI ANDALUSIÆ (Dictionarium biographicum) AB ADH-DHABBI SCRIPTUM, ad fidem codicis Escurialensis arabice nunc primum ediderunt indicibus additis *Franciscus Codera* in Universitate Matritensi Arabicæ linguæ professor ordinarius et Regiæ Historicæ Academiæ Sodalis et *Julianus Ribera*. Matriti, MDCCCLXXXV, en 4.°, XXV y 642 páginas y un facsímile del códice, 34 ptas.

To. IV. ALMOCHAM (Dictionarium ordine alphabetico) DE DISCIPULIS ABU ALI ASSADAFI AB ABEN ALABBAR scriptum, ad fidem codicis Escurialensis arabice nunc primum edidit indicibus additis, *Franciscus Codera et Zaydin*. Matriti, MDCCCLXXXVI, en 4.°, XIX y 365 pág. 19 ptas.

To. V y VI. COMPLEMENTUM LIBRI ASSILAH (Dictionarium biographicum) AB ABEN ALABBAR SCRIPTUM,

partem quœ superest ad fidem codicis Escurialensis, arabice nunc primum edidit, indicibus additis, *Franciscus Codera*. Matriti, MDCCCLXXXIX. Dos tomos con foliación continuada, XIV y 964 páginas, 50 ptas.

To. VII y VIII. HISTORIA VIRORUM DOCTORUM ANDALUSIÆ, (Dictionarium biographicum) AB ABEN ALFARADHI scripta, ad fidem codicis Tunicensis arabice nunc primum edidit, indicibus additis, *Franciscus Codera*. (Accedunt duo fragmenta inedita ex ABEN PASCUALIS ASSILA). Matriti. To. I. MDCCCXC, 444 páginas y to. II. MDCCCXCII, con un facsímile del original, XII y 272 págs. 35 ptas.

To. IX y X. INDEX LIBRORUM DE DIVERSIS SCIENTIARUM ORDINIBUS QUOS A MAGISTRIS DIDICIT ABU BEQUER BEN KHAIR ad fidem codicis Escurialensis arabice nunc primum ediderunt indicibus additis *Franciscus Codera* et *J. Ribera Tarrago*. To. I, Matriti, MDCCCXCIII. 463 pág. to. II, indices et introductionem continens, XIII y 119 pág. 18 ptas.

Obras de D. Francisco Codera

Catedrático de lengua árabe en la Universidad de Madrid

Tratado de NUMISMÁTICA ARÁBIGO-ESPAÑOLA, con 24 láminas (23 autoectipografiadas por el autor). Madrid, 1879. en 4.°, XXIV y 319 pág. 15 ptas.

ERRORES DE VARIOS NUMISMÁTICOS EXTRANJEROS al tratar de las monedas arábigo-españolas é impugnación. Madrid, 1874, en 4.°, 34 págs. 2 ptas.

TÍTULOS Y NOMBRES PROPIOS EN LAS MONEDAS ARÁBIGO-ESPAÑOLAS. Madrid, 1874, en 4.°, 88 págs. 2 ptas.

MISIÓN HISTÓRICA EN LA ARGELIA Y TÚNEZ. Trabajos leídos ante la Real Academia de la Historia. Madrid, 1892, en 4.°, 207 págs. 7'50 ptas.

ELEMENTOS DE GRAMÁTICA ÁRABE para uso de los alumnos de D. F. C. y Z. Segunda edicion, Madrid, 1892, litografiada, en 4.°, 113 págs. 2 ptas.

Obras de D. Leopoldo de Eguílaz

decano de la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad de Granada y correspondiente de las R. R. A. A. de la Lengua y de la Historia

GLOSARIO ETIMOLÓGICO DE LAS PALABRAS ESPAÑOLAS, (castellanas, catalanas, gallegas, mallorquinas, portuguesas, valencianas y bascongadas) de ORIGEN ORIENTAL (árabe, hebreo, malayo, persa y turco) por *D. Leopoldo de Eguilaz y Yanguas*, catedrático de la Universidad de Granada y correspondiente de las R. R. A. A. de la Lengua y de la Historia. Granada, 1886, 4.º m. XXIV-591 páginas **25 ptas.**

RESEÑA HISTÓRICA DE LA CONQUISTA DEL REINO DE GRANADA POR LOS REYES CATÓLICOS, SEGÚN LOS CRONISTAS ARABES, por el *mismo autor*. 2.ª edición, Granada, 1894, con el fotograbado de un autógrafo de Boabdil, **3 ptas.**

Para los pedidos de estas dos obras, hay que dirigirse al autor, Carrera de Darro, 43, Granada.

Obras de D. Francisco Pons Boígues

del Archivo Histórico Nacional

APUNTES SOBRE LAS ESCRITURAS MOZÁRABES TOLEDANAS, que se custodian en el Archivo Histórico Nacional. Madrid, 1897, en 8.º, 320 págs. Librería de D. Mariano Murillo, 3 ptas.

ENSAYO BIO-BIBLIOGRÁFICO SOBRE LOS HISTORIADORES Y GEÓGRAFOS ARÁBIGO-ESPAÑOLES. Obra premiada por la Biblioteca Nacional. Madrid, 1898, 4.º, 514 páginas, 10 ptas.

Obra de D. Antonio Vives y Escudero

correspondiente de la Real Academia de la Historia

MONEDAS DE LAS DINASTÍAS ARÁBIGO-ESPAÑOLAS. (Descripción de todas las monedas de estas dinastías, conocidas hasta la fecha). Madrid, 1893, en 4.º prolongado, X y 553 páginas. Librería de D. Mariano Murillo, precio, 40 ptas.

Obra de D. Eduardo Saavedra

de la Real Academia de la Historia

ESTUDIO SOBRE LA INVASIÓN DE LOS ÁRABES EN ESPAÑA por *D. Eduardo Saavedra*, de la Real Academia de la Historia. Madrid, 1892. Véndese en la librería de Fernando Fe. 2,50 ptas.

Obras de D. Julián Ribera

Catedrático de lengua árabe en la Universidad de Zaragoza

ORÍGENES DEL JUSTICIA DE ARAGÓN, 5 pesetas.

LA ENSEÑANZA ENTRE LOS MUSULMANES ESPAÑOLES, 4 pesetas.

BIBLIÓFILOS Y BIBLIOTECAS EN LA ESPAÑA MUSULMANA, 2.ª edición, (extracto) 1 pta.

TEXTOS ALJAMIADOS, por Gil, Ribera y Sánchez, 3 pesetas.